

# LIBRES Y BUENOS

SILVIA NOGUERA PALACIOS

Todos los derechos y obligaciones derivados de la normativa vigente en España de la novela titulada Libres y Buenos, y al amparo de la inscripción efectuada en el Registro de la Propiedad Intelectual de Madrid, pertenecen única y exclusivamente a Dña. Silvia Noguera Palacios.

Madrid a 20 de Junio de 2003.

Mi vida es una mierda. No veo salida. No puedo moverme. Estoy desmayada. No puedo vomitar porque no tengo esperanza. Mimí soltó la grabadora de sus manos, que rebotó en la redondez de su muslo izquierdo y fue a parar a una caja de pizza con restos de tomate y beicon. Un ruido en la puerta exterior le había hecho retornar de su semidelirio. Son las dos de la mañana, Laura está a punto de llegar, pensó.

El panorama no era muy alentador, y además era completamente secreto. Repartidos por el suelo de la habitación, a modo de cuadro expresionista americano, se esparcían arbitrariamente restos de pizzas, bolsas de hamburguesas sucias y rotas, quesos mordidos, trozos de donuts, tabletas descompuestas de chocolate, cajas de todo tipo de galletas, gominolas, palomitas... Aquello parecía el final de una auténtica batalla psicópata librada con la comida al son frenético de la pantalla del televisor que emitía dibujos animados de la pantera rosa y que en esos momentos parecía lo único con vida.

Había transcurrido una hora escasa desde que Mimí empezó la operación de inyectarse en vena diez mil calorías repartidas en su mayoría entre distintos tipos de hidratos de carbono y grasas fáciles de engullir. Los síntomas postchute comenzaban a llegar, sentimiento de autodesprecio, náuseas, dolores abdominales, ¿me explotara la tripa y mis vísceras, junto con el puré maloliente formado por los detritus de la comida y los jugos gástricos, se esparcirán por toda la habitación como hacían esas máquinas del parque de atracciones donde ponías pinturas de colores en una máquina centrifugadora?, fatiga, deseos de morir...

Mimi había tenido un día inerte y dietético y a última hora no pudo más y decidió bajar a comprarse su dosis de droga. Se encontraba fatal antes, y ahora se sentía todavía peor. De nuevo volvió a escuchar ruidos. Definitivamente debía de ser Laura. Acumuló la poca energía que le quedaba, se incorporó del ataúd de basura, apagó la

tele con el mando a distancia, dio unas patadas al suelo a modo de escoba para retirar los envases y restos del festín y cerró la puerta de su habitación con llave. Más tarde podría recoger a escondidas las huellas de su crimen.

—Oye Julius, el tipo sentado en la cuatro quiere el pelo azul eléctrico, ¿le decoloro antes el pelo pincho o vale con el rubio platino que lleva?

—Yo creo nena que si no le docoloras antes se le va a quedar verde primavera, contestó a Laura mientras le hacía unos ademanes con las caderas y se llevaba las manos a la nuca.

La peluquería TecnoHair era un sitio especial. Cerraba a diario a las doce de la noche y los fines de semana a las dos y a veces a las tres de la mañana. Justo antes de ir a bailar, a ligar, a escuchar música o a lo que fuera. El local estaba decorado con muebles de los años cincuenta rescatados de un viejo almacén y restaurados con lacas de colores. De una pared colgaba un poster de una Marilyn de Warhol al cual alguien le había añadido una boa de plumas blancas. En otra esquina un monitor de televisión conectado al canal de música MTV emitía incesantes imágenes entrecortadas de personas llenas de vitalidad, sin ataduras, a menudo grotescas, de esa grosería que se transforma en moda, rebelde, indignada, satírica, unas imágenes que mezcladas con la música provocan pasiones e inducen a ser imitadas. Adyacente a la puerta de entrada una mesita ofrecía flyers de discotecas, revistas de moda y tecnología y un cuenco con caramelos.

Ese día no había demasiado follón. Invadía las energías el nuevo tema de Underword cuando entró una chica rubita, de unos veintiún años, piel inmaculada tersa y transparente, metro setenta de estatura, y gordita. Llevaba una minifalda rosa, unas botas con alzas rosas, una camiseta con una pantera rosa y una cazadora guateada rosa.

—Hola chata, saludó Julius mientras le recogía la chaquetilla. ¿Qué quieres hacerte preciosa?

—Pues no sé, no se me ocurre nada, si vosotros pensáis que tengo arreglo...

—Qué cosas dices chata, mira ponte a jugar con el ordenador a ver si ves algo que te enrolle y ahora estamos contigo, ya verás como sales de aquí hecha un bombón. ¡Ah! Si quieres pagar tres mil pesetas te podemos grabar directamente en el ordenador y cambiarte el look hasta que encuentres la imagen que mejor te identifique. Si

no ahí tienes un buen repertorio de peinados. La internet es gratis hasta que estemos contigo pero sólo para mirar nuestra web no para mandar un mail a tu novio, eh.

Le iba a contestar que ojalá tuviera un novio a quien poder mandar notitas o cualquier cosa, aunque fuera un mensaje en el contestador automático pero el peluquero ya estaba a unos cuantos metros, dirigiendo una operación de corte de pelo a un chico que llevaba un tatuaje en la nuca.

Mimí paseaba por la calle Libertad para regresar a la habitación que tenía alquilada a una señora cotilla y machacona cuando encontró un escaparate con barbies y kens disfrazados de Drag, sprays de colores, esmaltes de uñas morados y un letrero que decía "TecnoHair". Y entró.

El que le había atendido era uno de esos peluqueros gays que tienen tanta facilidad con el habla y tanta autoridad que uno se convence irremediablemente de la necesidad de cumplir con absoluta entrega y obediencia todas y cada una de sus sugerencias. Iba vestido de negro, y de su cabellera negra cortada al dos salían unos cuernecillos de pelo teñido de rojo. De las orejas colgaban numerosos aros de diferentes tamaños y la ceja izquierda estaba atravesada por un palito de plata. Otro peluquero llevaba el pelo naranja y una perilla puntiaguda roja. Los diablos deben estar de moda, pensó Mimí mientras se disponía a hurgar en el ordenador.

La chica que venía hacia ella con unos andares muy sueltos era morena con el pelo desgarbado y más bien corto, fibrosa y crujiente como las verduras y vestía una minifalda gris que dejaba asomar un ombligo perforado con un pendiente bajo un niqui lila muy ceñido estampado con un shiva hindú sacando la lengua, debía de ser una serigrafía de Pierre et Gilles.

—Hola soy Laura, pasa por aquí. Y sentó a Mimí delante del espejo ¿Has encontrado algo que te guste? —le preguntó mientras estiraba dos mechones de pelo.

—Pues la verdad no tengo ni idea, ¿tú que me aconsejas?, si consigues descubrir algo que me favorezca, aunque sea un poquito, te regalo una cosita que llevo aquí. No era cierto que Mimí no se viera arreglo, de cara se encontraba bien, no guapa o despampanante pero mona, de ojos expresivos, cutis perfecto, como una muñeca, pero le gustaba utilizar ese tipo de humor para sentirse más querida.

—Yo te cortaba el pelo a lo Cleopatra y te lo teñía de rosa fucsia, opinó Julius desde su puesto de trabajo.

—No está mal, no, de verdad, me gusta, pero con la pinta que ya llevo corro el riesgo de que a la salida me confundan con un polo de fresa... —contestó Mimí contemplando divertida la escena desde los espejos.

—Mejor te hacemos unas capas y te ponemos unos reflejos rosa palo de esos que se van al sexto lavado. Así pruebas y además creo que le sentará mejor a tu tono de piel, contestó Laura.

—De acuerdo, me pongo en tus manos, pero que sean suaves por favor. Laura le indicó el camino hacia la zona de lavado de pelo.

Lo único que deseaba Mimí en aquellos instantes era entregarse indolente a unas manos sensuales pero firmes que le sobaran el cuero cabelludo, a un peine que le electrizarase las mil hebras de seda que salían de sus poros capilares, rozándole las orejas y cayendo repetidamente en cascada por el nacimiento de su cuello y disfrutar en su letargo de ser centro de atención y espectadora pasiva de un poco de alegría.

También le divertía la sorpresa del cambio; no estaba en su ciudad y podía hacer lo que le viniera en gana sin temor a las represalias psicológicas de su familia y vecindad.

—¿Cómo te llamas?

—Mimí... Mimí estaba sumergida en el éxtasis del masaje del cuero cabelludo, entregada a la más cómoda de las perezas, dejándose lavar las ideas al ritmo de las idas y venidas de los potentes dedos de Laura, más de hombre que de mujer, cuando el agua del grifo le abrasó la cabeza, auh, que me abraso, Perdón perdón. Empezó a comprender que las manos de Laura eran falsamente experimentadas, bruscas y demasiado rápidas, y que su tarde de placer y distensión se podía reducir a un continuo padecimiento de tirones de pelo, de ruidos de secadores, sprays de laca, olores a amoníaco, contagio de enfermedades capilares, por no pensar siquiera en la posibilidad de salir convertida en un perfecto esperpento con pelo de escoba china de un todo a cien.

Así que decidió dar un giro a su breve condición de disfrutadora indolente y comentar a Laura:

—Me gusta tu camiseta.

—Pues te la dejo cuando quieras.

—Gracias, pero no creo que a mí me sentara bien, se me escaparían los michelines. Se agarró con las dos manos una masa de grasa que parecía un pan.

—Si no estás mal, quizá te sobran unos kilitos pero también da gusto ver a personas tan saludables.

—Si no le toca a una...

—Hoy en día no se saben bien los motivos de las delgadeces, estar rellenita es una garantía... ¿Vives por aquí? Laura le enjuagaba el pelo, esta vez con el agua congelada.

—Tengo alquilada una habitación aquí cerca. Pero la casera es una plasta. Está siempre en casa y todavía no me ha dado las llaves. Me abre ella la puerta, dice que no le importa, pero yo creo que quiere cotillear lo que hago, cómo me visto, a qué hora llego...

—Pero no eres de Madrid, verdad, lo digo por lo de la habitación.

—Llegué hace un mes, soy de un pueblo de Mallorca.

Laura comenzaba la operación del tinte vegetal o, a juzgar por el color, más bien parecía completamente artificial, con conservantes, colorantes, acidulantes...

—He venido porque soy cantante, y muy buena por cierto, comentó con cara traviesa, pero en mi pueblo todavía no he encontrado a nadie que me descubra y me lleve al estrellato mundial.

—Ah, con que eres cantante, qué guay, pues aquí no te creas que están las cosas fáciles.

Laura no era una peluquera usual, estaba licenciada en Historia. Al terminar la carrera y no encontrar trabajo remunerado en lo suyo se puso a ejercer de secretaria de un viejo sudoroso amigo de su padre, que le prometía grandes ascensos, viajes, contactos con personas importantes... el oro y el moro. Laura sentía que pasaban los días y que lo único que se llevaba a casa era una insolación de luz fluorescente y un vaho pringoso de falsas promesas, trajes de chaqueta, aumentos de sueldo, sonrisas hipócritas, miradas lascivas, ambiciones rateras, codazos, envidias, intereses... Todo lo que un ser con un dedo de interés por la vida no quiere llevarse a su casa.

Una noche de marcha conoció a Julius que le dijo que le hacía un cambio de imagen gratis en su peluquería TecnoHair y allí se quedó, mandando a freir puñetas todas las expectativas de aumentos de sueldo, puestos de poder, motorola, cochazo, adosado en residencial y buenos contactos.

El proceso del entintado había terminado, colocaron a Mimí bajo una campana de aire caliente que más bien parecía un motor de avión, Boeing 707 como mínimo, y cuando ya no pudo más y le pareció sentir que su cabeza iba a estallar triturada por unas hélices perversas, aquel motor infernal milagrosamente se apagó, permitiendo descubrir un sosiego alentador, por fin respiraba a gusto, qué miedo había pasado, la trasladaron al lugar del inicio, a la silla enfrente del espejo y le volvieron a mojar el

pelo. No entendía por qué tanto sufrimiento para volver a tener el pelo empapado.

—¿Te gusta cómo te ha quedado el color? Laura ya había comenzado a desenredarle el pelo.

—¡Auuhh! me estás dejando la cabeza como una bola de billar después de un campeonato, sí, sí, me encanta.

—Perdona hija, es que no me doy cuenta. Pero bueno, ¿te gusta o no?

—En cuanto te haga el corte magistral ya me dirás, se abalanzó a decir Julius mientras se paseaba cortando el aire con unas tijeras puntiagudas y brillantes que bailaban al ritmo del nuevo tema de Apollo Four Forty.

—No, déjame que le corte yo el pelo, suplicó o más bien exigió Laura, y luego mirando a Mimí y agarrándola de los hombros, si tú quieres claro.

—Vale. Como podía haber contestado, ya que más me da, por un poco más de sufrimiento, pero no fue así, la miró con una sonrisa y le dijo, vale.

Laura comenzó a tocar acá y allá, haciendo y desaciendo, poniendo y reponiendo.

—Mírate, te ha quedado guay.

Para Laura peinar era siempre un reto. Había aprendido en muy poco tiempo y cada vez que le dejaban una cabeza en sus manos la trabajaba con la misma euforia e intuición del que la emprende con una pieza artística o una comida creativa. El resultado siempre le satisfacía, si bien en ocasiones no sucedía lo mismo a ojos del manipulado... Pero Laura tenía esa capacidad de convicción de los que realmente creen algo y los propietarios de los peinados se contagiaban en pocos minutos de esa seguridad y terminaban por convencerse de que Laura era una auténtica profesional, de las que han pasado al grado de artista pudiendo de esta manera saltarse con gloria las normas establecidas.

—Oye Mimí, aquí ya vamos a cerrar, ¿te apetece venir conmigo al concierto de unos amigos?, es aquí cerquita.

Minutos más tarde Mimí y Laura entraban en el Spiral Club. Laura repartía saludos con la misma frecuencia que el camarero servía copas. El concierto había comenzado: ritmos lentos tomados del hip-hop, misteriosos lamentos, melodías de sensualidad contenida, alguna ralladura del pinchadiscos, sonido hipnótico de viaje por las estrellas. En el centro del escenario, como rey entronado, un pinchadiscos con su equipo. Rodeándolo músicos con instrumentos analógicos combinados con los digi-

tales. Zigzagueando entre todos, un vocalista ululante y descompuesto. El grupo se llama Spellsound, no son de Bristol sino españoles y lo que tocan es un género de música electrónica: el trip-hop.

—¿Qué queréis tomar? interrumpió el camarero.

Mimí pidió un licor de menta y Laura un tequila, brindaron por ellas ¡Por una larga amistad! y chocaron sus copas, Mimí quitó una pestañita que tenía Laura en la mejilla, volvieron a brindar.

—Mimí, dijo Laura agarrándola con fuerza de la mano, ¿porqué no te vienes a vivir conmigo? Miraba a sus ojos con ilusión. Tengo una casa grande con dos habitaciones, es mía, podemos compartir los gastos, dime que sí.

Mimí sentía cómo un remolino de viento caluroso le daba vueltas por el interior de su cuerpo. Presentía que su suerte comenzaba a cambiar. En un mes largo que llevaba en la capital no había sucedido nada inquietante, nada con lo que ella hubiese soñado desde su pueblo natal. Sí, se había apuntado a unas clases de canto en donde había conocido gente, pero nada emocionante, todos empezando o ya demasiado cansados de buscar y no encontrar. Mimí bebía a sorbitos su licor de menta, como queriendo aprehender lenta pero sistemáticamente cada sensación de su presente.

—Eso está hecho, le contestó. Se fundieron en un abrazo esperanzado, las dos estaban felices. Te va a encantar la casa, ya verás, y además te puedo presentar a un montón de gente del mundo de la música.

Mimí se proyectaba nítidamente en un futuro próximo donde un público enardecido e hipnotizado le rindiera culto. Una mezcla de Björk, con tecno y música oriental encandilando desde el escenario a una masa mitómana que alabase las redondeces de su cuerpo, que hundiese sus manos mentales en sus voluptuosidades descaradas y ofrecidas, que desvaneciera su espíritu ante la melodía angélica de su voz, que captara todos los mensajes sublimados a través de las ropas, del peinado, de los movimientos, de los juegos, del humor y de los sonidos. Pero en su imaginación algo desencadenaba el fracaso y era su gordura, no por la gordura en sí, que al no ser exagerada o extrema a Mimí le parecía incluso bonita, sino porque la sociedad no estaba preparada ni educada para apreciar las sensualidades y las dulzuras de un cuerpo voluminoso y entregado, de una piel pulcra y jugosa, de unas carnes mórbidas y acogedoras.

Cuando terminó el concierto Laura presentó a Mimí a los componentes de Spellsound: pelos de erizo teñidos de rubio platino, pantalones caídos que dejan ver la rabadilla, zapatillas galácticas, y muy amables, a su aire pero educados. Mimí les comentó que era cantante y que le gustaría ir algún día a su estudio, Me encantaría

conocer vuestro estudio, os puedo pasar alguna letra, a ver qué os parece. Los de Spellsound trabajaban con ordenadores, samplers, equipos midi, internet... todo aquello que Mimí anhelaba y que en su pueblo era difícil conseguir.

Había llegado su ocasión.

—Mimí, prepárate para esta noche que tenemos un fiestón.

—¡Yupi! me apetece cantidad, ¿dónde?

—En el campito, a 30 km de Madrid. La organizan unos colegas de Diego and company, los de Spellsound ¿te acuerdas? Nos vienen a buscar a las doce.

Había transcurrido una semana desde que Mimí se trasladó a vivir a casa de Laura. La casa era un antiguo almacén de telas situado en una zona semi-industrial detrás de la estación de tren de Atocha, que perteneció al abuelo de Laura y que había heredado tardíamente su madre. Al no darle ésta ningún uso, Laura se había apropiado del local en plan okupa de lujo, había arrinconado los rollos de telas restantes en una habitación, montado una cocina con material de la sección de regalos del Segunda Mano, restaurado algún mueble de los que había por ahí tirados, conseguido un sofá, algunas sillas, un colchón, un equipo de música, una tele y poca cosa más. La entrada daba directamente a un espacio amplísimo utilizado de salón. A la derecha una puerta con una habitación. Al fondo la cocina, aquí la puerta había desaparecido. Y a la derecha de la cocina un esquinazo con unas escaleras cortas que accedían a otra habitación, la de Laura, a la habitación con las telas y al cuarto de baño, el único de la casa. El suelo era de caucho negruzco y el techo parecía tocar el firmamento.

Mimí había dedicado la semana entera a limpiar la casa, que estaba sucísima, pintando paredes, comprando utensilios de cocina y cuando todo parecía relucir se quitó los guantes de goma y el delantal y colocó una maleta, hasta entonces cerrada, delante de la cara de Laura. La abrió y sacó de ella lo que al principio sólo parecían plásticos de colores chillones, Prepara tus pulmones y ayúdame a hinchar.

Eran muebles portátiles hinchables: un sofá, un sillón, un puf, un colchón, coji-

nes, floreros y hasta cuencos para poner fruta. Todos de plástico de colorines transparentes: rosa, naranja, amarillo, azul. Luego se fue al almacén de telas y utilizó unas de peluche para forrar una lámpara y unas sillas, cogió otras para hacer unos manteles, servilletas y sábanas.

La casa se había transformado en una especie de vivienda pop cutreguay. Cuando hubo terminado, Laura no dio crédito.

—Tía, esto parece un jardín de infancia para psicópatas y pinchaglobos. Pero mola. Dame un beso.

—Y hay más, dijo Mimí mientras le cogía de la mano y la arrastraba hacia la cocina.

La puerta de entrada estaba jalonada por una cortina hecha de tiras de gominolas de todo tipo, con un sutil degradado de arriba a abajo. Atravesaron la dulce cascada. La mesa preparada con mantel, platos nuevos, servilletas de tela, velas, flores y una botella de vino tinto. En el horno, un suflé de queso, un redondo de ternera con manzanas y para el postre una tarta casera de queso con arándanos.

—Has visto qué consentida te tengo...

—Me encanta que me consientas, eres como una mamá de alquiler. A ver si algún día me enseñas a cocinar algo que se salga de calentar una pizza congelada, que es lo único que se me da bien...

Ese día y muchos de los que vinieron después, comieron como se come cuando se vive en familia, Mimí le había dado a Laura la calidez de un hogar y Laura le ofrecía aventura de vida, locura fabulosa.

Llaman al timbre. Son las doce y media. Mimí y Laura ya están listas para ir de marcha.

—Ey, qué pasa, ¿nos tomamos unos tequilitas antes de salir? comenta Diego

—Qué guay ha quedado la casa tía...

—Mira Alicia, esta es Mimí, la artífice de la transformación, le responde Laura.

—Escuchad el nuevo tema que he compuesto, requiere Diego al tiempo que se dirige hacia el equipo de música.

—Nos hacemos un porrito, propone Jay, mira lo que he traído para luego... Y enseña un papelito con un dibujo de una bicicleta.

Son tratos someros, conversaciones ligeras como flecos, que no pretenden incoar

una relación o adentrarse a solventar problemas ajenos, sino por el contrario lo que buscan es pertrechar la noche creando un ambiente festivo y de compañerismo.

Los amortiguadores del Peugeot 205 de Diego estaban al máximo de su flexibilidad. No se podía decir que el camino de piedras, tierra y agujeros fuese muy amable con ellos. Tampoco les eximían de su agotamiento los cinco próximos visionarios que daban botes en el interior del coche en desarmonía con los desniveles del sendero y con los sonidos del radiocassette. Disponían de un mapa dibujado a través de instrucciones telefónicas: kilómetro 29 de la carretera de Burgos, desvío a la derecha por un camino asfaltado completamente perpendicular a la autopista (un peligro), tercer camino a la izquierda, segundo a la derecha que termina convirtiéndose en un camino de tierra que surca unas colinitas del mismo material y que desemboca en una explanada donde por fin se presiente la vida.

Aparcan el coche y siguen a un grupo de gente que a su vez también se guía por el sonido de una música misteriosa que parece emanar de las plantas del bosque. Aventureros a punto de descubrir el tesoro. Caminan unos cien metros entre arbustos. El sonido se escucha con mayor nitidez a cada paso. Podrían haber rodeado el campo y entrar por otro lado evitando de este modo el peaje de quinientas pesetas que imponían dos chicos, pero la prisa por descubrir la sorpresa transformaba esa cantidad en nada. Además los organizadores se lo merecían, habían dedicado dos meses hasta encontrar el paraje idóneo, necesitamos que no haya nadie alrededor, una explanada protegida por árboles, canalizar a la gente para que no se cuelen demasiados..., por no hablar de todo el resto, equipos, pinchas, copas, decoración... Siguen avanzando con premura a través del angosto recorrido, iluminados por la luna llena (era otro de los requisitos) hasta que encuentran en medio del camino una sábana pintada colgada entre dos árboles; la abren y...aparece un anfiteatro natural desorbitante, un oasis de felicidad, un edén de luces fosforescentes y de sonido mágico donde dos centenares de enardecidos bailarines estiran sus cuerpos al son de la mejor música electrónica del mundo (un mundo supuestamente global), en esos momentos de estilo trance, una letanía de navegación orbital, ingrávida, soplada por vientos de aroma ancestral.

A modo de pared cóncava luminosa unos robles sirven de muro donde se proyectan unas diapositivas que varían cada cinco o diez minutos. Es increíble que unas transparencias de treinta y cinco milímetros puedan multiplicarse por el aire ordena-

das en haces de luz hasta formar una auténtica arquitectura de colores. El espacio usurpado a la naturaleza también estaba decorado con telas colgantes, con globos de poliespán que acrecentaban la sensación intergaláctica y con unos tipis pseudosindios desperdigados que hacían las delicias de algún cansado, todo pintado con dibujos de colores fluorescentes. A un lado una camioneta prolongada por una barra funcionaba como bar, servían minis de combinados alcohólicos, es decir medio litro de líquido por el amable precio de seiscientas pesetas. Y a otro lado, como icono de veneración, como alimento necesario, la cabina de música con los reyes de la noche, los disc-jockeys. Para esta ocasión había venido uno de la India, el adalid del trance de Goa, y otro de Londres, conectado al progressive, a parte de los DJ's residentes. En estos ambientes los disc-jockeys se convierten en los gurús incuestionables, los predicadores con voz de vinilo (todavía), los tatuadores de emociones, los garantes de un nido mantenido de felicidad.

La rave prometía no defraudar y el plenilunio miraba la logia tecno con luz protectora y expansiva. Aquí todo el mundo estaba libre. Libre de moverse, libre de horarios, libre de intrusos, libre de porteros apuestos e hinchados que se creen los amos de la noche, libre de empresarios reprehensores, libre de despiadados que cambian el tipo de melodías cada cuatro minutos, libre de traer tu propia bebida, libre de quedarte dormido, libre de vestir como te dé la gana y libre de buitres humanoideos que dan la vara a las chicas y que las obligan subrepticamente a comportarse como féminas a la defensiva sujetas a la obligación de gustar.

Libres y en el campo, con el firmamento muy por encima de la cabeza.

Mimí estaba feliz y presentía que esa sensación le duraría eternamente, pero no fue exactamente así, Laura le metió un papelito muy pequeño en la boca, Trágate, y Mimí se lo tragó con la ayuda de un vodka con naranja, que era lo más dulce que pudo encontrar. Bailaban hipnóticos, arrojando cuerpos y almas a la adicción del bombo, seguros y protegidos como los fetos en el útero materno escuchando el tambor mántrico del corazón y sabedores de su privilegio iniciático como los que bailan en las danzas ceremoniales africanas. Diego, Laura, todos reían, pero Mimí solo podía articular, en su entrega solitaria, una sonrisa muda y perenne. Algo extraño le estaba sucediendo.

Una hora más tarde sintió ganas de hacer pis. Buscó con la mirada un arbusto y se encaminó hacia él sorteando una hoguera que calentaba a un grupo de cinco personas de los cuales uno estaba dormido. El arbusto escogido estaba ocupado por otro necesitado y se fue en busca de otro escondite. A medida que se alejaba de la música y

del centro de la actividad se iba apoderando de ella una sensación contradictoria de pertenecer irremediablemente a aquel lugar y de desasosiego progresivo. Se bajó las bragas mientras se ponía en cuclillas pero sus nalgas doblaron un cardo espinoso y se sorprendió al comprobar que no se inmutó. Hizo su deposición líquida y caliente pensando durante intervalos confusos que su venganza caía directamente en la planta maldita en forma de ácido corrosivo y mortal. El mismo ácido que comenzaba a corroerla a ella.

Se dirigió veloz en busca del nido protector pero desde su posición de observadora comenzó a sospechar que aquel escenario de felicidad se iba transformando en un infierno donde inconscientes pecadores sucumbían incandescentes a la lujuria y al desenfreno. Pero estaba atrapada, sabía que su vida discurría allí, sin conciencia del tiempo, sin conciencia de nada exterior a aquello, y se adentró en el escenario. Aquella música mágica, inteligente y elevada ahora retumbaba en sus oídos como auténtico sonido del infierno. Alicia y Jay bailaban con un alemán que no paraba de apropiarse de las copas ajenas y Laura estaba tirada en el suelo dando mordiscos en la oreja a Diego y riéndose de su nariz. Mimí intentó bailar pero se encontraba mal y se sentó al lado de Laura que se desternillaba de risa con cualquier cosa, Mira los árboles Mimí, son de colores.

Era verdad, Mimí veía ahora los árboles de color verde y naranja fluorescente y la tierra serpentear bajo sus pies. Las esferas pintadas en las telas se movían como un cosmos a cámara rápida y las ropas de la gente eran luces psicodélicas que se enredaban unas con otras. Cerraba los ojos y visualizaba la escena en clave de dibujos animados distorsionados moviéndose a golpe de fotogramas y vestidos con ropas reflectantes, como las de los bomberos o los basureros. Los abría deseando que todo fuera un sueño pero su visión continuaba impertérrita captando los mismos mensajes alucinados. Quería que pasase el tiempo, pero el tiempo había dejado de existir. Venga Mimí, levántate del suelo y ven a bailar. Alicia le cogió de la mano estirando su brazo inerte y una vez de pie se estancó en su verticalidad.

Intentó bailar pero mientras se movía flácidamente vio cómo se llevaban cogido de brazos y piernas, como una hamaca, a un pobre zombi. Pensó que estaba muerto y sintió que su alma se le escapaba por los aires con la de aquel resto humano. Un escalofrío de desasosiego y zozobra le hizo estallar en un llanto descontrolado que le duró indefinidamente, el tiempo no existía.

Las estrellas se difuminaban y el horizonte comenzaba a clarear.

Mimí seguía pasmada de pie llorando y temblando, rodeada de seres concentrados

en su baile, como bultos sin destino. Alicia y Laura se turnaban para abrazala e intentar tranquilizarla un poco, pero sus risas descosidas no hacían más que acrecentar su congoja. Además las tinieblas de la mañana habían atraído a una nube de vampiros diminutos que arrasaban sus piernas descubiertas y ya de por sí voluminosas, sembrándolas de unos montículos rojos del tamaño de una almendra que se transformaban en amasijos de carne gordos y gangrenosos y que se quedaron a plena visión perpleja de los que estaban sentados en el suelo. Parezco una plantación de setas carnívoras, logró articular mientras se sacudía los mosquitos y se inquietaba volátilmente de su lamentable apariencia. El picor de sus piernas le hizo reaccionar y levantó su vista hacia la multitud que quedaba en el lugar. Los rayos de un sol aún escondido iluminaban perfectamente la escena y a través de las lentes líquidas de sus lágrimas comprendió que todo aquello había sido montado con premeditación para el esparcimiento de los sentidos drogados: las telas, las diapositivas, el paraje campestre, los vestidos de la gente, la música. Ahora se podían ver todas las caras, caras cómplices, pálidas y deformadas. Pelos teñidos de colores imposibles, una chica con coletitas y mochila de plástico rojo danzando entre la gente a modo de caperucita roja, toda la moda cyber-infantil diseñada para el culto y mayor disfrute de las drogas pseudodivertidas y el disc-jockey todavía concentrado, feliz, amamantando a su prole.

—Me voy a dar un paseo, dijo Mimí en un alarde de mejoría.

—Te acompaño, propuso Alicia, que como los demás ya conocía los efectos del ácido lisérgico y se apiadaba de Mimí recordando su primera experiencia de subidón extremo de LSD.

El recorrido por el campo fue corto pero para Mimí supuso una expedición atemporal al Amazonas. Encontraron un río perdido entre las ramas, con arena de playa suavizando la rivera, manchado con una luz solar limpia y brillante que se filtraba entre las hojas reflectándose en el agua como una noria de estrellas, un cuadro de claro-oscuros que bien podía haber sido recreado por Emil Nolde, pero que Mimí y Alicia estaban viviendo en directo, aceptando en sus pieles blanquecinas de cansancio todas esas agujitas de luz plateada que salían del río como chispas de bengala; se descalzaron penosamente y pusieron los pies a remojo. Qué delicia sentir aquella agua cristalina, amortiguado el frío matutino por el sol en la espalda, escuchando los pajarillos cantar y las ranas chapotear. Pero levantaban la vista fija, clavada en el tiempo y otra vez los dibujos animados y las plantas fosforito. Alicia, tú oyes lo mismo que yo, El qué, Que las hojas se están hablando, A ver, sí, sí, qué genial. Una

hoja caía al agua.

Se fueron de allí agarradas de la mano a continuar la expedición que giraba y giraba en torno a un círculo concéntrico de veinte o treinta metros, nada más, aunque la sensación fuese de caminata en línea recta interminable, y se encontraban con un campo arado que respiraba. Las tierras se movían con vida propia hacia arriba y hacia abajo; cerraban los ojos, los volvían a abrir y esta vez la tierra labrada se componía de mil serpientes seseando.

— ¡Mira esa colina! ¿Ves una cueva llena de gnomos?, y se reían.

—Oye Alice, no recuerdo mi pasado, ¿alguna vez tuve pasado? ¿Dónde estamos? No consigo ubicarme en el espacio-tiempo... ¿Me voy a quedar así toda la vida?

—No tonta, esto se pasa, ya lo verás, conseguía razonar Alicia que ya había experimentado sensaciones similares y se encontraba más segura.

Pero a Mimí le desaparecían capas y capas de su mente quedándose con los recuerdos más subconscientes, algo así como el corazón de la mente, atemorizada de nuevo ante la vivencia de los pensamientos más oníricos de la infancia, como cuando de niños nos atormentábamos pensando que había una bruja escondida debajo de la cama o en el armario, o cuando el ritmo de vida discurría flotando en un magma atemporal e incomprensible, algo que arduamente conseguimos dominar con el paso de los años, o quizá nunca.

Se tumbaron sobre la tierra viva, desmayadas bajo el sol abrasador, Mimí deseando que apareciera un nuevo día donde poder recuperar su vida anterior, hasta ese momento menospreciada pero ahora convertida en algo sublime.

Un rebuzno las despertó:

—Joder, pero qué hacéis, son las doce y media y os hemos estado buscando como locos, coño, que nos queremos ir. Era la voz de ultratumba de Laura.

Mientras se dirigían hacia el escenario temido, Mimí comprobó irremediablemente que todavía no había llegado el nuevo día, es más, cada paso robótico parecía atravesar una eternidad y el nuevo día nunca llegaría.

Todavía quedaba algún colgado que otro, el pincha se había ido pero la música del infierno seguía sonando en los oídos. Un chill-out formado por una carpa improvisada y unas frutas apareció de repente con un manojo de calaveras medio vivientes en su interior. Otro zombi rogaba que le acercasen a la ciudad. Se metieron apiñados en el coche y se marcharon.

Al llegar a casa (milagro de la conducción) Diego se quedó con Laura. Mimí consiguió ducharse y dormirse bajo el retumbo de un millón de sensaciones contrapuestas y de los suspiros de Laura bajo las carnes de su compañero ocasional.

La mañana siguiente, que en realidad era la noche del mismo día, no supuso una vida nueva, rebotante del entusiasmo producido por el cambio, sino el agravamiento de la anterior. Mimí abrió la puerta de su habitación, que daba directamente al salón, temerosa de encontrar los cuerpos yacientes de los amantes pero sólo quedaban unos restos de huevos fritos con pan y unos cojines por el suelo. Laura no estaba y Mimí se sintió más sola que nunca, sola, una soledad que le aplastaba la cabeza. Se fue a la despensa y se apoderó de una caja entera de galletas y de una barra de chocolate mientras se vilipendiaba pensando en el espectáculo lamentable que había protagonizado la noche anterior (noche, día anterior u hoy, lo que fuera), abrió la puerta de su habitación y se encontró con la grabadora descansando en la mesita, la enchufó: Hoy no se qué día es, ayer fui a una fiesta en el campo, lo pasé fatal, quién me manda tomar eso, tengo que aprender a decir no, No, No Gracias, No, No. Rebobina la cinta y escucha su propias negaciones enfatizadas, continuas, Ves qué fácil es, apaga la grabadora, la deja de nuevo en la mesita y ya sin ella se comenta, Pero qué difícil es saber cuando hay que decir no, y si por esa tontería me pierdo lo mejor de mi vida...

Se recostó en la cama y encendió el televisor: un partido de fútbol le asaltó las retinas, qué asco, se dijo a sí misma, apretando los mandos del control remoto con la mano izquierda mientras que con la derecha manejaba profesionalmente el surtido Cuétara. No podía entender esa enajenación nada transitoria de los medios de comunicación que se empeñaban impertérritamente en hacer creer a la población que dar patadas a un balón es un asunto de sumo interés nacional, dedicándole incluso una tercera parte de los informativos y aderezándonos la sopa con los entresijos repugnantes de sus empresas. No es de extrañar que la sociedad tenga los valores confundidos y viva en una anestesia de principios, con el ejemplo que dan los medios y los políticos... Apretó su mando a distancia y en la pantalla apareció una mujer rebotante en grasas de esa edad indefinida que provocan las raíces socio-culturales bajas, con cara de tortilla de patatas y vestida con mantel a cuadros comentando con toda tranquilidad, No, si a mi marido no se le empina ni con vitamina moderna de ésa, me se

está quedando agilipollao con tanto furbo y tanto putón desorejao.

Eran concursos o entrevistas a personas de la calle que se autohumillan, perdiendo todo tipo de dignidad a cambio de salir en la tele y de un bocata de chorizo. Eso no era ya inocencia, era malicia ignorante. Continuaba con el zapping y sólo se encontraba con gente que afirmaba que su abuelo muerto le llamaba por teléfono, con entrevistadores histriónicos de moreno termonuclear que laceraban impunemente a sus públicos y sumisos entrevistados, con gente que lloraba delante de las cámaras ante la sorpresa de encontrarse en el plató con un familiar perdido o con un novio abandonado, con famosos patológicos cuya aportación a la sociedad era el haberse acostado con otro famoso y acudir enfundados en un traje de marca a una entrega de premios, con anuncios vomitivos donde una persona muy guay confiesa haber abandonado su trabajo de ejecutivo agresivo para quedarse con las cosas importantes de la vida... un coche de cinco millones de pesetas y con modelos anoréxicas convenciéndonos con sus cuerpos risueños y seguramente enfermos de que la leche desnatada nos va a proporcionar al hombre de nuestra vida.

Mimí devoraba galletas con la esperanza intuitiva de meterse un poco de comprensión, un poco de energía en estado puro, pero al mismo tiempo repudiaba su acción pensando en las consecuencias que producirían en su cuerpo. Cuanta más repugnancia se daba a sí misma, más galletas engullía. Un sudor frío le brotaba de las sienes formando círculos concéntricos de culpabilidad. Odiaba a las modelos anoréxicas, pero quería ser una de ellas. Odiaba los amasijos de harina y grasas, pero no podía vivir sin ellos. Odiaba a la sociedad pero no soportaba la soledad. Una galleta cayó en el mando a distancia y apagó la televisión. Mimí le dio unas gracias soterradas por semejante salvación y se acurrucó en postura fetal intentando ponerse por debajo de sus pensamientos asfixiantes, como un buceador tan sincronizado con el medio acuático que cree por unos instantes poder respirar, rememorando en su paz su estancia en la placenta (de placentero) materna donde los líquidos amnióticos penetran impunemente las fosas nasales. Tenía que matar aquel diablillo que le torturaba, vencer la falta de voluntad y pronunció en bajito las palabras mágicas: Mañana empiezo la dieta.

Se volvió a quedar dormida.

Terminar es comenzar algo nuevo, y con esta idea alentadora afrontó Mimí el nuevo día. Hoy me pongo a dieta, e inmediatamente proyectó en su mente una Mimí delgada, seductora, segura de sí misma, paseando por la calle con el modelito más provocativo del mercado y sonriendo desdeñosamente a los piropos de los obreros que le dirían, Madre del amor hermoso, menudo bombón pa comérselo de sope-tón. ¿Pero, qué dieta escoger entre el maremagnum de consejos alimenticios que cualquier ex-traumado por la gordura apostoliza? Dietas milagrosas que aseguran que se puede comer todo lo que quieras sin pasar hambre simplemente eliminando los hidratos de carbono, dietas que cambian las calorías por puntos y que te obligan a comer con el manual en la mano, dietas de restricciones calóricas en las que sueñas con la balanza, dietas que pronostican la pérdida de kilos tragándote antes de cada comilona una pastillita mágica... Todo aquello sonaba a una cadena interminable de dietas engarzadas por el hambre. Mimí se decidió por la más drástica: la de alimentarse durante diez días a base de sirope de savia con zumo de limón. Aseguraban que esta dieta era fabulosa para desintoxicar el cuerpo, ya que contenía los oligoelementos necesarios para una correcta cura de ayuno y era estupenda para desentumecer el espíritu. Con ese sustento adelgazaría siete kilos, y luego, planeaba, se mantendría comiendo de manera equilibrada y completa a base de carnes, pescados y verduras. Vale, ya estaba decidido, el corazón le latía fuerte por la inminencia del reto, había que ponerse en marcha. Bajó a la calle en busca de un herbolario donde comprar el sirope de savia de arce de Canadá y lo encontró ¡Qué pasada, cinco mil pesetas el botecito! pero la dependienta le aseguró que era mano de santo y Mimí se convenció devotamente de ello y se dirigió animosa hacia el supermercado en busca del cargamento de limones mientras se mentalizaba de la beneficiencia de la pócima mágica.

—Hola joven, ¿qué deseaba? le preguntó el frutero.

Mimí desvió una mirada absorta hacia las manazas de color rosa carnosos de aquel ejemplar saludable y expectante, diciéndole, deseo con toda mi alma que me pases esas manos por mi cuerpo entero, acariciando suavemente mi piel, que me vayas desvistiendo poco a poco, o mejor de golpe, que no pares de besarme mientras me susurras al oído que te estás enamorando de mí, que soy la mujer más preciosa que jamás has conocido, que te estás estremeciendo con mi olor, con mi voz, con la suavidad de mi piel, con el jugo de mis labios y le contestó:

—Cuatro kilos de limones, por favor.

Mientras se dirigía hacia la caja unos donuts gorditos y relucientes le asaltaron las retinas. En una fracción de segundo percibió su olor empaquetado a recién hecho y

se transportó a campos elíseos de deliciosa impunidad donde podía comer cual ángel celestial cuantos manjares quisiera. Y los cogió. Bueno, ya que iba a tener un pequeño escarceo antes de empezar el régimen mejor era pegarse un homenaje serio, así que tuvo buen cuidado en la selección de quesos, helados, natillas, bollicaos y tigretones. Cuanto más lujuriosos y desaconsejables fuesen los productos mayor era la tentación. Salió del establecimiento y recorrió fugazmente la vista en busca de un banco donde quitarse lo antes posible el peso de las bolsas y del remordimiento. Lo encontró, se sentó y procedió a engullir el botín lenta pero sistemáticamente, como una maquina trituradora de basuras, intentando disimular su gula, y mirando de soslayo a los transeúntes con esa expresión que ponen los niños cuando son sorprendidos en una fechoría.

Llegó a casa con el estómago satisfecho y se preparó su zumo de savia y limón, al menos empezaría la dieta. Laura estaba en la cocina desayunando.

—Me he puesto a régimen. Este zumito durante diez días y siete kilitos menos.

—¿Y eso es lo que vas a comer? Estás loca, te voy a tener que ir recogiendo por los suelos, quítate el pan y ten cuidado con lo que comes y ya está, pero no hagas esas burradas porque además luego vas a engordar todo lo que has adelgazado con la misma rapidez. Al menos eso es lo que he oído.

—No, si tienes razón, te entiendo, pero es que después de esto voy a seguir con una dieta normal, tú déjame que yo sé lo que hago. Toma, te he traído el periódico.

Laura se puso a hojearlo mientras se tomaba un café solo y una tostada con queso manchego. Mimí la observaba con los codos sobre la mesa y las palmas de las manos aplastando sus mejillas.

—Joder, fíjate lo que pone aquí, espetó Laura con la boca llena :«Mujer estadounidense de treinta y seis años es acusada de violación de un menor de trece años». ¡La condenan a seis años de cárcel por enrollarse con un menor y además se ha quedado embarazada de él! ¡Pues ni que el esperma saliera por obligación!

—Ya, pero imagino que las leyes tienen que estar para regular una situación general. Imagínate que el niño no tuviese padres y hubiese heredado una fortuna y entonces llega ésta, le dice que tiene veinte años, que para uno de trece da igual veinte que cuarenta porque todo le suena a mayor, y hace el papel de madre-amiga-amante, le emborracha en su tierna infancia y consigue quedarse embarazada para quedarse con su dinero.

—No puede quedarse con su dinero porque legalmente sería imposible. Lo que ha pasado es que la tía tenía dos tetas como dos carretas y al enano le ha recordado las

pajas que se echaba en el baño mirando el Playboy. ¡Y encima la meten en la cárcel!

—O igual estaban enamorados, que de cegueras nunca se sabe... empezó a ensoñar Mimí imaginándose embarazada de un apuesto y millonario adolescente.

—Bueno y esto no te lo pierdas: «Anciana de ciento un años es violada en un pueblo de Rusia por un chico de veintidós». ¡Esto ya es necrofilia pura!

Oye Mimí, tú te lo has hecho alguna vez con alguien...

—Tú qué crees..., contestó mordisqueándose el labio inferior y levantando las cejas.

—Con la carita que tienes parece que no has roto un plato.

—Pues no, has adivinado, nunca lo he hecho, tuve un novio de pequeña, pero sólo nos dimos besitos, bueno y me sobaba las tetas, yo tenía catorce años y el doce, me gustaba mucho, nos metíamos debajo de una morera y nos hinchábamos de besos y de moras, al final terminábamos los dos con la cara toda violeta, de tanta fruta y tanta saliva, pero la cosa duró poco, y luego no he vuelto a tener ningún novio.

—Pues hija, tampoco es tan difícil, no hay más que abalanzarse al cuello de cualquiera y todos tragan.

—Eso será contigo, que eres muy guapa.

—Qué va, con tal de tener tetas y culo ya les vale, son todos unos guarros.

—Pero yo no me atrevería a hacerlo, además yo lo que busco es que me quieran, el sexo no me atrae demasiado, y qué coño, la verdad es que paso de los chicos, estoy más a gusto sola, con mi música y mis amigos.

—Eso no te lo crees ni tú, lo dices porque no lo has probado. Además, te voy a decir una cosa, yo creo que los hombres tienen un olfato especial para saber quien folla, y cuando empiezas a hacerlo es como un círculo vicioso, cada vez follas más y cada vez atraes más a los hombres y cada vez te gusta más follar.

—Yo prefiero reservarme para mi príncipe azul.

—Pero Mimí, no seas ingenua, que los príncipes sólo existen en los cuentos. Los hombres están ahí para aprovecharlos, para coger de ellos lo bueno que tienen que no es otra cosa más que el sexo, lo mismo que hacen ellos con nosotras. Además tenemos que aprovechar la oportunidad histórica que vive la mujer: ahora no necesitamos su dinero y tenemos la píldora para no quedarnos embarazadas y los preservativos y además, en un futuro los hombres serán pequeñas criaturas biónicas sin cola, Laura sacudió con su mano la zona genital, haciendo un gesto de corte, porque se habrá quedado atrofiada de la falta de necesidad ya que quien quiera tener hijos se irá a un centro de reproducción asistida donde los fabriquen a la carta o algo pareci-

do. Y no te creas que soy yo sola quien lo cree, que un cura en los años cincuenta dijo lo mismo, Teilhard de Chardin, se llamaba, bueno, él iba más allá, predecía que los cuerpos humanos terminarían por desaparecer, que las personas se convertirían en conciencia y que todas las conciencias de la humanidad convergerían en un espacio llamado nusfera que sería la culminación de la evolución de la especie humana, algo así como una posthumanidad acorporal conectada entre sí a través de influjos eléctricos.

—Pues ahora que lo pienso qué curioso que en las representaciones de marcianos, que se supone que son el exponente de la evolución, ninguno tenga cola.

—Es verdad, se reían, qué tontos son los que inventan los marcianos, con lo que son los hombres con su polla, que parece como su espejito mágico, dime dime espejito, Laura se mira el sexo y hace que se pone un espejo, a que tengo la polla más grande del mundo...

—Y van y se hacen sin ella, ja, ja, ja, ¡qué fallo! No, pero ahora en serio, prosigue Mimí tras enjuagarse una lágrima de risa, yo sí que creo en la familia, en la pareja, en el amor...

—¿Y de verdad te gustaría casarte y tener hijos, tener que aguantar primero la infamia de la boda, disfrazándote de cutre-reina, para luego ir al salón más horterera del mundo, o al Ritz, me da igual, a que te tiren los langostinos con pala y a bailar el Torito enamorado de la luna? Y luego ya viene lo peor, por duradero, que es aguantar al marido sudando y roncando por las noches, ir a hacer pis y que esté todo el retrete de meao, no poder salir con tus amigos libremente porque se mosquea, aguantar su mal humor porque le han puteao en el trabajo... no por favor, yo no quiero eso ni harta de vino.

—Es que tú sólo ves lo peor, yo sueño con el calor de un hombre en mi cama, al que poder abrazarme toda la noche, olerlo y darle besitos en el cuello, al que poder preparar el desayuno, cuidar y tener muchos hijitos que se me suban a la espalda...

—Tú sabrás lo que quieres hacer pero desde luego yo cojo de los hombres lo único que encuentro interesante en ellos que es su polla, en eso les doy toda la razón.

—Oye Laura ¿qué te parece la idea de alquilarte a un mayordomo-amante que te cuide, te de masajes, te haga la comida, el amor, limpie la casa, vaya a la compra... no estaría mal no?

—Dónde está que me lo compro, contestó rápidamente Laura.

—Lo podemos buscar, no creo que sea tan difícil, aunque habrá que pagarle bien.

—Qué lata, ¿no lo podríamos encontrar gratis?

—Igual sí, pero no sería lo mismo.

—Seguro que en un futuro fabricarán ciborgs para que sean nuestros esclavos, pero también serán carísimos..., qué rabia...

Laura puso el pie en la silla, se abrazó la rodilla y continuó leyendo el periódico, igual encontraba un anuncio de mayordomo-amante... Mimí dio el último sorbo a su pócima y se encendió su pitillo-laxante matutino. Fumaba muy poco, sólo por las noches cuando salía y el pitillo de las mañanas para ir al baño. A la tercera calada unos gasecillos disimulados comenzaron a calentar sus nalgas y dieron el aviso de la inminente llegada del excremento. Mimí se preguntaba ¿qué tamaño tendrá hoy?, ¿qué forma, color, consistencia y olor tendrá hoy?, ¿será de estos formados por una acumulación informe de bolitas marrón oscuro que prohíben la filtración de olores y que dibujan las peores arrugas en la cara? o bien será de estos excrementos agradecidos y auténticos, dúctiles y mórbidos, claros y olorosos que hacen estremecer el cuerpo en un espasmo de placer... Mimí se contuvo un poco más, consiguiendo con la postergación un incremento del deseo, al igual que sucede en el amor, las ganas de comer o en todas las cosas buenas de la vida, como el defecar (o cagar, que es más plástico, más matérico), y anunció:

—Ay, ahora vengo que me están entrando ganas de ir al baño. Se dirigió apresurada al cuarto de baño y por el camino buscó una revista. Como no encontró ninguna cogió un bote de champú: «Un champú muy suave que respeta el cabello en toda su longitud»... Mimí ya estaba sentada en el retrete dejándose inspirar por aquellas palabras tan deslizantes cuando un escalofrío de placer le recorrió la parte superior del cuerpo, sobre todo los brazos y las raíces del cabello y un calor hormonal se apoderó de sus mejillas, enrojeciéndolas, de sus ojos, humedeciéndolos, de su nariz, picándola y de sus labios, hinchándolos. El excremento estaba a mitad de camino y seguía su curso lento pero inexorable, como una avalancha de nieve, conformando su cauce y no al revés, y evacuando todo lo que la naturaleza no ha podido soportar. Las contracciones del ano le habían estimulado los cercanos músculos vaginales proporcionándole un placer añadido al placer psicosomático de la depuración. La inspiración contenida hasta entonces devuelve su exhalación para volver a inspirar un olor a labor terminada con éxito, un olor a recompensa, un olor a intimidad. Mimí orina por última vez, como para rematar el trabajo, se limpia, piensa que la mujer debe sentir más gozo que el hombre al defecar por la proximidad de conductos digestivo y vaginal y de musculatura contraída, se levanta, mira de reojo la forma del excremento (es del bueno), tira de la cisterna, comprueba que ha colado todo y sale del cuarto

de baño.

Llega a la cocina airoso, todavía con la impronta del reciente acto y pregunta a Laura con ánimo intrascendente:

—Oye Laura, ¿tú crees en Dios? Mimí hacía la pregunta con la mayor simplicidad, como quien pregunta si las zanahorias están mejor crudas o cocidas.

—Joder, menuda preguntita a estas horas de la mañana, pues yo que sé; así, a bote pronto, no.

—Yo sí, bueno yo creo que más que Dios esté en todos nosotros, todos nosotros estamos en Dios, es decir cada uno es un trocito de Dios y todos juntos, contando a todo ser viviente presente, pasado o futuro conformamos a Dios.

Laura le miraba atónita pensando que quizá Mimí estuviera todavía más loca que ella. También recordaba a intervalos hechos de rechazo, su infancia regida por unas monjas oprimentes y falsas, por una madre desencajada separada de un padre alcohólico y por un abuso sexual perpetrado por un vecino, amigo de su padre. Mimí continuaba su discurso sumida en un halo de inspiración:

—Y también creo en los ángeles de la guarda. En efecto Mimí tenía instalado en su habitación un pequeño altar que consistía en una tabla sujeta a la pared con un mantelito de encaje blanco sobre el que estaban situados una taza antigua con café, un libro, un ánfora romana, unas pastillitas medicinales, caramelos, velas, flores, una planta, un incienso y una colección de angelitos colgados de la pared.

—La cuestión es saber cuál es tu ángel de la guarda para saber quién te protege y a quién tienes que acudir y dar las gracias. Normalmente es el espíritu de alguna persona querida muerta, que en vida te ha protegido, pero también puede ser el espíritu celestial de alguna persona que haya muerto y que no conozcas más que a través de manifestaciones materiales, como por ejemplo un músico con el que te compenetras enormemente, o incluso intuyo que también valdría el espíritu o alma de un ser vivo bondadoso preferiblemente conocido.

—Me estoy haciendo un lío, pero bueno, ¿cuál es entonces tu angelito preferido?

—Mi abuela, respondió Mimí con un mohín de reproche en la cara. Es mi espíritu protector; lo noto perfectamente Laura, créeme, siempre que estoy en grandes apuros acudo a ella y me ayuda.

—Pues a ver si encuentro yo al mío y me hago rica ya de una vez por todas.

—Laura, cómo eres, para esas cosas no vale. Además yo te puedo ayudar a encontrar el tuyo...

Suena el teléfono y Laura sale escopetada quizá con el alivio inconsciente de

librarse de aquella conversación que hubiese podido perjudicar su postura de rechazo hacia todo lo que suponga una introspección en los intersticios de su mente y de su corazón. Mimí permanece sentada en la silla, acunada por sus recientes palabras. Un rayo de luz solar rebota en una espumadera de aluminio y le atraviesa directamente la retina. Se desplaza levemente para alejarse de la luz cegadora y se queda abstraída observando el instrumento. Miles de estrellitas rebotan en el hemisferio que se convierte en un líquido iridiscente que le transporta al mar de su infancia, con el sol limpio de la mañana desvelando un oleaje intenso y revitalizante. Mimí se deja mecer por el sonido reparador de la marea, respira hasta el abdomen el aire cargado de yodo e iones negativos y deja descansar su vista en esa inmensidad de vida ofrecida llanamente, horizontalmente, sosegadamente.

—¡Mimí! prepárate que nos vamos al cine, grita Laura mientras llega a la cocina.

Las pupilas de Mimí se contrajeron subitamente enfocando de nuevo la vulgar espumadera.

—¿A estas horas? pregunta Mimí pensando que no hay ningún cine abierto, con el temor de oír una contestación de reconsideración de la idea y con la esperanza de que a Laura se le ocurra algo que suponga una osadía o una novedad.

—Sí, sí, no es un cine normal, es un cine pirata y está abierto todo el día. Me acaba de decir un amigo que mola mogollón, que ponen pelis prohibidas tipo snuff movies, vídeos de chantaje, gore, vampirismo...

—Huy, pues qué miedo y tú te atreves... a mí la violencia me espanta.

En realidad no le espantaba tanto, Mimí vivía en un mundo de inocencia donde la violencia siempre es irreal y se le podía ocurrir cualquier idea absurda para excusarla, para no querer entenderla, o quizá entenderla tan profundamente que dejara de tener valor físico.

—Voy a buscar la dirección. Date prisa que nos vamos ya.

El cine pirata estaba situado en un local a pie de calle por la zona de Lavapiés. La entrada era una angosta puerta de metal que auguraba algo parecido a una imprenta o a la puerta trasera de algún extraño negocio. Ningún indicativo orientaba al interesado. Los intrépidos que osaban franquearla eran recibidos por unas escaleras ascendentes, las que ahora estaban desafiando Mimí y Laura, coronadas por un luminoso que exclamaba el nombre del cine pirata: Vampire Easy Watch. Mimí percibió las fuertes palpitaciones de su vena yugular transmutarse en el nombre viviente del cine; un reclamo tentador... Pero el Vampire Easy Watch era algo más sencillo y alternativo: se podían ver proyecciones de vídeos, en su mayoría pirateados, de pelí-

culas eróticas y de terror de serie B de los años sesenta y setenta, películas antiguas, películas chinas, indias, vídeos artísticos, dibujos animados, y de vez en cuando llegaba alguna pieza tipo snuff movie, de esas que asesinan a niñas por placer sexual, falsas por supuesto ya que las auténticas cuestan fortunas y no existen copias, pero no por ello menos subterráneas y asquerosas, vídeos de chantaje a famosos y políticos, estos auténticos, y alguna otra visión que sólo se podía ofrecer a ojos privados y discretos.

El coste de la entrada era de cien pesetas, acceso libre todo el día, era difícil pensar cómo podían hacer negocio, pero quizá no fuese ese el objetivo. Mimí y Laura colaboraron con dicha cantidad y entraron. El local se distribuía en dos zonas: la de la entrada, iluminada por la luz natural de un patio y donde estaba instalada una barra de bar, pósters y un monitor que permitía ver la película que se estaba emitiendo en el interior, y la segunda sala, que era la de proyecciones, presidida por una pantalla de dos metros de ancho y alineada con sillas negras plegables, aunque cuando estaba llena, la gente se sentaba tranquilamente en el suelo a beber su copa, a fumar y a ver los vídeos.

Laura pidió una cerveza. El monitor emitía unos dibujos animados de una niña con pelo castaño y un moño ladeado de donde colgaba una larga coleta envuelta en una cinta roja, ojos dorados inmensos, boquita de piñón y vestida con un kimono corto. La niña flotaba en el aire y mordía suavemente el cuello entregado de un bello chico.

—¿Qué es esto, un manga? preguntó Laura con aire escéptico al camarero que en realidad era uno de los socios de aquel negocio tan poco lucrativo .

—Un anime de la Princesa Vampira Miyu.

—¿Cómo que un anime?, preguntó con aire despreciativo.

—Una versión animada del manga. El manga es el cómic japonés, en papel, pero no la animación, como todo el mundo cree.

Un tipo moreno bebiendo cerveza en la barra interpuso:

—Es un cuento fantástico de horror gótico que cuenta la historia de una medium, Himiko, que conoce a una misteriosa niña vampira que confiere a los humanos débiles y atormentados eternos sueños de felicidad y fantasía al tiempo que trata de eliminar, con la ayuda de su sirviente Larva a los demonios-dioses Shinma devolviéndolos a la oscuridad. ¿Qué te parece?

—Pues un rollo patatero para colegialas, ¿esto es lo que ponéis aquí?

—Si quieres ver a colegialas quédate un rato más y verás lo que hacen algunas...,

le insinuó aquel tipo empuñando virilmente el cuello del botellín de cerveza, y llevándose a la boca.

—Si te refieres a cine erótico no creo que me sorprenda, contestó Laura con aires de provocación.

—No exactamente, me refiero a animes de sexo Hentai; muñequitas en dibujos animados capaces de poner cachondo al más reprimido de los mortales.

Mimí no hacía caso de la conversación y observaba fascinada el anime:

—Me voy a ver los dibujos a la otra sala, ¿te vienes Laura?

—Vete tú que ahora iré yo, contestó estimulada por la conversación que mantenía con aquel individuo.

Mimí se sentó en una silla plegable, prácticamente sola en la sala, entregada a aquellas imágenes oníricas de seres que hablaban de inmortalidad, de belleza, de poderes psíquicos, de viajes espaciales y de oscuridades y terminó llorando de emoción.

Estaba limpiándose las lágrimas todavía sumida en la memoria del cuento, con la pantalla en blanco, cuando unos créditos en caligrafía japonesa anunciaron una nueva película y Laura y su nuevo amigo, cervezas en mano y risas en boca, se acomodaron a su lado.

—¡Atentos que ahora empieza lo bueno!, ironizó Laura con expresión de chiste.

Aparece una niña típica del manga, con grandes ojos violetas, pelo del mismo color recogido en una coleta, con flequillo y gafas. La niña resulta tener cuerpo de mujer y está embutida en unos pantaloncitos de deporte extracortos, rosas con dos franjas blancas en los costados, calcetines, playeras y una camisa blanca abotonada hasta el cuello que modela a la perfección unos pechos turgentes y puntiagudos. Está sola en un gimnasio cubierto deambulando por los aparatos cuando llega el profesor. La chica, que lo ve de lejos, se monta en unas barras paralelas, para disimular su indolencia y se queda con las piernas abiertas enganchadas cada una en una barra y el cuerpo en el aire, Mimí, que poseía una capacidad especial para proyectarse en los demás, comenzó a sentir un calor en forma de pajarillo, revoloteando por su vientre, miraba atenta a la pantalla, ajena a las conversaciones, para no perderse detalle. El profesor se dirige hacia ella cuando observa que el pantaloncito se ha desplazado por el estiramiento descubriendo una parte de la vulva chorreante de la chica que le mira asustada. Mimí mira asustada a la pantalla. El profesor se mete entre las barras, se arrodilla y comienza a lamerle el sexo. La chica se excita enormemente y balancea las caderas. El profesor coge una barra de metal con punta redondeada y se la introduce

en la vagina mientras continúa lamiéndole el sexo chorreante. La camisa de la chica explota liberando unos pechos de talla ciento veinte que rebotan al ritmo de los envites de la barra de metal. La chica llega al orgasmo inundando la cara y el cuello del profesor de un líquido viscoso blanco, como el de los hombres. Mimí permanece con la mirada fija.

—No está mal... musita Laura mirando socarronamente al empuñador de cervezas. Mimí, yo me tengo que ir, empiezo a currar en veinte minutos, ¿qué haces, te vienes o te quedas?

—Me voy contigo, yo tengo clase de canto, respondió Mimí atemorizada de quedarse allí sola.

—Hasta luego Ricardo, ya sabes, a las once y media en la peluquería, se despidió Laura.

Salían del local y un sol de primavera nubló la vista de Mimí.

—¿Has quedado con ese tío, Laura? A mí me da un poco de desconfianza.

—Nada, que está muy bueno.

—¿De verdad? yo le veo como sucio, no sé.

Siguieron caminando hacia la boca del metro. Mimí sentía una sensación de transgresión de los horarios, normalmente el cine se ve de noche, que convertía las calles en atemporales, como cubiertas por una neblina de siesta a destajo. Caminaba mirando hacia los balcones, dando alas libres al pajarillo que había estado encerrado en su vientre, hasta que desapareció y en su lugar se acomodó una sensación de vacío que le oprimió el estómago, eran los efectos de la pócima de savia y limón, una pequeña descarga eléctrica membranosa que parecía conferir una energía añadida.

Entraron en el metro y Laura compró de pasada una chocolatina.

—Vente conmigo y te lavo el pelo, así haces tiempo antes de ir a tu clase, propuso Laura al tiempo que se comía su único sustento hasta la noche, no te doy porque dices que engorda, aunque para mí que el chocolate adelgaza, pero bueno, haz lo que quieras.

Se metieron juntas en el vagón que estaba prácticamente vacío y se sentaron. Ambas permanecían calladas, colmadas de sensaciones que bloqueaban sus pensamientos. Un pitido y el tren comienza a abandonar el decorado estéril de la estación. El ruido esperado comienza a convertirse en estruendo. Cuerpos balanceándose. Mimí lo relaciona con sus ruidos estomacales de vacío y se le antoja que aquello es como la digestión de una gran comilona y ellas viajando dentro del cuerpo. El intestino comienza a tranquilizarse, se para, un gas, se abren las puertas, otro gas, se cie-

rran, un pedo sin escrúpulos, el intestino comienza de nuevo su función, un olor pestilente a podrido húmedo, parece que hay problemas, la digestión es difícil, parece que va a estallar, no puede más, ¡estalla! No, se vuelve a tranquilizar, otra vez ralentiza, gases, pedos sin escrúpulos, se abre la puerta, pasa algún intruso y de nuevo sumergidas en la tormenta de la mala digestión. En un instante los ojos de Mimi enfocan lo que hay delante del negro tubo, es el rostro de la chica del manga mirándole fijamente a los ojos, no, era un falsa alarma, es su cara cristalina que se parece mucho, pero sin flequillo ni gafas. Se queda un rato indeterminado observando su rostro de muñeca: ojos grandes y expresivos, nariz respingona, boquita de piñón, piel impoluta. Mimí ve aquel reflejo precioso y apetitoso. Se sentiría cohibida por el realismo de la mirada pero el cristal turbio difumina la culpabilidad (y le devuelve una imagen que no le pertenece). En su actuación deleitosa utiliza varias posturas, de perfil, de frente, con la barbilla levantada, se moldea el pelo. De repente siente otra mirada como una punzada que le exorciza: es el reflejo de la mirada divertida de Laura. Mimí le saca la lengua, Laura se estira las orejas, Mimí le devuelve una expresión de susto, a Laura le recuerda a la chica del manga y se toca ostentosamente los pechos, Mimí comienza a imitar el balanceo de la chica, Laura exagera una expresión muda de deseo, Mimí se mete un dedo en la boca y lo saca lento humedeciéndose los labios, vaya, parece que está aprendiendo. El tren comienza a pararse, se miran y estallan en risas. Unos vejetes que están sentados en el fondo las observan anonadados. A uno se le ha caído el periódico al suelo y no se ha dado ni cuenta. Ellas reconocen de improviso su parada y salen corriendo dejando a su paso un aroma fresco que abofetea a los vejetes como un viento demasiado primaveral. Salen a la calle. De nuevo un clima amable que acompaña sus corazones. Se dirigen hacia la peluquería engarzadas por los hombros, dando brincos y riendo.

—Date prisa niña, que hay mucha clientela, dice Julius a Laura mientras recorre de un lado a otro la peluquería.

—Bueno no te preocupes, ya me lavarás otro día, ya veo que hoy el panorama no está para amiguismos. Voy a aprovechar para dar un paseo hasta la academia, así hago un poco de ejercicio, me vendrá bien.

—Perdona Mimí, nos vemos esta noche, ¿vale? Y se dieron dos besos en las mejillas.

Una temperatura cálida y extrañamente húmeda envolvía la atmósfera de la casa, quizá era la impronta de las flores que comenzaban a brotar. Mimí continuaba deslizándose encaramada a sus nuevos patines de cuatro ruedas que acababa de comprar. Los vio en un escaparate después de dejar a Laura, relucientes como una virgen, como si hubiesen sido creados para ella, con ruedas de alas, aires, vuelos. Entró en la tienda y se los llevó. No se los puso hasta llegar a casa, el salón parecía una pista de patinaje, con ese suelo de caucho negruzco, ideal para entrenar, pero antes escogió el atuendo propicio para la ocasión, minifalda evasé, camiseta de tirantes, guantes de algodón y medias. Una vez vestida volvió al salón, se dirigió hacia el equipo de música, todavía vivía un tocadiscos Telefunken de veinte años, heredado de un amigo de Laura, dudó en la selección de la melodía adecuada y al final se decidió por un tema barroco, colorido y sensual, las Cuatro estaciones de Vivaldi, introdujo el centro matemático del disco de vinilo en el pivotito plateado, se sentó en el sofá hinchable y calzó sus pies en los patines abrochando las cuerdas bien fuerte, hasta formar una única identidad con el calzado. No era la primera vez que utilizaba unos pero al levantarse perdió el equilibrio y cayó de bruces en el sofá relleno de aire de tal suerte que éste la aventó hacia delante y en unos segundos se encontró milagrosamente deslizándose por el suelo, discurriendo como un río, como la vida misma, etérea, continua, resbalando sus pensamientos sobre las ruedas, sobre la música. Al cabo de un rato se imaginó que estaba en una pista de patinaje llena de gente y que una grácil profesora le enseñaba a mover los brazos, a realizar bellas posturas y a patinar hacia atrás. Mimí ejercía simultáneamente el papel de alumna y de profesora. Curiosamente cuando interpretaba el segundo rol su cuerpo parecía fluctuar con el aplomo y la garantía del conocimiento y era capaz de realizar las piruetas más complicadas con la elegancia de una patinadora profesional, al menos ésa era la sensación que tenía, ya que un observador imparcial vería a una principiante con muy buen ánimo

dibujando trazos de ballet clásico con los brazos y levantando torpemente alguna pierna. Luego introdujo en escena a un apuesto patinador que le solicita cortésmente la mano, ¿Señorita, sería usted tan amable de concederme este baile?, Para mí es todo un placer. Sus manos se unen en una sola, patinan por la pista sonrientes y respirando aire puro, continúan en línea recta y salen a un camino escoltado de flores multicolores, luego llegan al mar, qué olor tan fabuloso, bordean una orilla mojada, el sol ofreciendo sus últimos rayos desde el horizonte, al son de los acordes de Vivaldi, qué delicia. De repente Mimí choca contra una mesa y se desploma, piensa que de ahí no pasa y se queda tumbada un rato en el suelo con las manos entrelazadas en la cabeza, soñando de nuevo con el mar.

La aguja del tocadiscos rebotaba hipnótica en el vinilo indicando que ya no podía continuar. Mimí despertó de su ensoñación, se levantó como pudo sin quitarse los patines y fue a dar reposo al aparato. La noche había caído de lleno, sintió hambre. En la nevera quedaba carne picada, sacó los limones y el sirope de savia para prepararse su pócima, a Laura le haría una riquísima hamburguesa casera. Mimí no había perdido las ganas de cocinar, es más, necesitaba con mayor fuerza el contacto con los alimentos. Ya que no los podía degustar con el paladar ni digerir con el estómago, (que es una parte importante del placer alimenticio que se tiende a olvidar y que conduce a la plena satisfacción y a una dulce somnolencia), los disfrutaría a través de los olores, de las formas, de las texturas, de los colores y de la alquimia. Eran las once y media de la noche y Laura debía estar al caer. Le prepararía una mesa con mantel, le metería el pan en el horno, encendería una velita. Pero se había olvidado que Laura había quedado con el individuo del cine pirata.

La cerradura de la puerta comenzó a girar. Un ángel pasó por su nuca avisándole de una inminencia, Laura entraba a casa acompañada por el empuñador de cervezas. Mimí se quitó abnegada los guantes y los patines y salió a recibirles.

—Hola, estaba preparando unas hamburguesas. Si queréis os preparo una mesita en el salón, ofreció Mimí con toda su buena voluntad.

—No, gracias Mimí, preferimos una copa. No te molestes que ya nos la ponemos nosotros.

Laura preparó unos tequilas, sal y limón y se metieron sin mayor preámbulo en el dormitorio.

Mimí se sentó en el suelo de la cocina consternada, tratando de abrigarse en el regazo de los fogones que emanaban un calor amniótico. Las risitas de Laura llegaban con doble filo a la cocina y cortaban agresivas el aire que respiraba. Suspiros de ella,

carrasperas de él. Mimí cogió la carne picada, la estrelló contra la encimera de mármol y comenzó a amasarla. La carne se escurría entre sus dedos, roja y fresca. La juntaba y la aplastaba. La pellizcaba con las manos enteras y la acariciaba. Laura se estremece de gusto. Deslizaba las manos por la masa y continuaba con los antebrazos, pringada hasta los codos, pegándosele la carne como una segunda piel, se la desprendía y la volvía a estrujar. Agarró unos huevos, los golpeó con el quicio de la encimera y los vació encima. La textura era de mucosa húmeda, deslizante y huidiza. Consigue capturar una yema y la estalla entre las comisuras de sus dedos. Él gruñe de gusto. Espolvorea la masa de sal, mucha sal y trocea una guindilla roja. El picante penetra en una herida del dedo que arde de dolor. A Laura le gusta. Coge un trozo de masa y moldea un cilindro, lo transforma en una pelota y lo azota para aplanarlo. Azota y azota. Piensa que se le ha olvidado la cebolla. Corta una en mil pedazos y comienza a llorar. Lloro y llora hasta empapar su cara, su camiseta, su falda, sus piernas y sus pies. Ellos sudan de gusto. Agarra el bote de ketchup lo pone boca abajo pero el líquido pastoso no corre. Ellos se corren de gusto. El bote se desatasca en un estruendo y salpica la cocina entera de líquido viscoso rojo. Mimí observa atónita el panorama hitchcockniano, deja caer el bote al suelo y sale corriendo hacia la habitación de Laura. ¡Han matado a Laura!, piensa enloquecida. Abre la puerta arrebatada. Un grito mudo le sale por la boca, los ojos desorbitados apuntando a la cama.

—Pero bueno Mimí, ¿qué te pasa? ¡¿Quieres salir de aquí y cerrar la puerta?! ¡Joder, que parece que te has vuelto loca!

—Ay, perdonad, lo siento muchísimo, es que había oído un ruido extraño y me he asustado, perdona Laura, perdona.

Mimí cerró la puerta cabizbaja, confusa y se encerró en la cocina. Cogió una balle-ta y se puso a borrar el desaguisado.

Transcurrían los días como un hormiguelo de pies, suave pero molesto. El aire era espeso, las horas indeterminadas. La gente caminaba lenta, errática, con objetivos confusos y perdidos en la necesidad de productividad. El mal de la productividad. Un aborto con secuelas imborrables. Una educación occidental que fabrica seres paranoicos e intolerantes. Mimí se quedaba tirada horas y horas en el sofá hinchable rosa a medio camino entre el gozo de la inacción y la contaminación urbana de la necesidad de acción. En la ciudad había que luchar constantemente contra la natura-

leza: si apetece dormir, hay que trabajar; si apetece dar un paseo, hay que ir de compras; si apetece respirar aire puro, hay que hacerse algún vapor casero; si apetece rascarse la barriga, hay que hacer llamadas telefónicas. Un tedio corrosivo que comenzaba a afectar a Mimí. Ella echaba de menos la impunidad de su pueblo donde nadie se extrañaba del empleo del tiempo en no hacer nada, es decir en hacer todo: pasear, pensar, mirar, descansar, charlar, leer. Pero en Madrid tenía la extraña sensación de que aquello era pecado, y sus estancias tirada en el sofá hinchable se afligían de cierta culpabilidad. Echaba de menos la libertad con la que se desplazaba en su pueblo. La casa, la calle y la naturaleza estaban unidas por un mismo sentido. Todo quedaba abierto y dispuesto. Sin interferencias, sin delimitaciones. Quería salir a la calle y ninguna duda lo impedía. Ya estaba fuera, caminando entre los olivos y los naranjos, oliendo los jazmines y el azahar, escuchando el rumor del viento, del mar. Su casa era preciosa; de piedra antigua, dos plantas, por una parte hasta tres, formada por una serie de espacios amoldados por las exigencias de la vida que la había ampliado de tal manera que parecía compuesta de varias casas mutiladas y adosadas, con ventanas alargadas protegidas por contraventanas de madera pintadas de verde que permitían espiar a la gente sin ser visto, una actividad a la que Mimí había dedicado quizá cientos de horas. Bajo su ventana predilecta, la del cuarto de baño de la segunda planta, se extendía una pequeña ladera de bancales reforzados a la piedra seca en cuyos dos primeros sus padres habían montado una terraza montaraz y floreada, cubierta en parte por una parra enredada de lilas y decorada con veladores donde los clientes podían degustar la mejor ensaimada de Mallorca (es decir del mundo). El negocio de la pastelería iba viento en popa y desde que a la madre de Mimí, Catalina, se le ocurrió montar la terraza, aquello se había transformado en un lugar de peregrinación de turistas alemanes, tan adictos al descubrimiento de espacios recoletos y rústicos, y en un auténtico ir y venir de ensaimadas, rubiols, crespells, cocas de albaricoque, chocolates calientes y licores de hierbas. Para Catalina esto no suponía ningún incordio porque amontonaba más dinero, hecho que le enviaba porque le daba prestigio social entre las amigas del pueblo y porque así tenía la perfecta excusa para no hacer ni caso a su marido. Miguel era un hombre que había abdicado sus poderes matrimoniales y filiales en su mujer. Se conocieron cuando él estaba de maniobras en Mallorca, realizando el servicio militar. Corría el grupo de militares sedientos y acalorados por las montañas de la Sierra de Tramontana cuando preguntaron por agua. Un payés les indicó una fuente que había en el pueblo de Deià, bajando hacia la cala. Miguel bebió las aguas minerales y se empapó la cara, la cabe-

za y el cuello. Al levantarse tonificado, su mirada chocó punzante con la visión de una hembra de unos diecinueve años que lavaba la ropa blanca en el lavadero público, abastecido por el agua de la fuente que circulaba cuesta abajo por una pequeña acequia, la misma agua con la que él se había lavado la cara sudorosa hacía unos instantes. Ella intuyó un cosquilleo de feromonas recorriéndole el cuerpo, agarró inconscientemente un puñado de ropa mojada y se la espachurró en la nariz empapándose el escote y aspirando un olor mágico a testosterona, un profundo olor a varón, esquinó lentamente los ojos y recibió seductora, como si ya supiera lo que iba a ver, la mirada penetrante y atónita de un soldado moreno de piel bronceada y brillante chorreando gotas de agua y sudor, con el pecho descubierto, terso y jadeante. Se quedaron así un rato, ella le sonrió y él desvió una mirada tableteada y recuperó al grupo. Pasaron varios días y Miguel continuaba con la imagen luminosa impresa en las retinas, exaltado y tirado por un cordón eléctrico que le hizo escaparse del cuartel en busca de aquella mujer. Esta imagen perduró en su memoria toda la vida y cuando años más tarde la pasión decayó y el tiempo comenzó a dejar huellas con forma de arrugas y hastío, Miguel no tenía más que recordar aquella escena para seguir amando a Catalina, como si la sublimación del recuerdo le impidiera ver su realidad.

Llegó a Deià una mañana soleada y se dirigió al lavadero. En el lugar de la mujer de sus desvelos se encontraba una anciana recogiendo agua. Se quedó paralizado, confuso, dudando si su anterior imagen no habría sido más que una aparición, y se puso a recorrer alterado los caminos del pueblo. Nada. Estaba desesperado, insultándose a sí mismo por semejante idiotez, dispuesto a coger el autobús de vuelta, cuando entró en la panadería del pueblo por un dulce. Era ella, detrás del mostrador, preciosa con un vestidito floreado y una sonrisa embaucadora. Su corazón se puso a palpar a dos mil por hora y no se le ocurrió otra cosa más que decirle que le diera lo que quisiera, que todo le gustaría y que la esperaría el tiempo que hiciera falta al final del camino. Se casaron y Miguel abandonó su ciudad natal, Murcia, para trasladarse a vivir a Deià donde comenzó trabajando de cartero. Pasaron unos años felices viviendo en una pequeña casa de las afueras del pueblo y criando a la primera de sus hijas. Un día apareció en el pueblo un hombre fatigado, enloquecido, anunciando a bocajarro que José, el marido de Margarita y padre de Catalina, había muerto descuartizado trabajando en la vidriera. Un mes más tarde unos marineros atravesaban en procesión la calle principal del pueblo cargando un cuerpo ahogado. Catalina se quedó de pronto sin padre y sin hermano y Margarita entró en una depresión que le duró cinco años, cinco años a lo largo de los cuales no articuló ni una sola palabra.

Catalina y Miguel se trasladaron a vivir a la casa de la madre, y tuvieron dos hijos más, en total tres, todas niñas, de las cuales Mimí, cuyo nombre de bautizo era Milagros, fue la menor. Se hicieron cargo de la panadería, que estaba instalada en la planta baja de la casa familiar, y ampliaron el negocio con viejas recetas de repostería mallorquina. Por aquel entonces Mallorca comenzaba a despuntar como paraíso turístico y se corrió la voz de que en la pastelería de Catalina, en Deià, se hacían unas ensaimadas que quitaban el sentido y, sólo para los mejor informados, unas galletas que curaban los males de amores. Catalina, alentada por la fama rural, se entregó en cuerpo y alma a la pastelería. Puso tanta fe en la elaboración de las galletas, su pequeña creación, que realmente consiguió que tuviesen efectos terapéuticos. Las más exitosas eran las que curaban los males de amores, fuente de verdaderas peregrinaciones de payesas, pero también las había para aliviar el dolor de cabeza, para el estreñimiento o para suavizar la piel. Con los años Catalina perdió su belleza, lo que le produjo una reacción adversa hacia su marido y hacia los hombres en general, como si éstos fuesen el delator espejo en el que ella se miraba. Sólo se encontraba segura y cómoda entre la gente que veneraba su alquimia culinaria, todas ellas mujeres que acataban religiosamente sus recetas de hechicera.

Mimí creció desatendida por sus padres y menospreciada por sus hermanas que la veían como una niña rara, de mal gusto y que prefería pasearse por el campo antes que estar charlando con las amigas acerca de los chicos del pueblo. Su único alivio era la música y Margarita, su abuela. Margarita recuperó el habla a los cinco años de los trágicos sucesos, cuando Mimí contaba con nueve, de tal modo que siempre la recordó tal y como la vida la rescató de su letargo, mágica y dulce, casi irreal. Margarita parecía estar hecha de polvos de talco, con una mirada húmeda empañada por la visión de un futuro eterno y sosegado. Su rostro era cándido y bello, su pelo níveo y recogido y su cuerpo moldeado por el tiempo. El día que recuperó el habla simplemente dijo, Qué rica está la sopa, así, sin más, como si nada hubiera ocurrido, como si un bálsamo benefactor hubiera curado toda su pena y a partir de ese momento se dedicó a disfrutar de la vida, revelando aquellas cualidades que deberían impregnar a todo ser humano de edad sólida, amor, tolerancia, serenidad, alegría, sentido del humor, humildad. Lo que más le gustaba era disfrutar de sus nietas, especialmente de Mimí, con la que sentía una natural complicidad y una comunicación espiritual que requería de pocas palabras. Solían pasear por el campo recogiendo flores silvestres y jugando a adivinar las formas de los troncos de los olivos y algarrobos, Este es un cuerpo de uno que está pidiendo socorro, éste es una cruz inclinada, éste es un

gato subiendo a un tejado, y de cada uno se inventaban un cuento que comenzaba o terminaba en aquella imagen desgarradora del tronco. También inventaban historias de las piedras, que por obra de su imaginación se convertían en auténticos zoológicos, ranas, peces, pájaros fosilizados, inertes y reanimados por voluntad propia, por una voluntad de comprensión y adoración a la naturaleza, parecida a la fe de los religiosos cuando inculcan poder y milagros a sus venerados iconos.

Un día caminaba Mimí por el monte, subiendo y bajando bancales, descubriendo grutas y fuentes naturales secretas cuando se sentó a descansar bajo un olivo con forma de cántaro. Se apoyó en él, estiró las piernas y abandonó su vista en el horizonte. Abajo, una inmensidad azul parecía desvanecerse a sus pies. Una casita de piedra desdibujaba la línea del horizonte y a la izquierda, en un monte adyacente pero cercano, unas cabras salvajes habían penetrado en la casa del herrero y devoraban plácidamente todo su huerto, demasiado tarde para avisarle. Mimí calcaba en el aire los contornos del paisaje y luego con ese mismo dedo trataba de hacer el mismo recorrido sobre la tierra y no conseguía averiguar por qué el resultado no coincidía. Estaba en esas cuando chocó con un pedrusco extraño. Comenzó a excavar incrédulamente, canturreando, como si no quisiera sucumbir ante una falsa alarma, pero con el corazón encogido, presintiendo algo extraño; no era un pedrusco, era un trozo de cerámica que terminó convirtiéndose en una auténtica ánfora romana. Estaba intacta, apenas resquebrajada por el tiempo, expulsada a la superficie por las raíces del olivo, que curiosamente había adquirido una forma similar. Mimí no daba crédito a lo que le estaba sucediendo, a ella, a quien nadie hacía caso, de repente abrazada por la suerte. Agarró el ánfora entre una nebulosa de incompreensión y alegría y la ocultó en su chaqueta. Al llegar a casa no contó a nadie lo que le había sucedido, era su secreto y temía que al contarle se desvaneciera, envolvió el recipiente en unas telas y lo escondió en su armario. Al cabo de un rato se fue a hacer compañía a la abuela y no resistió confesarle, Abuelita, ¿a ver si sabes lo que me he encontrado en el campo?, una vasija de barro, yo creo que es romana, como las que tienen en el museo, ven conmigo a la habitación que te la enseño, pero no se lo digas a nadie. La cara de Margarita era el reflejo de la de su nieta, la mirada ilusionada e interrogante, se dirigieron a la habitación a hurtadillas, abrieron el armario y desarrollaron la pieza con la misma devoción con la que uno abre una rosa para descubrir los estambres cargados de polen. ¡Es auténtica!, exclamó Margarita emocionada, Escucha hijita mía, guárdala bien que un día se te llenará de tu mayor deseo.

La buhardilla de Diego estaba convertida en un auténtico estudio de música: una mesa de mezclas con veintiséis canales, un protools con proceso en tiempo real, varios sample cells con muestras de sonidos, un teclado master de control, un sintetizador, platos para pinchar discos y un powermac último modelo. Había ido recopilando todos aquellos juguetes a lo largo de varios años trabajando de diseñador autónomo. Porque aparte de ser un músico integral (tocaba el piano, la guitarra, el bajo, la batería, componía y cantaba) Diego también estaba especializado en la construcción de mundos virtuales en tres dimensiones. Con eso ganaba bastante dinero, aunque los ingresos eran eventuales y su destino inmediato la compra de nuevos juguetes.

Diego tenía veintiséis años y su fisonomía era espigada pero consistente, del tipo de las que nunca echan barriga y papada. Su pelo era moreno y parecía estar cortado por un niño de cinco años (se lo había cortado Jay), completamente asimétrico, despuntado, rebelde, de esos cortes de pelo que los padres ponen el grito en el cielo nada más verlos. Sus ojos eran marrón verdoso y a veces los cubría con unas gafas rectangulares de pasta negra que contrastaban con la palidez de su rostro. Vestía de manera ecléctica y algo extravagante, como su carácter, y un tatuaje negro de lagartos envolvía su brazo izquierdo.

Mimí y Laura pulsaron el timbre de la entrada. La casa era un chalecito situado por la zona de Pio XII y colindante a la piscina municipal. Un chico de unos veintipocos años, con aspecto de tímido o taciturno, vestido con vaqueros, camisa de rayas y jersey de pico les abrió la puerta. Se llamaba Juanjo y era un vecino del barrio que se pasaba las horas muertas en la buhardilla de Diego, fumando porros y mirando. Juanjo dirigió a Mimí y a Laura por el garaje, luego por unas escaleras angostas que no permitían ninguna visión de la casa hasta llegar a la buhardilla de Diego. La habitación era suficientemente amplia, con un lucernario en el techo abuhardillado,

paredes recubiertas de corcho, una cama adosada a la pared que hacía las veces de sofá, muchos cojines, y plagada de cables y aparatos. Era el caótico cuartel general de Diego, allí dormía y trabajaba y no sorprendía que todavía no se hubiera independizado de la vivienda familiar. Sus padres estaban todo el día fuera de casa, su madre era funcionaria del Ministerio de Cultura y su padre tenía una empresa de importación y exportación de productos alimenticios.

—Qué pasa, Laurita, hola Mimí, coger unas cervezas si queréis, dijo Diego señalando una nevera en miniatura que hacía las veces de mesilla de noche.

En la habitación también estaba Jay, con el pelo de pincho oxigenado y Caco, el percusionista del grupo. Los dos vestían de manera similar, pantalones voluminosos y caídos que dejaban entrever gran parte de los calzoncillos de marca, camisetas ajustadas y zapatillas de deporte. Una manera de vestir que reflejaba una protesta laxa pero punzante.

Era viernes por la tarde, lo que seguramente agradecían los vecinos, porque aquel día no se escuchaba la música con cascos.

Jay pinchaba unos discos de vinilo que había comprado en Mad House.

—Cómo mola este tema, dijo Mimí mientras observaba la mesa de mezclas de veintiséis canales. Mimí estaba entusiasmada examinando aquel edén de aparatos digitales, deseando conocer la utilidad y el funcionamiento de cada uno de ellos. Para ella significaba estar justo dentro del ambiente que había imaginado tantas veces, que había escuchado en la radio y visto en las revistas de música. Aquella habitación representaba el máximo de su aspiración de modernidad, de rebelión hacia lo establecido, de energía juvenil.

—Pues vas a ver qué guapo el que viene. Y Jay se contorneaba encima de los platos, sujetando unos cascos de sonido entre una oreja y el hombro, absolutamente concentrado y entregado a su música, mezclando los acordes como el que cocina un guiso creativo, los ingredientes ya existen pero hay que saberlos combinar.

Bebían cerveza y fumaban porros de hachis, Mimí sólo alguna calada y aspirando poco humo. Prefería no fumar mucho porque le bajaba la tensión y le producía una ansiedad insuperable de galletas con chocolate, Phillipinos a ser posible, aunque le encantaba el efecto de plácida dejadez y de sintonización con los demás. El ambiente era muy distendido pero todos se esforzaban por irradiar su personalidad con un aire muy natural, demasiado natural.

Diego se puso a hurgar en su ordenador y mostró una animación en tres dimensiones hecha por encargo que consistía en una persecución a través de una cocina de

unos abrelatas a una lata de coca cola. Esta, tras hacer mil piruetas para escapar de sus malévolos perseguidores, terminaba en las calurosas manos de su dueño, una especie de marciano contemporáneo que abría el tirador con su único dedo y que se la bebía por el ojo. Después, tras las esperadas alabanzas, la verdad es que estaba muy bien hecho, aunque la historia era un poco ridícula, pero el cliente manda (en este caso un directivo de Coca-cola), enseñó a Mimí algunos aparatos.

—Mira, ¿conoces esto?, es un modulador de sonidos, coge este micrófono y canta algo, que te voy a transformar la voz. Mimí comenzó a tatarrear mientras Diego jugaba con su voz infundiéndola de multitud de registros electrónicos. Era fascinante, cualquier porquería de voz podía sonar a música celestial. Pero luego le retiró el modulador y la invitó a poner voz, esta vez sin ayuda, a un nuevo tema que estaban preparando. El reto era tremendo aunque la propuesta fuese ligera pero Mimí se concentró al máximo, como si su pequeña audiencia fuese la del palacio de los deportes, escuchó una vez el tema y luego se lanzó a ponerle melodía. Su voz era cristalina y potente y su entrega total. A todos pareció gustarle. Repitieron la toma y Mimí lo pudo escuchar. A ella también le gustaba. Estaba satisfecha, había superado la prueba. Un chico joven entró en el cuarto y se instaló en el suelo, apoyando su espalda en la pared y su brazo en el sofá, dirigiendo su atención hacia Jay, que continuaba pinchando y que lo saludó con los ojos. A Laura ya la conocía, pero a Mimí no.

—Mimí, Hugo, presentó Laura, es mi compañera de piso y la que acabas de escuchar cantar justo cuando has entrado. Hugo hizo un ademán de levantarse pero Mimí, que estaba sentada en el sofá, fue más rápida y le dió dos besos.

—Suenas muy bien, le dijo Hugo. Mimí sintió una calurosa intriga por aquel chico rubio, cabizbajo, delgado, de inmensos ojos de ópalo, melancólicos y vibrantes y de una edad no superior a los diecisiete o dieciocho años. Podía mirarle impunemente porque el hojeaba una revista de cultura cibernética llamada Wired, de las mejores del mercado.

—Es el hermano pequeño de Diego, comentó Laura mientras daba un sorbo a la lata de cerveza.

Existen varios tipos de deseo amoroso, todos ellos de connotación oscura e interrogante.

El deseo fugaz es un atisbo de vanidad desencadenado por la percepción del deseo del otro. En cuanto se consigue afirmar la sospecha a través de un somero contacto se repele cualquier continuidad. Es como comerse un caramelo que alguien ofrece.

El deseo sensitivo producido por un perfume, un olor a sudor, un escote, una transparencia, algo bello o algo lascivo, una comida o bebida afrodisíaca. Son deseos que si no se realizan en el momento se olvidan rápido. Es como comerse un buen postre.

El deseo depredador de protección de la especie es un deseo animal tipo hembra-mental. El varón ha de ser potente y agresivo, autoritario y aventurero y la hembra sumisa y femenina, preferiblemente de pechos y caderas generosos. Es como comerse un solomillo en su punto.

El deseo hacia una persona que parece idónea para montar una familia, Este es el mío, o la mía, piensa uno, es un deseo cultural de perduración de la pareja y de la familia. Es como comerse un cocido casero un domingo a medio día.

El deseo hacia alguien que se admira es un deseo fuerte, que comienza en la cabeza y termina en el corazón y que supera muchos impedimentos de otras índoles, como puede ser la edad o la belleza. Es como comer un plato exquisito de Ferran Adrià. Aunque todos los deseos pueden estar interrelacionados y se les puede regar con un buen vino y acompañar con un pan recién horneado.

El reflectante deseo al mito estalla cuando uno se siente enamorado del actor o de la cantante imposible. Francamente, todavía no ha llegado la hora de comer.

Y el deseo hacia los ricos, poderosos, famosos o de clase social más elevada que la de uno. Es un anhelo de lo que tiene la persona, no de la persona en sí. Es un afán de cambio de condición social. Es como elegir un plato de diseño facilón, poco alimento y mucha decoración.

El deseo hacia alguien que no se consigue es un sentimiento frustrante que se eleva cada vez más y que al final cae en picado, no sin bastante pesar. Es apoyar la frente en el escaparate de un restaurante y no tener ni un duro para entrar.

Nostálgico y contradictorio es el deseo hacia el ser perdido, o hacia el recuerdo del ser perdido. Es un deseo anclado en el melancolía. Es padecer una mala digestión.

También existe el deseo compulsivo de los adictos al sexo. Es un afán autodestructivo que busca reanimar la propia autoestima. Quien lo padece sólo puede verse reflejado en la piel del otro. Es como tener la solitaria en el estómago, come y come pero no alimenta.

Y el deseo de las fantasías sexuales... descontextualizado y sin compromiso. Es un deseo subterráneo y solitario de actuar como quien no se es, de contravenir las normas. Es como comerse una guindilla o como tragarse a escondidas un trozo de chocolate. Pero si este deseo se lleva a la realidad se puede convertir en un deseo enfermizo y vicioso, repetitivo y obsceno como un vómito.

No debemos olvidar el deseo magnético. La persona deseada no tiene porqué ser guapa, o tener dinero o ejercer una admirada profesión. Es un deseo cósmico, punzante como una flecha, incomprensible, irracional. Lamentablemente suele ser como un constante vacío de estómago.

Y el deseo amoroso de las parejas estables, es como la rica comida de todos los días, pero más que un deseo es una entrega, es amor, la conquista ya está hecha.

El deseo amoroso que acababa de fulminar a Mimí era del tipo magnético, el del corazón. Era tremendo pero alentador comprobar cómo ella también podía sentir esa pasión tan leída y escuchada (en realidad tan metida con embudo como algo dignificante y supremo) y nunca experimentada de aquel modo. Un renovado afán de resultar atractiva se había apoderado de ella. Hasta entonces sólo pretendía ser diferente, hacerse notar, reaccionar en contra de lo establecido, protestar. Su relación con los chicos había sido de rechazo, porque ella se sentía rechazada por ellos. Solo había conseguido seducir a algún señor mayor pero sin ella quererlo ni admitirlo y poca cosa más. Pero ahora la historia era diferente, empezaba a enamorarse de Hugo, el enamoramiento siempre es un comienzo. No sabía por qué ni qué pasaría. Ella le sacaba tres o cuatro años y desafortunadamente él parecía de esos adolescentes autistas, sumidos en un incomprensible mundo de introversión, de falta de creencias, de motivación, una especie de abducción nihilista. Pero esta cualidad, esta imposibilidad de claridad, inflamaba la curiosidad de conocerlo mejor, de viajar hasta su fondo, porque la incomprensión fomenta la inquietud y el deseo de calmarla.

Mimí dedicaba el día entero a pensar en él, a indagar acerca de él, Laura, cuantos años tiene Hugo, a qué se dedica, tiene novia, vamos al estudio de Diego y Laura le contestaba que no tenía ni idea, que creía que tenía diecisiete años, que estudiaba realización de vídeo en una escuela cara y que nunca le había visto con ninguna chica en particular.

Mimí consiguió no tener que depender de Laura (que por cierto, ejercía más bien el tipo de deseo compulsivo de los adictos al sexo) para ir al estudio de Diego con el doble propósito de conseguir integrarse en el grupo de música y de ver a Hugo, su deseado amor.

Se puso de nuevo a dieta, esta vez con mayor éxito (la de la pócima mágica al final sólo duró tres días) debido a la contracción de estómago producida por el deseo apremiante y en una semana consiguió adelgazar cuatro kilos. Se dirigió al estudio, ágil en su más ligera corpulencia, aun así unos diez kilos por encima de las recomendaciones, esta vez vestida con ropa que disimulaba sus redondeces y tratando de estar muy juvenil en vez de muy pop o muy ciber y con el pelo de nuevo de su color, rubio y con algunas mechitas más claras. Allí estaba Diego y el sempiterno Joaquín, siempre dulce y callado. Pero aquellas escaleras que no permitían ver la casa eran una auténtica tortura. Vivía una continua espera, nunca atreviéndose a preguntar más de la cuenta. Pero Hugo solía aparecer por ahí, tarde o temprano. En el garaje abierto arreglando su moto de trail, en la calle sentado con una panda de amigos, todos chicos, o subiendo al estudio de su hermano para quitarle una cerveza, para escuchar música o para hojear alguna revista de música o de motos. Cada vez que le veía, a Mimí se le iluminaba el espíritu pero no era capaz de entablar un diálogo que durara más que una pequeña conversación de circunstancias. Hugo era amable pero hermético y Mimí no conseguía sacarle muchas palabras o una invitación a montar en moto, bueno eso sí que lo consiguió una vez. Mimí llamaba al timbre de la casa justo cuando Hugo salía con su Honda de trail, desgarradamente vestido de motorista, girando el acelerador para calentar motores.

—Hola, qué bonita moto. Me encantaría saberla conducir, siempre he querido saber llevar una moto. Hugo sonrió pero no contestó, llevaba el casco enganchado en el brazo, concentrado en su salida. Mimí se atrevió a decir,

—A ver cuando me das una vuelta, y Hugo le propuso montarse en aquel momento.

—Sube si quieres.

Fueron hasta un descampado que estaba a las afueras de la urbanización. Era increíble, Hugo conducía la moto como si fuese su propio cuerpo, llevando a Mimí como a una pluma. Subía montículos, bajaba, derrapaba, aceleraba, desaceleraba, ondulaba, una unión flexible, ágil y poderosa. Y con riesgo.

Llegaron a la casa y Mimí se encontró todavía más enamorada, es decir, con mayor deseo de conquista. Pero Hugo la depositó en la entrada y se volvió a marchar, sin parar la moto ni quitarse el casco, Muchas gracias, me ha encantado, y él le contestó, Hasta luego, así sin más, bueno, se advertía bajo el casco una pequeña sonrisa de orgullo.

Otro día estaba Mimí mirando cómo Diego utilizaba los programas de composi-

ción de audio, intentando aprender, cuando Hugo subió con un amigo y estuvieron contando cómo se habían colado la noche anterior en la piscina municipal que colindaba con su casa. Cómo ha molao colega, decía el amigo, nos hemos bañado en la piscina en bolas y hemos tenido que salir por patas porque alguien ha avisado a la poli.

Mimí soñaba con estar en esa piscina, a solas con él, bajo la luna llena, desnuda y delgada, brillante de agua y de excitación. Pero por supuesto era un sueño imposible, ni estaría delgada, ni seguramente Hugo le propondría nada, además ésa era una aventura vedada a las chicas, que no sabrían cómo escapar en caso de alerta..., al menos eso querrían pensar ellos.

No paraban de contar aventuras, que si se habían subido hasta la última planta de un edificio en construcción, desafiando el máximo vértigo, que si se habían metido por el túnel de un tren, que si habían cruzado la Castellana en calzoncillos, que si habían cogido una borrachera de órdago, o si habían hecho autoestop en plena Gran Vía.

Se fueron los amigos, Mimí estaba recostada en el sofá escuchando música, unos minutos a solas, porque Diego se había ido a otra habitación para hablar por teléfono tranquilamente. El estaba justo al lado, Mimí podía oler su piel, un olor inefable a varón joven, un olor intenso que nada tenía que ver con una colonia o con un jabón. Deslizó la palma de su mano cerca de él, reposada en el sofá pero sospechosamente aislada, como si tuviera vida propia, concentrando todas sus energías para que fuera tocada, rozada siquiera. Estaba deseando dejar a esa mano viva vía libre para que se lanzara sobre él, acariciándole la cara entera, el pelo, sus manos llenas de grasa, las manos de Hugo eran lo único que delataba una condición brusca o masculina, eran grandes y nudosas, machacadas de tanto hurgar en la moto, pero el resto de su cuerpo era como el de un efebo angelical, dulce y delicado y su cabeza era andrógena, con esa melenita rubia enmarcando una piel rosa, unos labios hinchados y una expresión profundamente melancólica. Pero aquella mano sólo recibió un rodillazo involuntario de Hugo que fue rápidamente reparado con una disculpa. Hugo de vez en cuando le lanzaba una sonrisa y Mimí adivinaba en ella, no una simple amabilidad, lo que en realidad era, sino un mundo arabesco de deseos contenidos, Igual es demasiado joven y no se atreve a decirme nada, o quizá me ve como una amiga de su hermano mayor y ni se plantea tocar nada de él, pero estoy segura que esa sonrisa significa que me desea, que algo le gusta al menos, que aunque sea, se ha fijado en mí, bueno o al menos le pareceré graciosa...o igual me ve como una columna de donnuts, bueno, al

menos están muy buenos... cavilaba Mimí repetidamente, obsesivamente, como sucede con cualquier cavilación sobre los deseos.

Cuando Diego volvió al estudio comenzó a llegar de nuevo una hilera de gente. Eran todos los del grupo que venían a ensayar, acompañados por más amigos y amigas. Aquello más que un local de ensayo parecía el camarote de los hermanos Marx, todos apiñados, moviéndose de un lado para otro en busca de cervezas o para ver la pantalla del monitor o para buscar una cinta, enredados en los cables que recorrían sinuosos el suelo entero, hablando sin parar.

Comenzaron a ensayar, todos misteriosamente instalados. Mimí lanzaba sonidos celestiales, acompañando la voz principal de Diego. Caco se había traído unas campanillas caribeñas que parecían el anuncio de la puerta de entrada al edén. Caco era mulato caribeño, con el pelo a lo rasta, afincado en Madrid por motivos de trabajo del padre, que era funcionario del consulado de Jamaica. Tenía unas dotes extraordinarias para la percusión, consiguiendo extraer los ritmos más sensuales e hipnóticos, idóneos para el trip-hop. A veces contaba historias de su Jamaica natal, como cuando iban de noche a la playa, todos los solsticios de verano, a tocar los bongos, las congas y cualquier instrumento artesanal, y luego se bañaban desnudos, comían frutas tropicales, bailaban, fumaban, se besaban... El echaba mucho de menos la naturaleza y la alegría de su país, pero también le motivaba Madrid, donde presentía un mejor futuro para sus dotes percusionistas. Caco se puso a tocar las campanillas, Mimí ululaba, Jay distorsionaba algún disco, Diego tocaba el sintetizador y cantaba. Aquella música destilaba contención y estremecimiento. Aquella mezcla de sonidos electrónicos con analógicos y humanos reflejaba fielmente el sentir de mucha gente joven, ni desesperada ni con esperanzas, ni a disgusto ni a gusto, contenida, de breve comunicación.

A Margarita le fascinaba comer, de todo, desde lo fresco a lo elaborado, lo crujiente o lo blando, lo solido o lo liquido, todo le parecía riquísimo y siempre expresaba a su hija su alabanza y su agradecimiento, Qué riquísimo esta este "frit", cocinas como los ángeles, ponme un poquito más hija, y un poco de vino, para que entre mejor, Mamá que te vas a poner mala, que te ha dicho el medico que te tienes que cuidar, A mi edad ya que más da hija, mas vale morir de abundancia que de carencia, Bueno toma un poquito más, para que no se diga.

Lo que si había perdido era su arraigado deseo de cocinar. Tantos años cocinando, haciendo el pan, bien es cierto que de manera muy pausada, solo para dar un pequeño servicio a la comunidad y para atender las penas de las vecinas e informar de los sucesos, su panadería era como el periódico local, Qué tal esta fulanita, se ha curado ya de la hemorragia, Pues no, todavía está en cama, el pobrecillo parece que tiene para rato, o bien, Y el alcalde todavía no ha arreglado las tuberías, está el pueblo entero con unos atascos intolerables, Dice su señora que le han fallado los fontaneros de Palma, que vienen en una semana.

Ahora Margarita se sentía como un ente disfrutador, nada de imposturas sociales o deberes personales, eso para los jóvenes, aunque no perdía ocasión de ayudar a los débiles y necesitados, a los que veía como un etéreo reflejo de si misma.

Había un señor que vivía solo en una casa del valle. Nunca se había casado, no porque no fuese un enamorado de las mujeres, sino por circunstancias de la vida. Aterrizó en la isla muchísimos años antes, cuando tenía treinta y tantos. Viajaba en un marino mercante que enarbolaba bandera inglesa y cuando este atracó en Mallorca y Henry se enamoró de la isla, o más bien de una isleña, decidió que se quedaría a vivir allí para siempre.

Comenzó trabajando en los banales pero pronto agarró un tronco de olivo y se puso a tallar esculturas. Se convirtió en el escultor fetiche de toda la rancia aristocracia de la isla y de los ricos empresarios, llegando incluso a tener encargos de diferentes ayuntamientos para realizar esculturas públicas y bustos de antepasados ilustres. Ahora era viejo, alto y enjuto y padecía de Alzheimer, de tal manera que cuando le venía en gana, probablemente alentado por motivos tan naturales como tener calor o querer sentirse libre, se despojaba de sus ropas quedándose tan desnudo como su madre lo trajo al mundo y paseándose con absoluta inocencia por el campo, eso sí, por su territorio, sin introducirse nunca en el pueblo. Pero estos comportamientos no eran bien comprendidos por muchos, que encima de considerarlo extranjero, lo veían como a un loco corruptor e indeseable.

Un día todos sus gatos, unos dieciséis, o diecisiete o incluso veinte, aparecieron desperdigados por el jardín, envenenados, algunos todavía vomitaban compulsivamente sangre y espuma y estiraban las patitas temblorosas como queriéndose sacudir el dolor. Henry lloró desconsolado con un llanto que más que de los ojos parecía salirle del estómago, habían asesinado a toda su familia de golpe, los muy ruines. Terminaron de perecer todos los gatos, Henry permanecía paralizado en las escaleras de la puerta, vaciado de vida, observando una escena que no podía mirar.

Al cabo de algún día sin comer, ni beber, ni dormir, reaccionó y tambaleándose comenzó a enterrarlos. Escogió el lugar más simbólico para cada uno, a Lucas y a Polilla les enterró juntos porque se querían, en el lugar donde se escondían a lamerse, a la negra Tomasa la enterró donde dio a luz, al lado de la hierbabuena, al Pingüino bajo el árbol donde se limaba las uñas y que marcaba como territorio personal e intransferible y a los demás en los diferentes lugares del campo donde les gustaba jugar.

Margarita siempre le había tenido mucho cariño, porque él siempre se había hecho querer, y ahora que necesitaba más ayuda que nunca lo apreciaba todavía más, por esa extraña ley que hace que cuanto más te necesitan más amas, y tomó la costumbre de llevarle todos los días un canasto con viandas. No le importaba encontrarlo desnudo, es más, le producía ternura, esa ternura que emana de la contemplación de un niño desnudo, puro, libre de contaminaciones morales y sociales, y sólo cuando hacía frío le obligaba a vestirse, Henry ponte esto que te vas a resfriar, a ver, que te ayudo, y le enfundaba unos pantalones y una camiseta. El no estaba muy conforme pero con Margarita no osaba negarse. A estas visitas nunca llevó a Mimí pero ésta la observaba descendiendo suavemente la ladera, con su canastito en el brazo, siempre a la misma hora, alejándose primero entre las flores y las piedras, luego entre las capas de bancales y al final perdiéndose entre los naranjos.

Pero un día, mientras Margarita caminaba en dirección a su visita diaria, un resplandor le abrasó los ojos. Era la casa de Henry, convertida en una inmensa hoguera y una silueta negra escabullendose entre los árboles. El apareció dentro de la casa, con el cuerpo calcinado por las quemaduras, más desnudo que nunca.

El local estaba abarrotado. Era jueves por la noche y como todos los segundos jueves de cada mes los Spellsound tocaban en el Spiral Club y con una nueva incorporación para la ocasión, Mimí como vocalista, o más bien como corista.

Su pelo estaba decorado con una demostración de horquillas infantiles de colores y sus pies encaramados a unas sandalias de alzas de color turquesa tornasolado que parecía que se les había quedado pegado en la suela un tomo de Lo que el viento se llevó. Por lo demás, muslos escondidos bajo una falda tubo hasta las rodillas de tela estampada china y raja lateral y barriga desaparecida tras una cazadora vaquera, bastante agobiante por cierto teniendo en cuenta los treinta grados amplios que proyec-

taban insolentes los rayos de los focos.

Era la primera vez que Mimí se subía en el escenario de un bar de moda. En su pueblo había cantado alguna vez en el bar, pero de manera improvisada y sólo con conocidos y también su voz había sido requerida en alguna boda. Y por supuesto en el coro de la iglesia, desde muy joven, cuando su abuela propuso al cura montar un coro con los niños del pueblo y con un antiguo profesor de canto, que estaba ya jubilado y cuya dedicación le servía de entretenimiento y de único modo de reafirmar su añorada autoridad.

La experiencia estaba siendo emocionante, allí subida, con escenario y todo, apreciando tras los focos a una multitud que la observaba, a Hugo que la observaba, una multitud completamente dedicada a escuchar, y con el espíritu condescendiente y apto para dejarse embaucar. Mimí soltaba lamentos selváticos, ruidos del alma, era como si se ofreciese a carne descubierta a su público, sin importarle nada salvo su entrega atenta e incondicional. Tanto fue así que Diego comentó en privado a Laura que Mimí se había pasado de protagonismo.

Al finalizar el concierto Mimí se encerró en el baño, se limpió el sudor de la cara, se la maquilló y felicitó a su imagen reflejada en el espejo pegándole un beso de carmín que no se movió de su sitio y que se transformó de cuadro cubista a medida que la cara de Mimí se desplazaba, a uno conceptual mientras salía por la puerta.

Estaban todos reunidos por grupitos de conversaciones, Laura hablaba con uno que dejó plantado en cuanto vio a Mimí para abalanzarse sobre ésta y darle un abrazo.

—¡Has estado genial Mimí, parecías una estrella!

—Una estrella fugaz querrás decir...

—No tía has cantado de puta madre, se me ha puesto la carne de gallina.

—Bueno, bueno, que me lo voy a creer...

Y en estas se autopresentó un chico moreno, de unos treinta años, que no parecía tener nada que ver con el ambiente, más bien se le intuía empleado de banca en busca de nuevas experiencias.

—Has estado encantadora. Soy Carlos, conozco a Diego de hacer anuncios con él, ¿cómo te llamas?

—Mimí, contestó ella orgullosa. El se apresuró a propinarle dos sonoros besos.

—Y ella es Laura, prosiguió. Otros dos besos pero mirada clavada en Mimí.

A él se le desbocaban los ojos, pero conseguía dominarlos e inferirles un aire interesante, lo lograba contrayéndolos un poco, echando una mirada de soslayo e insi-

nuando una sonrisa.

—Tienes una voz muy dulce y muy sensual, tú y yo formaríamos una buena pareja, un buen dúo quiero decir.

—No entiendo muy bien a qué te refieres, ¿a novios? no llegó a decir Mimí.

—Yo también soy músico, estudié la carrera, lo que pasa es que hasta ahora no he tenido mucho tiempo para dedicarme a montar un grupo, pero sería mi sueño.

—Y a qué dedicas tu tiempo, ¿trabajas en una agencia de publicidad?

—No exactamente, trabajo en una empresa que hace gingles para anuncios, ya sabes, la música de los anuncios publicitarios.

—¿Y cual es tu tipo de música preferida?

—A qué te refieres al trabajo o a lo que a mi me gustaría hacer...

—A lo que te gustaría hacer conmigo.

—Maravillas...mmm, quiero decir, pop romántico, tipo Enrique Iglesias o Luis Miguel.

—Ajjj, pronunció Mimí poniendo cara de asco.

—Ya sé que es comercial pero es música muy bien hecha, por profesionales.

—Pues a mí me encanta la música hecha por *amateurs*, que viene de amar. Me gusta la música hecha con espíritu artístico, con el alma, con naturalidad.

—Si, y ya veo que te expresas muy bien... Pero lo uno no impide lo otro. Además con este tipo de grupo no creo que llegues muy lejos.

—Eso habrá que verlo. Mimí se despidió bastante ofendida, pensando que aquel tipo era un hortera y que no tenía ni idea de lo que era el arte.

—Laura, me pasas la sal por favor.

—Toma. Te veo muy tristona Mimí.

—No, bueno sí, la verdad es que me he levantado bastante agobiada, no sé si es que he tenido algún mal sueño, o si me he pasado de café. Ultimamente tengo la tensión muy baja.

—Será la primavera y con este tiempo tan raro no me extraña. A veces con un calor espantoso, a veces lloviendo, mmm esto te ha quedado riquísimo, a mí también me duele hoy un poco la cabeza.

—Y además ayer Hugo no me hizo ni caso y eso que estuve estupenda, unas palabritas y luego se puso a hablar con sus amigos.

—Qué quieres, si es un niño, es que tú también mira quien te va a gustar.

—Si pero yo creo que le gusto, me echa miraditas y es muy educado conmigo.

—Pues igual, quien sabe.

—Y encima llevo aquí dos meses y no veo nada claro, venga a gastarme dinero y sin ingresar nada, bueno, las diez mil pesetas de ayer.

—Eso sí que es verdad, yo no sé de donde sacas la pasta.

—Tengo dinero que me dejó en herencia mi abuela, pero está invertido y no lo quiero tocar y el que tenía para gastar se me está terminando.

—Busca un curro, tía, de camarera o cualquier cosa, si pudiera te metía en la pelu pero ya han tenido suficiente con una novata metepatas como yo. Ponme un poco más de vinito, Laura alargó el brazo con la copa vacía.

—Mira, he hecho unas natillas con una receta antigua que me dió mi abuela, Mimí se había levantado y venía con una fuente rebosante de una crema amarilla clara, casi blanquecina, A ver si algún día aprendes a hacer algo, siempre dices que quieres aprender pero luego no hay quien te tenga más de un minuto mirando.

—Sí, sí, tienes toda la razón. A ver, cómo se hacen estas natillas, mmm son las mejores que he probado en mi vida.

—Sí te gustan... qué alegría. Lo mejor es que las veas hacer, es muy fácil, el truco está en remover constantemente y con cariño, yo no sé si tendrás paciencia. Se pone en una cazuela un litro de leche, cuatro cucharadas de leche en polvo, dos de harina, dos yemas de huevo y azúcar, se calienta a fuego lento y se remueve constantemente hacia el mismo lado hasta que empieza a hervir. En ese momento se retira del fuego y se vierte en cuencos. Has visto qué fácil. Aunque no siempre sale, depende del amor que le pongas. Si quieres, lo adornas con canela.

—Pues están de escándalo tía. Cocinas de puta madre.

—Cuando quieras te hago una coca de albaricoques, es una de mis especialidades.

—Bueno Mimí, muchas gracias por la comida pero me tengo que ir a la pelu, que ya llego tarde otra vez.

Mimí se quedó sola recogiendo los platos. Mientras fregaba le vino a la memoria el recuerdo estremecido de la muerte de su abuela.

Margarita, que estaba bastante enferma aunque lo disimulaba, había encargado a la vidriera una urna de cristal que almacenaba en el desván de su casa y que limpiaba

todos los días. Tenía instrucciones fijas para su entierro. Había que vestirla de blanco, con un vestido de hilo y encajes especial para la ocasión y recubrir el fondo de la urna con las telas que había estado bordando durante año y medio. Luego, había que rodearla con gardenias blancas, a modo de virgen, para llevarse un buen olor de la Tierra, decía, y recubrirla con una gasa blanca, para difuminar su mortandad.

La mañana que murió estaba sentada en su tocador, recién aseada y peinada, preciosa, y ahí se quedó, con una sonrisa en la boca y una flor silvestre en la mano, calladita, sin hacer ruido.

Mimí fue la primera en entrar en su habitación, Abuelita, ya está el desayuno, y la encontró así, tan inmaculada, como una muñequita, sintió un extraño brote de felicidad, agarró la florecilla y la metió entre las hojas de un libro, posó un beso en su frente.

Sólo unas horas más tarde, y cuando ya se hubo alertado toda la familia, Mimí se anegó en un infinito llanto, querían enterrar a la abuela en el cementerio, como es lógico, cumplir con todos los rituales habituales, velatorio, entierro, misa, pero Mimí insistió con tal devoción en la necesidad de llevar la urna hasta los pies del olivo con forma de cántaro, un último adiós, que al final le tuvieron que hacer caso, hablaron con el cura y cogieron prestada de la iglesia la parihuela que servía para transportar a la Virgen en Semana Santa.

Se montó el velatorio en el recibidor, y las puertas permanecieron abiertas todo el día y toda la noche. Por ahí pasó el pueblo entero, depositando flores, velas, rezos y lloros. Un señor mayor, antiguo bancalero del pueblo de al lado, permaneció misteriosamente postrado y consternado toda la noche, con una mirada perdida que parecía recordar viejos secretos.

A la mañana siguiente se formó la comitiva para transportar el féretro. Cuatro hombres portaban el paso, entre ellos Miguel, el padre de Mimí. El camino ascendía por la colina largo y sinuoso, recordando el mar a lo lejos. La acción consistía en llevar a Margarita hasta el olivo y luego enterrarla católicamente en el cementerio.

Allí estaba Margarita, que no sus restos mortales porque estaba muy entera, purísima y luminosa bajo la tela blanca, dentro de su urna de cristal, rodeada de gardenias olorosas, con las manos entrelazadas a un rosario de cuentas de alabastro, casi parecía que fuese a hablar. Mimí arrastraba los pies por el camino pedregoso, contemplando una escena que iba directa a su corazón, sin pasar por la cabeza. Se había puesto ella también un vestido blanco, a pesar de los ruegos de su madre para que fuera de negro, Qué va a decir la gente, le decía, Pero si ella también va de blanco,

contestaba Mimí, Sí, pero ella es una muerta, encima de la que has montado para cargar con tu abuela al monte y ni siquiera respetas el luto, pero que desgracia de hija tengo, ¡Dios de mi vida! Mimí fue de blanco. Una extraña esperanza le recorría el cuerpo, como un alivio por haber conseguido pasearla hasta el olivo, movilizándolo al pueblo entero y caminaba, pensando pero sin pensar, comprendiendo pero sin comprender.

El sol extendía su calor sobre la comitiva, todos sudaban y callaban. Ya se podía divisar el olivo en lo alto, majestuoso, simbólico, obsequiador de aquella ánfora secreta que hacía años Mimí había encontrado y Margarita bendecido.

Nadie entendía bien qué hacían allí, no era costumbre del pueblo pasear a los muertos y menos en cajas de cristal, pero una extraña fe enquistaba su razón, no era verosímil que estuvieran allí sólo por el capricho de una niña, pero deshaciendo la historia así parecía ser. Llegaron al olivo y todos sintieron un escalofrío quizá provocado por una ráfaga de viento que sacudió caras e hizo volar mantillas. El paisaje oscureció de pronto, unas nubes negras estrangulaban el sol hasta que sólo le quedó un hálito de luz que se clavó como una jabalina en la urna de cristal. Todos giraron su mirada al cielo. El rayo desapareció unos segundos y de repente los nubarrones se disolvieron quedándose el cielo azul y limpio como la eternidad. Retornaron la mirada y otro escalofrío, aún más fuerte, paralizó sus cuerpos y desencajó sus mandíbulas que quedaron flácidas y entreabiertas. El cuerpo de Margarita había desaparecido. Sólo quedaban las telas y su vestidito de encaje blanco, escurrido, tímido, allí reposado, como un vestido de novia recién planchado, con el rosario reluciente dibujando un corazón chorreante, entre las mangas. Las señoras se desplomaron de rodillas y juntaron las palmas de las manos expulsando lágrimas e incomprensibles rezos. Miguel cogió un palo y se puso a golpear el árbol, con golpes hipnóticos y enajenados, con los ojos alucinados clavados en el ataúd de cristal perfectamente sellado. Solo Mimí esbozaba una sonrisa, una profunda mirada de comprensión. Por fin entendía todo. Comenzó a respirar con conciencia. Un fuerte perfume a flores recorría sus venas, infundiéndole una intensa alegría de vida, deseaba que su inspiración fuese eterna, concentrando su paciencia en la expiración.

Mimí continuaba fregando los platos, una lágrima se unió a la espuma. Nadie más lo olió, solo yo, estoy segura de haberlo olido, pensaba, sólo me lo dio a mí. Abandonó los platos y se fue corriendo a su altar. Abrió un libro y sacó una flor seca, Abuelita, abuelita mía, cuanto te echo de menos, dame un poco de perfume de flores, que lo necesito, abuelita, abuelita mía. Luego, se tumbó a los pies de la cama y desde ahí alcanzó la almohada y se la colocó debajo del cuerpo, acomodándose encima de aquel bulto, abrazándolo con los brazos y con una pierna. Le pareció poca consistencia y añadió a la almohada el edredón, enrollándolo encima. Su cuerpo sobresalía paralelo al borde de la cama, en el punto justo de equilibrio para no caerse al suelo, consciente de su riesgo y dejándose llevar por la gustosa sensación de abrazar algo redondo, abultado, mullido. De vez en cuando giraba la cabeza de un lado a otro y por el camino soltaba besitos inconscientes que se quedaban en la almohada o se perdían en el aire. También oscilaba las caderas para amoldarse mejor al bulto, encajando bien la pelvis y el resto de su cuerpo, disfrutando de un placer sensual y protector, hasta que subitamente se dio cuenta de que lo que estaba abrazando no era una almohada enrollada dentro de un edredón sino un hombre ficticio y querido al cual se entregaría sin resquicio de pudores y con absoluta pureza de sentimiento.

Así permaneció un rato, casi dormida, con esos pensamientos de semidelirio que acechan antes del sueño, sin querer moverse para no romper la magia, disfrutando y temiendo, inconsciente del tiempo pero con campanillas de alerta, nostálgica y melancólica, soñadora. Soñando con Hugo. Soñando con tenerle entre sus brazos, con sacarle susurros de placer, lamerle la piel, aspirarle, amarle.

Luego se dejó caer al suelo, a propósito, quizá fuese la única manera de salir del ensueño, y fue a la cocina a prepararse un café con leche. El armario con las galletas estaba enfrente de sus ojos, notaba cómo se le caía en la cabeza, cómo le golpeaba la frente diciendo, ábreme. Lo abrió y cogió la caja de galletas, esta vez integrales a la avena, al menos eran buenas para la piel. Comenzó a comerlas lenta y sistemáticamente, anegada en una lucha de fuerzas opuestas, como si su cerebro estuviese jugando un partido de pádel, donde las bolas rebotan rabiosas en las paredes y derriban al contrario más que por una imposibilidad de devolverla, por un pelotazo en la frente que le deja tumbado y fuera de juego. Se fue corriendo al baño e intentó vomitar. No entendía cómo había gente que conseguía vomitar sin ningún esfuerzo. En muchas revistas había podido leer que las chicas bulímicas devolvían su festín a la taza del retrete quedándose así más delgadas de lo que ya estaban. Aunque también había leído los efectos secundarios de aquel impulso, enormes desarreglos intes-

tinales, caries, reducción de la fertilidad y hasta ruptura de estómago, por no hablar de los suicidios y daños psíquicos. Se metió dos dedos hasta la campanilla. Una arcada vacía. Otra arcada vacía. La cara roja congestionada, los ojos llenos de lágrimas estériles. Otra arcada, esta vez con una pequeña porción de pasta de galletas mezclada con jugos gástricos, le dejó un amargo sabor de boca. Esto es insufrible, pensó, yo abandono, además qué tontería estoy haciendo, me encanta sentir el estómago lleno. Se enjuagó la boca, la cara y se despreció. Por un instante se vió guapa, con la cara sofocada, como si acabase de hacer el amor. La imagen se borró rápida y salió cabizbaja reconcomiéndose los pensamientos. Puso un compacto de Alpha, era un grupo de música electrónica suave y prístina que por mucho que lo escuchara siempre la llenaba de nuevas esperanzas, se tumbó en el sillón hinchable y cogió una revista, moda primavera-verano con un obscuro catálogo de maniquis en biquini con cuerpos asépticos y plastificados ¿Serán reales?, ¿correrá la sangre por sus venas?, ¿se sentirán tan seguras y autosuficientes como parecen?, desde luego tienen una facha estupenda, pensaba en voz alta, y parecen muy buenas profesionales, tampoco les voy a echar la culpa, sólo cumplen con lo que les piden...lo suyo les costará, a las pobres. Mimí dejó caer su brazo y la revista se deslizó de sus manos. Una imagen le asaltaba impertérrita. Una imagen clavada en su mente con chinchetas sin retorno. Era su madre dándole galletas cada vez que ella lloraba. Desde bebé su madre siempre consoló sus lloros poniéndole una galletita en la boca. Y funcionaba, la niña dejaba de llorar. Era una de las aplicaciones mágicas que Catalina infería a las galletas, aunque ella siempre utilizaba unas especiales hechas a base de aroma de margaritas silvestres y anís. Pero Mimí había traspelado inconscientemente el efecto de las galletas al sentimiento de protección y de cariño de tal manera que cada vez que comía una sentía que una mano reparadora le acariciaba el alma. Una caricia que nunca había tenido y que anhelaba sin descanso. Empezó a pensar que la culpa de su obsesión no la tenía su gordura sino que era su madre, que con el truco de las galletas había solapado una atención y un cariño que nunca mostró tener. Era ella la que había provocado que las galletas se transformaran en una madre postiza, siempre dulce y a mano, segura y protectora. Era ella quien había producido una niña gordita y denostada por los compañeros del colegio. Era ella quien había generado una rueda sin fin empujada por la falta de cariño, que le producía gordura, que le producía aislamiento, que le producía falta de cariño, que le producía gordura, que le producía neurosis, que le producía falta de cariño. Una rueda sin fin.

Blue Asia, Vampiria, Lili La Noche, Neurithia, Locuria, La Deseo, Opera de Pekin, una colección de nombres tan sublimes y exaltados como sus usuarias. Estaban todas allí congregadas, luciendo sus más estridentes modelitos, exclamando su frenética vanidad.

Macetas de flores a modo de peluca, cejas perversas tipo caricatura de las estrellas del celuloide de los años cincuenta, volantes interminables de lentejuelas de colores, pantalones de campana parodiando a los Abba, zapatones de tacones imposibles... caricaturas vivientes de un cómic por descubrir. Las drag queen o reinas arrastradas, como se traduce al castellano, parecían ser la expresión artística de su confusa existencia. Un arte, como la escultura o la acción efímera, del cual se enorgullecían y que conseguía cambiar el sentido de su castigada vida. Ahora eran vistas y admiradas. En el local había todo tipo de curiosos acallados por tanto frenesí, acongojados por las dimensiones extrahumanas de aquellas esculturas kitsch vivientes, de aquellos seres galácticos que utilizaban el disfraz como terapia y como fuente de ingresos. Era la fiesta de las Drags que puntualmente organizaba todos los años la discoteca Nexus. Una oportunidad para lucirse y para hacer un show con el que podrían ganar una gira por España.

Mimí y Laura habían sido invitadas por Julius, el dueño de TecnoHair, que para la ocasión había escondido sus cuernillos rojos bajo un pelucón azul celeste esculpido con alambres metálicos para conseguir unos volúmenes imposibles y se había empaquetado dentro de un vestido confeccionado por él mismo a base de mechones de pelo natural teñido de colores. Era pelo que había pertenecido a los clientes de su peluquería y que almacenaba a escondidas para fabricarse vestidos rebosantes de fetichismo. Pero Julius no era una drag queen, era peluquero y artista.

La fiesta efervescía, Mimí se había plantado un buen modelito, muy popero, y Laura permanecía fiel a su estilo laxo, de ropa cómoda que parecía de segunda mano

pero con un oculto toque perverso. Laura, como siempre, conocía a un montón de gente, seguro que si se perdiese en el desierto saharauí terminaría siendo íntima de todo el frente Polisario, incluidos camellos y niños. Al cabo de un rato apareció Juanjo, con un leve gesto que delataba una soterrada intranquilidad, diciendo que estaba Diego en la puerta y que no les dejaban pasar. Así que Laura reconcentró energías en un afán de hacer notar su eficacia social, echó un vistazo a las cabezas hasta que encontró la de color azul que andaba buscando ¡Julius! bramó contrayendo al máximo sus cuerdas vocales, ¡Julius! y le hizo un gesto con el brazo que significaba que se reunieran en dirección a la puerta.

—Oye guapísima, le dijo a Julius, tengo unos amigos en la puerta que no pueden pasar.

—Eso está hecho nena, para eso tienes aquí al tío Julius, Fetitshia para la ocasión, estoy divina, ¿verdad?

Se dirigieron hacia la puerta, Laura le indicó quien era Diego y Fetitshia, en plena sobreactuación, se abalanzó sobre él con los brazos abiertos.

—Ay, cariño, le decía mientras le propinaba dos besazos, qué alegría verte, estas guapísimo, Estos dos vienen conmigo, le dijo al portero mientras aprovechaba para susurrar a Diego, en falsa voz baja, agarrándose a su brazo, Estás para comerme vivo. Diego se quedó atónito, aquel ser de pelos de dos metros, con aquellos zapatones, imponía bastante, pero Laura le guiñó el ojo y se enganchó al brazo que le quedaba libre.

Entraron a la discoteca y fueron derechos a la barra más cercana al escenario. Invadía la atmósfera un tema reeditado de Esquivel, de hacía lo menos veinte años, abominado durante unos lustros y curiosamente rescatado gracias a lo que comenzó siendo una broma graciosa de los pinchadiscos y terminó convirtiéndose en el movimiento lounge o retro, con miles de copias vendidas en un mercado que añoraba el martini blanco y los guateques.

Mimí observaba desde la barra cómo se acercaban Laura, Diego y Julius agarrados de los brazos y riendo, los observaba a cámara lenta, muy lenta, casi paralizando la acción, esperando extasiada, abrasada, aún con la certeza de que así no ocurriría, entrever el cuerpo flexible y reservado de Hugo apareciendo de entre la multitud y acercándose hacia ella directamente, inconfundiblemente, como si el mundo hubiese dejado de existir, la abrazase en una infinita verdad y la elevara por los aires dando vueltas y vueltas hasta confundir sus mareos en una unidad cósmica. Pero en unos segundos la escena retornó a su bullicio y Mimí saludó amablemente a Diego,

enfrentada de nuevo a su realidad.

—¿Qué quieres tomar?, te invito yo. Mimí contestó a Juanjo que quería una coca-cola light.

El espectáculo, es decir el que estaba encima del escenario, porque toda la sala era un espectáculo, había comenzado: un desfile de reinonas, cada cual más sofisticada pero con mucho sentido del humor, representando un pequeño numerito de cabaret. Era su oportunidad. La oportunidad de ser elegida la más reina, la más divina, la más morbosa, y aunque así no fuera, era la ocasión de subirse a un escenario, de brillar como estrellas, de representar impunemente el rol deseado, de exhibir todas sus fantasías; las había sexys, divertidas, pseudo-ingenuas, críticas, un abanico esperpéntico de todos los tópicos pero las mejores eran las críticas porque conseguían poner poso a su frivolidad, como los buenos cafés. Las drags críticas son las que satirizan al ser humano y a ellas mismas en primer lugar, las que tienen auténtico sentido del humor.

—Qué te parecen, Juanjo...

—Molan, me recuerdan a los cómics de Vampirella, ¿pero son tíos o tías?

—Yo creo que no son ni tíos ni tías, que pertenecen a otro género, pero habrá que verles por la mañana, con la coronilla calva y la barriga fofa, poniéndose los pantalones para ir a la compra y aguantando que el portero les llame Eustaquio.

—Ya ves, qué cambio...

—Y te imaginas el palo de llegar a las tantas de marcha y tener que despintar esa máscara? Igual tienen algún sistema de quita y pon instantáneo, como las pegatinas.

—Ya te digo..., yo como de eso no entiendo... ¿Y cómo no se matan con esos zancos?

—Mira los que llevo yo, ¿te gustan?

—Bueno... sí, molan.

—Así piso más fuerte, dijo poniendo una mueca chistosa de orgullo. Chhh, calla, escucha a los que están detrás.

Dos reinonas estaban detrás de ellos, cuchicheando mordaces comentarios.

—¡Oh my god! ¡Has visto qué pelandrusca!. Esa anda peor que un ciego por una obra.

—Y has visto cómo canta, Mari, si parece una camionera resacosa, ya se podía haber puesto un play back...

—Mira, mira qué botas se ha puesto Lili La Noche, qué hortera, ésta no cambia, el otro día iba por ahí pidiendo una teta postiza porque se le había perdido la suya, a

saber qué había hecho con ella, la muy putona.

—Yo creo que vamos a ganar nosotras, darling, ¡somos las top del espectáculo, las number one!

Mimí y Juanjo se miraban pensando al unísono que aquel gremio no parecía llevarse muy bien entre sí...

—Las number one, baby, las más fascinantes, las más morbosas... Llegaron otras reinonas y las saludaron efusivamente, oh darling, estás divina, espectacular y desaparecieron entre la gente.

—Son un poco falsas, ¿no? opinó Juanjo.

—Eso parece, contestó Mimí, en realidad se están criticando a ellas mismas, igual es su sistema de defensa, pobrecitas, seguro que lo han pasado fatal.

Parecía que aquellas personas habían sucumbido a la misma fatalidad refractaria que hace que los hijos imiten de mayores lo que más aborrecieron de sus padres, o que los torturados y maltratados se comporten años más tarde, cuando ya han conseguido poder, de la misma manera que sus torturadores. Una fatalidad refractaria y viciosa.

Se unieron Laura y Diego que venían con sendas copas en la mano a ver de cerca el espectáculo. Laura ya estaba un poco ebria y no paraba de hablar con quien fuera. Lanzaba piropos a las drags, hacía chistes, se agarraba al cuello de alguno. A Diego aquel ambiente no le gustaba demasiado y aunque no tenía una relación estable con Laura, tampoco le hacía mucha gracia su comportamiento y cuando terminó la copa decidió irse. Se fueron él y Juanjo, que se habría quedado un poco más, y Mimí se quedó sola con Laura, que se negaba a marcharse tan pronto. Mimí era consciente que quedarse con Laura supondría estar como una langosta en un vivero, sola entre la multitud, pero tenía que quedarse para cuidarla o para apoyarla. La realidad no sucedió así, Laura le presentó a un desfile de gente a la cual consiguió arrebatarse unas cuantas risas haciendo uso de su sentido del humor, Y cómo fue eso... decididamente te has ganado la corona de la Reina de Akelarres, le decía a una drag mientras ésta se desternillaba de risa y continuaba contando odiseas. Mimí no se intimidaba con nadie, porque veía a todos como seres humanos, y concentraba su picardía en las expresiones graciosas y ocurrentes, en hacer reír. Aquella noche estuvo brillante, contando chistes inventados por ella, imitando a gente (los pijos se le daban genial), contestando con paradojas divertidas. Las drags se enamoraron de ella, podían comprenderla, porque Mimí las comprendía.

Llegaron a casa a las siete de la mañana, se despidieron de los desconocidos que las

habían acercado y fueron a abrir la puerta, que daba directamente a la calle. Laura estaba bastante borracha y no encontraba las llaves. Cogió su bolso, lo abrió y lo vació de golpe en el suelo. Removió en el asfalto el barullo de pintalabios, coloretos, preservativos, horquillas y papeles viejos, se vació los bolsillos de la ropa, pero las llaves seguían sin aparecer.

—¡Joder se me han perdido las putas llaves! ¡Hostias y el monedero también!

—No me digas, ¿has mirado bien?, déjame ver...

—Algún cabrón me ha debido meter la mano en el bolso. Me cago en la puta.

—La verdad es que los que nos han traído no me daban muy buena espina, parecían de estos macarras que van en busca de algo, bueno igual los pobres no tienen nada que ver, encima que nos traen...

—No sé tía, me toca un pie quien haya sido, el caso es que estoy muerta y no podemos entrar en casa.

—Para entrar ahora no te preocupes, que yo tengo mi llave.

—Uff, menos mal, colega.

Entraron serias y a medida que iban andando se miraron a los ojos con expresión cómplice y emoción contenida, Laura abrazó por el hombro a Mimí y pronto se desataron en una risa fresca.

—¡Menuda sorpresa se llevaría el mamón al ver que no había ni un duro! Laura seguía riéndose.

—Sí, pero deberías dar de baja tu tarjeta de crédito.

—Bah, ya lo haré mañana que ahora estoy muy pedo, ¿metemos una pequeña arrasadita a la nevera?

—Vale, vete tú que ahora voy yo. Mimí llamó al teléfono de información y pidió el numero de robos de Visa. Llamó y anuló la tarjeta.

—Ya he anulado tu tarjeta, pero mañana no se nos debería olvidar cambiar la cerradura, por si acaso.

—Vale mamá, abre esa boquita de piñón, a ver a ver... y le metió un trozo de queso gorgonzola que se deshizo en la boca de Mimí con sabor a gloria, el mismo sabor con el que se levantó a la mañana siguiente.

Mimí recordaba la reciente noche y una sonrisa le aparecía en los labios. Era un nuevo día, soleado y fresco. La noche anterior había estado genial, se lo habían dicho y eso la llenaba de satisfacción. Dejó preparado el desayuno a Laura, que todavía estaría catatónica en la cama, y se dirigió a la piscina a nadar. Se encontraba muy vital, rebosante de buenas energías.

Te voy a contar un secreto, Mimí, niña de mi vida. Erase una vez que yo llegué a tener treinta y dos años, que a ti te parecerán muchos, pero yo estaba en la flor de la vida. Ya estaba casada con tu abuelo José, y habíamos tenido a nuestra primera hija, Catalina, tu madre, que por aquel entonces debía tener seis años. Yo solía ir a recoger sal en las rocas de la costa, que no nos faltaba dinero, porque José traía buen sueldo de la vidriera y yo casi tenía la panadería para entretenerme, pero era una sal espléndida, humedita, grasienta, te parecerá mentira hijita, pero esa sal es fabulosa para la piel, la deja blanca y tersa, como la de un bebé, bueno el caso es que a mí me gustaba ir a la costa por la sal, que se quedaba ahí dormida en las cuencas de las piedras, como un regalo del mar. Un día estaba yo metiendo la sal en mi cesta, y cantando una canción típica mallorquina, te acuerdas que yo te la cantaba de pequeña, Horabaixa post el sol / Plorinyava l'infantó / No ploreu angelet, no / Que la mareta no oho vol... giré la cabeza y me llevé un buen susto al ver que había un joven bien cerquita de mí que me sonreía. Buenos días señorita, perdone si la he asustado, no era mi intención, es que usted cantaba tan bien que no la quise interrumpir. No se preocupe usted, si ha sido mi culpa, estaba tan concentrada que no le oí llegar. El venía con una cesta de palmera repleta de gubias, punzones, macetas y picos, a arreglar unos viejos bancales que se habían derrumbado ahí mismo. Y usted de donde es, le pregunté, la verdad hija mía es que tenía una facha estupenda, De Valdemosa, me contestó él, me han encargado arreglar esta ladera, por lo visto en Deià faltan bancaleros. Yo me despedí y me fui a casa, con un extraño aroma. Al cabo de los dos días fui de nuevo por la sal. La verdad hijita es que fui a ver si él seguía allí. Recuerdo que me puse un vestido precioso que me había hecho yo misma, de florecitas azules bordadas, que a mí me favorece mucho el azul, me marcaba bien la cintura, menuda cinturita tenía yo, así de pequeñita, y me encaminé hacia la costa, allí estaba él, con esa facha tan estupenda, poniendo y quitando piedras. El corazón me latió fuerte pero en aquel momento yo no quise reconocer que era por él, fíjate hijita, yo casada y con hija, aquellos tiempos no eran como ahora, que el matrimonio era para toda la vida. Buenos días señorita, gusto verla por aquí, otra vez por sal, permítame que le ayude. El muy galán tenía buena maña para la conquista, se puso a mi lado y me ayudó a recoger la sal. Qué caballero, yo no podía respirar de la emoción. No sé qué tenía pero el caso es que me enamoré locamente de él. Empecé a bajar todos los días

por la tarde, al cerrar la tienda, José no se enteraba porque el pobre estaba siempre en la vidriera. A Curro le dije que era casada, a mí no me gusta mentir hijita, y él me trataba con el mayor de los respetos aunque en sus ojos podía percibir las llamas. Un día sucedió lo que el Santísimo quiso. Estábamos allí solos, el sol se había terminado de poner, los dos ardíamos de pasión. Me quedé embarazada. Sí hijita, no me mires con esa cara, tu tío José, mi hijo del alma gestado de un acto de amor, lloro porque sigo sin asumir su muerte, me lo dio el mar y el mar me lo quitó. Qué cobradora es la vida, bueno, me voy a tranquilizar.

Luego dejé de ver a Curro, ya sabes el embarazo y los remordimientos, en aquella época si se llegan a enterar hubiese sido mi muerte, le dejé de ver también por la distancia, pues nadie tenía coche, y porque él conoció a una jovencita, con la que se casó y tuvo cinco hijos.

Nieta mía, esto no lo sabe nadie, solo tú y a ti te dejo la responsabilidad de decir lo que quieras una vez yo muerta.

A tu abuelo yo siempre lo he querido, era un hombre tan bondadoso, él me adoraba y yo nunca lo hubiera podido abandonar. Pero mi corazón de mujer siempre fue para Curro. Hasta hoy en día no lo he olvidado. El ya es un viejito como yo, nos hemos encontrado alguna vez, tiene muchos nietos, preciosos, y sigue con su mujer, mi eterna rival. Cada vez que lo veo mi débil corazón parece que recobra energías allá perdidas, Curro, mi amor, mi eterno Curro. Ya te volveré a tener ahí arriba.

La piscina estaba abarrotada, todo mujeres. Era de estas piscinas cubiertas que también tienen zona ajardinada en el exterior y que sólo permiten el acceso a mujeres, Mimí la había seleccionado precisamente por eso, para no sentirse incómoda poniendo sus redondeces al alcance de vistas varoniles. Se metió en el vestuario a cambiarse, había un ganado de todo tipo, mujeres de doscientos kilos llenas de pelos paseándose desnudas como si tal, chicas recatadas enfundadas en toallas y otras acicalándose el pelo y mirándose el trasero, engañándose a sí mismas acerca de su caída, levantándolo un poquito y poniéndolo en pompa para creerlo más esbelto, como un estiramiento quirúrgico instantáneo. Había incluso unas, con un tipazo espléndido, que llevaban un bikini que consistía en un triangulito por delante y una tirita por detrás, enseñando ostentosamente sus femeninas nalgas, seguramente irían a tomar el sol. Qué envidia tener tanta confianza en su cuerpo, pensó Mimí. Ella se cambió normalmente, sin taparse pero sin pasarse, se enfundó un bañador de deporte y se fue a nadar. El agua estaba fresquita, le costó meterse en ella unos quince minutos, pero una vez dentro ya no hubo quien la parara. Consiguió hacer treinta largos, qué agotamiento, pero cuantos más hacía más ganas tenía de continuar, casi como un vicio. Al llegar a los treinta pensó que ya era suficiente y que no sería mala idea salir al jardín a tomar un poco el sol. Allí las chicas estaban casi todas sin la parte de arriba del bikini, así que decidió enrollar el bañador hasta la cintura y se tumbó a disfrutar del solecito, tan agradable, era la primera vez que lo hacía desde su llegada a Madrid. Se quedó dormida, la verdad es que no había descansado mucho, con la fiesta del día anterior y levantándose tan temprano. Al cabo de una hora larga se despertó, achicharrada, con la cabeza sofocada, el panorama había perdido el color, como si la hierba y las personas estuvieran desteñidas y centrifugadas, se levantó turbada y se encaminó hacia los vestuarios. Llegó y sacó de la mochila el champú, el jabón y una toalla limpia.

—Perdona, me puedes prestar un poco de champú por favor, le preguntó una chica de gafas y cuerpo atlético que tenía un lunar bastante grande en el cuello. Qué tal te encuentras, estaba al lado de ti en el jardín y vi cómo te despertabas un poco mareada.

—Ah, bien, muchas gracias, es que hoy he dormido muy poco. Donde quieras que te ponga el champú, es que yo también me voy a duchar ahora, a ver si me despejo.

—No tengo nada donde ponerlo pero tú dúchate y cuando termines me lo pasas.

Mimí se fue hacia la ducha, que no tenía puerta, ninguna tenía puerta, la chica del lunar se metió justo en la de al lado. Abren el agua, Mimí se enjabona el cuerpo y en ese momento aparece la chica del lunar con el cuerpo empapado.

—¿Has terminado?

—No no, todavía no he empezado pero llévate el champú, de verdad y luego me lo pasas, que a mí no me importa estar un ratito aquí abajo, es más, me encanta, dijo Mimí sin articular esto último.

Pero la chica del lunar ya estaba entrando en el dominio de Mimí, agarrando el bote de champú y poniéndole una porción por la cabeza. Sus pezones gordos y oscuros rozaban los de Mimí al ritmo de las idas y venidas del masaje. Mimí estaba muda.

—A ver, date la vuelta que te friego la espalda. Mimí obedeció y se dió la vuelta. La chica del lunar le limpió profusamente la espalda, directamente con las manos, abriéndolas y encogiéndolas, presionando y acariciando, Mimí creyó sentir un pajari- llo revoloteando por su vientre. Ni se movió.

—Bueno, ya estas limpiísima, ahora me toca a mí. Y se llevó el champú.

Mimí se terminó de enjuagar, agarró la toalla, se secó un poco, se la enrolló sobre el cuerpo y fue a vestirse.

Al cabo de unos minutos, cuando ya se estaba poniendo las playeras, llegó la chica del lunar con el bote de champú.

—Toma, muchas gracias. ¿Vienes mucho por aquí?

—No, no mucho, pero tengo la intención de venir tres veces por semana, lunes, miércoles y viernes, a ver si me pongo en forma. Mimí ya estaba lista para irse.

—Muy bien, ya nos veremos otro día, encantada de conocerte.

—Hasta la próxima.

Cuando Mimí llegó a casa Laura estaba tirada en el sofá leyendo el periódico.

—¿Donde has ido tan tempranera?

—A nadar.

—Guay, qué suerte tía, yo me apunto para la próxima.

—He conocido a una chica muy amable que me ha lavado la espalda.

—Tía, hablame en cristiano que no te entiendo, donde te han lavado la espalda, ¿en la piscina?

—En las duchas.

—¡Te has enrollado con una tía en las duchas...! ¡No me lo puedo creer!

—No hombre, era una chica que me ha pedido champú porque se le había olvidado el suyo y como yo lo estaba usando pues se metió en la ducha y ya de paso, me imagino que para ser amable, me lavó el pelo y la espalda.

—Ya, y yo me acabo de caer del guindo. Pero bueno esa tía no te ha metido un dedo en el coño de milagro.

—Pero qué dices Laura, si ni siquiera me ha pedido el teléfono.

—Y qué más da colega, que te digo que esa quería ligar contigo.

—¿Tú crees?

—Pues claro tía es que parece que te chupas el dedo. A ti un día de éstos te van a dejar embarazada y no te vas ni a enterar. Y no te estoy diciendo que me parezca mal que te enrolles con nadie pero que al menos te des cuenta, tía. En la atmósfera se crea un silencio de reconsideración de circunstancias. Ay, suspira Laura estirándose, tengo una resaca de órdago, yo no sé qué mierda nos pusieron ayer, estos empresarios de pacotilla son unos cabrones, con lo que cuestan las copas y encima dan garrafón.

Suena el teléfono y contesta Laura. Diga, y al cabo de un rato vuelve a contestar, Qué te la chupe tu madre, cabrón, y cuelga rabiosa el teléfono.

—¿Quién era?

—Un pesado perverso, de estos que sólo saben tener relaciones sexuales con el teléfono, un día llamó y le di coba, la verdad es que se lo montó bastante bien, pero ahora se cree que le voy a seguir el rollo toda la vida, es un plasta de cuidado, que si estoy sola, que cómo voy vestida, que si llevo ropa interior, que si estoy húmeda y por mucho que le digo que corte el rollo, que ya no me mola, le trae sin cuidado, yo creo que hasta le pone cachondo que le mande a la mierda y le cuelgue.

—Vaya..., a mí nunca me ha pasado, ¿de qué lo conoces?

—De nada, que un día llamó, debió coger el listin telefónico y empezar a llamar

al azar a todos los números que pillaba hasta encontrar a una panoli como yo que le hiciera caso.

—Pues en el listín vendrá la dirección de la casa.

—Sí.

—A ver si va a ser un loco asesino y se presenta aquí cualquier día.

—Pues entre las dos le agarramos, le atamos a la cama y le metemos un palo por el culo, a ver si deja en paz a las chicas. Bueno un palo por el culo no, que igual le gusta, mejor atrapamos a un perro callejero de estos sarnosos y hambrientos y que lo destroce.

—Tú sabes que a los perros, cuando están en pleno coito, se le hincha tanto la cola que luego no hay manera de que la saquen. Yo lo he visto varias veces en el campo, se pueden quedar así enganchados días.

—En la ciudad también pasa pero entre mujer y perro, y a alguna putona famosa han visto por los corredores de hospital en compañía canina... La verdad es que hay algunos perros guapísimos, a mí si me pagaran cien mil pelas igual me lo hacía con uno.

—Y si te quedas embarazada te saldría un monstruito con cara de perro.

—Uy, de esos hay un montón. Pero bueno, a quien tienen que joder es al mamón del teléfono.

—Y si resulta que es guapo... imagínate ahí atadito todo para nosotras...

—Entonces nos lo tiramos y luego le echamos a los perros.

—Ahivá, están llamando al timbre, ¿te imaginas que es el del teléfono?

—Coño, a ver si va a ser él, escóndete tía, espera, coge un cuchillo y unas cuerdas.

—Pero qué dices...

—Que sí, corre, venga, agarra éste que está bien afilado, venga métete en la habitación y cuando yo te haga una señal sales y le agarramos entre las dos.

—Pero Laura...

—Corre métete.

—¿Quién es?

—Soy yo.

—Hombre Alicia, qué susto nos has dado, pasa, pasa.

—Pero si te dije que iba a venir ahora.

—Sí pero se me había olvidado.

—¡Sal Mimí que es Alicia!

—Hola Alicia, qué tal.

—Oye, pero ¿qué haces con ese cuchillo en la mano?

—Ah, nada, perdona si te he asustado es que estaba reparando una silla. ¿Quieres tomar algo?

—No gracias, bueno sí, un vaso de agua, que vengo sedienta.

—¿No prefieres una coca-cola fresquita con mucho hielo y limón?

—Pues la verdad es que sí, muchas gracias.

—¿Y tú Laura?

—Yo también pero con un culín de ron please, que a mí me sienta muy bien por las mañanas.

Mimí se fue a la cocina, guardó el cuchillo y preparó unas coca-colas.

La nevera estaba vacía.

—¿Qué tal te va todo Alicia?

—Muy bien, tranquila.

Alicia era hermana de Jay. Su madre era una sueca que vino un verano a Málaga y allí se enamoró de Tomás, varón ibérico de metro sesenta y cinco, de pelo moreno ensortijado, robusto, muy simpático y con una cadena de oro que sorteaba un pecho bien peludo, por aquel entonces el ideal de latin lover.

Tomás se enamoró de aquella rubia de ultramar que paseaba un cuerpo terso y esbelto y que era la viva visión de una esperanza de éxodo por las europas en busca de una vida mejor. Se casaron y se fueron a vivir primero a Estocolmo donde el padre de ella le dio trabajo en una empresa de verduras congeladas y luego marcharon a Alemania, donde Tomás montó un negocio de compra venta de coches usados que con el tiempo llegó a ser muy próspero, ya que encontró un buen filón en la exportación de vehículos caros a España e Italia, por el doble o triple de su valor.

Pero a mediados de los años ochenta el negocio se secó, y con él Tomás. Regresaron a España, pensando que renacerían los buenos tiempos, pero la vida no fue tan fácil. Tomás continuó con sus proyectos de negocios, comerciando por aquí y por allá, pero la relación con su mujer ya no se podía salvar de los continuos reproches y enumeraciones de agravios, que si nunca estás en casa, que si nos falta dinero, que si no me escuchas, que si para ti solo soy un objeto sexual, que si estás con otra, y él se quejaba de que ella no trabajase y ganase dinero, de que no parara de reprocharle todo y de no tener más libertad. Terminaron separándose y los hijos se fueron con su madre. Se quedaron en Madrid, donde ya vivían y ella consiguió un trabajo de secretaria de dirección, al fin y al cabo era trilingüe. Tomás no le pasaba un duro, al principio decía que le había salido mal cualquier negocio y luego terminó directamente

por desaparecer. La madre se vió en la necesidad de mantener a sus hijos, por aquella época el mayor tenía unos doce años y Alicia y Jay, que eran mellizos, tenían ocho. Pero este esfuerzo le infundió una sólida e inesperada seguridad en sí misma, descubriéndose una fortaleza y un valor de los que ella pensaba que carecía y se impregnó de un ritmo de vida, que si bien le hacía enfrentarse a innumerables desavenencias, consiguió transformar su carácter, haciéndose mucho más alegre y vital, más inteligente (la inteligencia se puede aprender), y hasta le devolvió belleza y buena forma física. Ahora era directora de una multinacional de cosméticos, tenía un sueldo estu- pendo, le ponían coche, casa, viajaba y tenía un novio rico y detallista que la cuidaba como a una princesa. Tenía todos esos atributos que hacen sospechar de una pérdida de autenticidad humana en pro de una adhesión casi sectaria a un sistema capitalista donde sólo cuenta la producción y la mentira. Pero las verdades no tienen un solo color y para la madre de Alicia, el cambio a la dedicación laboral asalariada no solo no le supuso una prostitución de su tiempo y de sus convicciones estéticas sino que dignificó su vida y su concepto de sí misma, y eso lo supo proyectar en los demás.

Alicia había llegado a casa de Mimí y Laura un día cualquiera, a cualquier hora, Alicia no trabajaba, ni tampoco estudiaba. Estaba en un lapsus de indecisión, demasiado coaccionada por la sociedad para hacer algo, lo que conllevaba que no hiciese nada. Desde que abandonó la escuela había estudiado algún cursillo, diseño de ropa, fotografía, pero todo sin continuidad. También había sido camarera de un bar de noche y modelo de algún anuncio de televisión. Era delgadita, pequeñita, con un aire de dejadez ideal para el concepto lánguido y andrógino que vendían los anun- ciantes de ropa vaquera, en contraposición al modelo sexy habitual. Pero tampoco tenía mucha suerte con la moda, porque a ella tampoco le interesaba ese mundillo de frivolidad y exigencias.

—He mirado en la nevera y no hay gran cosa, por qué no hacemos unos sandwi- ches y unas tortillas y nos vamos a comer al campo, que hace un día precioso, propu- so Mimí.

—No es mala idea, lo que pasa es que estamos sin coche, contestó Alicia.

—Voy a llamar a Diego a ver si le apetece venir, que además tiene coche. Laura marcó el número pero nadie cogió el teléfono. Aquí no hay nadie.

—A ver si está mi hermano, pásame el teléfono. Hola Jay, estamos aquí en casa de

Laura, que si os apuntáis a un picnic en el campo, estamos preparando unas tortillas, Pues no sé, por Navacerrada o por algún pantano, Que está muy lejos, Dice que no le viene bien ir tan lejos, tiene una cita por la tarde, donde se os ocurre chicas, Podemos ir al Retiro, sugiere Mimí. Por aquí dicen que nos vayamos al Retiro, guay, aquí os esperamos, un beso.

Estaban sentados formando un círculo imperfecto, en el centro, un mantel y sobre este una iridiscencia de manjares improvisados, sandwiches o mejor dicho emparedados, muy finos, muy pequeños, de crema de queso con pepino o con berros, de jamón serrano y tomate y de otras mezclas improvisadas con los materiales de la nevera, unos huevos hervidos, fruta y unos pastelitos recién comprados. No era una gran comilona pero suficiente para pasar un rato agradable, además lo más importante resultó ser el vino, valiosa aportación de Juanjo, que se había apuntado en último momento y que se acababa de marcar diez puntos con la aportación de dos botellas de Viña Ardanza reserva del 94 y un Pesquera del 95, sustraídas todas ellas ‘ de la lustrosa bodega familiar. Un bonito picnic en un bonito parque, nada menos que de ciento dieciocho hectáreas, en medio del Retiro, más concretamente cerca del costado este del Palacio de Cristal , un insólito pabellón del arquitecto Ricardo Velázquez Bosco construido para una exposición de Filipinas a finales del XIX. Todos eran conscientes de la extravagancia de su situación, en el Retiro no era usual ver un almuerzo tan bien preparado, lo normal era ver a oficinistas con un bocata en una mano y una cerveza en la otra, conversando con compañeros de trabajo y bastantes extranjeros. Cerca de ellos una parejita se frotaba impunemente los cuerpos, que parecían no desgastarse nunca, completamente ajenos al resto del mundo y detrás de un arbusto un viejete les miraba con ojos desorbitados, aunque no se alcanzaba a ver si hacía algo más, quizá simplemente estuviese orinando. Qué rico está todo, iban diciendo casi al unísono mientras intercalaban los bocados sólidos con el caldo granate. El cielo estaba caprichoso, a ratos dejaba pasar los rayos del sol y a otros cubría el paisaje con sombrillas quizá no tan aleatorias que parecían estar devoradas por aves de carroña, hasta el cielo necesita ver su sombra. Una de ellas se plantó encima de los alegres comensales, amenazó, pero como las víctimas se comportaron con absoluta indiferencia, la sombrilla maliciosa decidió que aquello no tenía gracia y se fue a incordiar a otros, más concretamente a unos oficinistas, que como no sabían de

qué hablar le prestaron la atención que requería y se vació en ellos, con un agua que más bien parecía orina, pobrecillos, la desgracia atrae a la desgracia, y a los malévolos.

Los comensales estaban ya un poco trompas y se les antojó un porrito. Nadie tenía material así que Juanjo, que ya tenía experiencia en la compra de chocolate por el Retiro, se fue de incursión. Localizó a un grupo de negros que conspiraban entre ellos, les hizo una seña y les lanzó cinco mil pesetas al suelo, siguió paseando amablemente y a la vuelta se cruzó con uno de ellos que dejó caer inocentemente al suelo un huevito marrón, lo recogió y se encaminó felizmente hacia el grupo de comensales. ¡Qué guay, Juanjo, eres el mejor! exclamó Laura, hoy te estás saliendo tío. A Juanjo se le movió involuntariamente la oreja derecha, estaba feliz de aportar bienestar al grupo, a decir verdad era su actividad más importante ya que era otro de los que no hacían nada por la supuesta productividad social. Su madre estaba empeñada en que estudiara medicina, como su abuelo, como su bisabuelo, como su tatarabuelo y su padre ya le había dado por imposible, ofreciéndole de vez en cuando trabajos temporales en su empresa de revestimientos ignífugos, por cierto bastante rentable.

Pero Juanjo vivía en un mundo de abstracción contemplativa y había encontrado un hilo de seda en aquel pequeño universo de gente que aparentemente no tenía nada que ver con él, al cual estaba enganchado incondicionalmente, sin aportar una energía creativa y divertida a través de las ropas a la moda o los proyectos exuberantes, como los demás, pero dando todo lo mejor de él, que era su presencia cándida y solidaria, como un bastón para un ciego, o como una cama para un cansado o como una foto para el desmemoriado; él siempre estaba.

Los comensales se encontraban de lo más a gusto, una ardilla se había unido al grupo y comía tranquilamente los restos de comida, luego se quedó tumbada sobre el mantel, a echarse su siestecita, aspirando los vapores de los cigarros aditamentados. Mimí miraba de reojo a la pareja que continuaba sorprendentemente con su labor de frotamiento mientras que Laura contaba chismes de la fiesta drag de la noche pasada. Qué pena que no pudimos ir, comentaba Caco, pero es que a Jay le dolía la tripa. Caco agarró de la mano a Jay y recostó la cabeza sobre su hombro. Alicia acariciaba con un palito a la ardilla que contestaba con temblores de la pata izquierda. Juanjo se quemaba las uñas con las últimas caladas de un porro.

—Qué pereza quedar con el tío este, comentó Jay a Caco.

—Pues llámale y dile que quedamos mañana, que hoy nos es imposible. Laura miraba con cara de expectación. Es un colega que nos va a hacer unas letras y le tene-

mos que dejar los temas, contestó Caco.

—Si es guapo dile que se venga.

Jay llamó por el teléfono móvil al chico de la cita y no se atrevió a decirle que estaba tirado en el retiro y que no le apetecía nada ir al estudio donde habían quedado y que lo que mas deseaba en ese momento era que su novio continuara haciéndole cosquillitas en el brazo. Además el chico ya debía estar esperando y decirle que se viniera al Retiro era un poco descarado.

—Sí, perdona, es que no he terminado con una cita muy importante y no voy a poder llegar. No, no, casi mejor mañana tío. Está hecho, a las seis. Hasta mañana.

La ardilla estaba en un sueño profundo, Alicia la acarició con la mano y ni se inmutó, la cogió y siguió igual y de pronto la soltó bruscamente de las manos, como si se hubiera quemado. ¡Está muerta! exclamó con el estupor del que cree que va a continuar bebiendo vino e ingiere agua por equivocación. Los demás se espabilaron un poco y se pusieron a investigar al animal. Efectivamente su sueño resultaba ser demasiado profundo y muy frío y muy tieso. Aquello parecía un mal presagio. Levantaron el campamento y se pusieron a pasear en dirección al lago. En la zona de columnas un grupito de chicos aporreaba unas congas. Se acercaron, uno de ellos llevaba el pelo a lo rasta como Caco, resultó ser cubano, tenía unos bongos ardiendo entre las piernas pero no los tocaba, Caco le sonrió y el cubano comprendió que le debía ofrecer el instrumento. Comenzó a golpearlo como si sus manos no le pertenecieran, todos entendieron que debían silenciarse ante semejante excelencia, sonidos afrocubanos en estado puro, pareciera que la órbita terrestre hubiera cambiado de sitio. Laura, que llevaba una buena melopea, sintió que esa música emanaba sólo para ella y su cuerpo comenzó a arquearse imitando involuntariamente movimientos animales, tan poco femenina que resultó enormemente sexy, con esas nalgas perfectas embutidas en unos pantalones vaqueros cortados por los muslos, descalza y enseñando unos sobacos sudorosos llenos de pelos, teniendo un coito salvaje con el músico a través de unos genitales hechos a golpe de sonidos, Caco respondiendo con azotes cada vez más poderosos, azotes que reavivaban el fuego, el éxtasis y con los ojos fijos, muy fijos en ella. Tanto que a Jay le quemó una chispa de celos, aunque estaba bien seguro de que su novio nunca le dejaría por una mujer.

Al jueves siguiente los de Spellsound no invitaron a Mimí a participar en su con-

cierto. Diego ya había comentado a Laura que Mimí acaparaba demasiado escenario y, adicto a ser centro de atención no quiso valorar generosamente la aportación de Mimí. Esta se quedó desconsolada, fue al Spiral Club pero esta vez viéndoles de nuevo desde el patíbulo. Hugo estaba por ahí, pero el único que parecía hacerle caso era Juanjo, el sempiterno Juanjo. Se encerró en el baño y esta vez, en vez de limpiarse el sudor de la cara, maquillarse y regalar al espejo un beso de carmín, Mimí le ofreció una lágrima, su sueño de estrella del tecno-pop retornaba a sus comienzos, demasiado arduo deshacer caminos y, al llegar a ese punto, se metió el atracón. Otras diez mil calorías en vena, chute ilimitado de galletas, pizzas, donuts y hamburguesas, toda la comida basura que odiaba, como quien se une al enemigo para poderlo combatir.

Al día siguiente llegó cabizbaja a la escuela de música y allí le ofrecieron ir a un casting, un famoso solista de pop románticón necesitaba tres coristas para su gira mundial.

Laura sostenía en su mano derecha una pequeña copa de tequila. Se había quedado sola recogiendo la peluquería y había echado mano de la botella secreta. Todos se habían tenido que ir inesperadamente, Julius a una cena, el peluquero de pelo naranja y perilla roja, que ahora se lo había transformado en azul con extensiones, se había ido antes de tiempo a recoger a su abuela a la estación, y los demás desaparecieron puntuales a su hora exacta, dejando el local lleno de pelos y plásticos provenientes de un peinado escultórico que había realizado Julius a una cantante. Así que Laura se resignaba ante el cometido con un vaso de Herradura reposado, con un paquete de cigarrillos y con el monitor de televisión conectado a la MTV. Estaba fría que fría cuando alguien llama a la verja, bajada hasta la mitad de la puerta.

—¿Qué pasa?, preguntó desde dentro.

—Perdona, es que estuve antes aquí cortándome el pelo y me he debido dejar las llaves de mi casa.

Laura concentró la vista, efectivamente le reconocía, era un chico normal, de unos treinta y tantos años, que simplemente se había cortado el pelo.

—Ah, sí sí, pasa. Abrió la cerradura de la puerta, y el chico normal se agachó por debajo de la verja y franqueó la entrada.

—Lo siento, dijo haciendo ademanes del que se refugia de la lluvia, tú eres Laura, verdad.

—Cómo lo sabes si yo no te he atendido.

—Oí decir tu nombre.

Laura se puso a buscar las llaves. Llevaba un vestidito de tirantes y un delantal naranja estampado con una barby tecno-punk, el delantal oficial de la peluquería. Se agacha por todos los rincones mientras el otro observa sus movimientos, gira la cabeza desde la postura de rodillas en el suelo y dice con actitud más o menos reprensiva,

—No encuentro ninguna llave.

El chico normal se moviliza y comienza a buscar.

—A ver, me senté aquí, luego fui allí, ¿qué estas tomando?

—Un tequila.

—Me invitarías a uno por favor, es que me encanta el tequila y con tanto ajeteo de ir y venir la verdad es que no me sentaría nada mal.

—Tío es que tengo un poco de prisa, toma, terminate el mío.

—Qué guapa eres.

—Mira tío tus llaves no aparecen, igual se te han caído en el coche, o en algún bar o te las has dejado en casa. ¿Has probado a que alguien te abra la puerta?

—Vivo solo.

—El portero o el vecino de turno al que le dejas llaves de seguridad, yo que sé, pero aquí no están, desde luego.

—Pero estás tú.

—Mira tío vete ya que yo tengo mucho trabajo. Le empuja por el brazo para dirigirla hacia la puerta y el chico normal agarra fuertemente el suyo poniendola de frente a él, la mira agresivamente a los ojos.

—¡Suéltame cabrón que me haces daño!

El chico normal la empuja hacia la pared, le pone los brazos en forma de cruz amarrándolos por las muñecas con sus manos y comienza a lamerle la cara. Laura aguanta un poco, sin saber muy bien por unos instantes si aquello es parte de una aventura sexual excitante o si es una violación en condiciones y subitamente su rodilla se dispara hacia los testículos del chico normal. Este frunce la cara de dolor y la abofetea. Ella le escupe y él la tira al suelo poniéndose sobre ella y bajándose la bragueta del pantalón. Ella sigue dando patadas y gritando y ve cómo a aquel loco se le queda pegado en la parte externa de la mandíbula, entre la comisura del labio y la oreja, una baba negra asquerosa y alargada mientras acerca una navaja inmensa y vibrante hasta el primer plano de su entrecejo.

—O te callas o te mato, puta.

Laura intercalaba el enfoque de sus ojos, ora en la inmensa navaja que apuntillaba su entrecejo, ora en la prolongación del escorzo de brazo que terminaba en una pequeña cabeza oscura de ojos de rata furibunda y unos cuantos hilillos de baba negruzca pegados por la mandíbula, y no sabía qué era mejor, si la navaja o la rata. Optó por callarse mientras ya la traspasaba un verga gorda y paquidermica que le arrancaba la vagina. La rata furibunda eyaculó otra baba de rata, se levantó, se subió

la bragueta, se arregló el pelo y los ojos otra vez a lo chico bueno y se fue no sin antes decirle, Te ha gustado, verdad. Un ruido de motor recién arrancado atravesó el aire pero Laura no tuvo fuerzas para moverse. Se quedó tirada en el suelo intuyendo el deseo de ponerse en posición fetal pero sin dignidad para llevarlo a cabo, se quedó tal y como el chico normal, o la rata, la había dejado, con las piernas entreabiertas goteando sangre blanquecina, el vestido arrancado en el escote descubriendo un pecho humillado y la cara llena de baba negruzca y con otro filamento de sangre naciendo del entrecejo y chorreando como un suave río por una orografía de mujer. Laura estaba semiinconsciente, una repugnancia espiritual le obligaba a desear cortarse el cuerpo en pedacitos y deshacerse de ellos mediante una incineración difícilmente purificadora, en un estercolero mejor y que los gusanos se lo terminaran de comer, su rabia era subacuática, la sentía por todos sus órganos, por sus células, por sus canales linfáticos, por sus meridianos energéticos, y por todo aquello que conforma un ser humano y que sólo los orientales han llegado a descubrir, o los seres de las profundidades, o de las alturas. Se levantó y con las piernas arqueadas a modo de jinete fue arrastrando los pies hasta la botella de tequila, la empuño y dejó caer chorros por su garganta, como fresco manantial, como fuego catártico, por su cara, por sus pechos, se frotó el sexo, le ardía pero le aliviaba, se frotó el cuerpo entero, se arrancó los pelos, se derrumbó de nuevo, apuró las últimas gotas del líquido, no entendía nada, ya era la segunda vez, se quedó dormida.

La violación es la peor de las humillaciones y la humillación es la peor de las esclavitudes. Laura tenía trece años, esa edad nebulosa donde uno comienza a tener conciencia de su identidad y reclama estima, donde uno se pregunta por primera vez quien es y donde está, todas aquellas preguntas existenciales que sólo tienen respuesta a través de la poesía, o de la indiferencia o de la memoria colectiva, pero que en esa edad (para ser francos, en todas) son contestadas con el estupor de la incomprensión, de la pérdida. Esa pequeña gran edad, cuando ya han salido unos senos incipientes, cuando ya se menstrua, cuando se llega a la pubertad, fase del desarrollo humano muy celebrada en tantas culturas. Laura tenía trece años en esa tarde de domingo mientras estudiaba para su examen de matemáticas. Llaman a la puerta, es el vecino que viene a pedir fuego, no encuentra ni las cerillas ni el encendedor y está deseando fumarse un cigarrillo. Los padres de Laura no están, ella le da fuego y

comienzan a hablar de cine, él le dice que tiene un vídeo Beta en su casa y muchas películas, en aquella época no todo el mundo tenía aparatos reproductores de vídeo. Laura se pasa a su casa, también está solo, su mujer ha llevado a los niños a ver a los abuelos. Te apetece ver La guerra de las galaxias, le pregunta él. Ella asiente concentrada en el monitor, es la primera vez que ve una película bajo demanda. Quieres una coca-cola, le sugiere él. Ella vuelve a asentir con la cabeza, en la pantalla ya rueda la advertencia de la prohibición de reproducir la cinta. Él se va a la cocina, la casa es grande. Cuando comienza la película aquello no tiene nada que ver con la guerra de las galaxias, una rubia despampanante conduce un deportivo rojo y se para en una gasolinera de esas perdidas en el desierto. La coca-cola tarda en llegar. El gasolinero resulta ser un tiarrón con torso moreno al aire. La coca-cola no viene. Se mete en el descapotable y comienzan a follar desafortunadamente. Laurita se queda estupefacta mirando al monitor. Nunca había tenido contacto con el sexo, para ella sólo existía el amor y las monjas bien se habían encargado de hacerle creer que el sexo era el mayor de los pecados, los que lo practicaban irían al infierno sin posible perdón, abrasados por el eterno fuego de Lucifer. Se tapa los ojos y se echa a llorar. El vecino llega en ese instante con la bebida y se abalanza sobre el televisor. Pero quien diablos me ha cambiado la cinta, esto debe ser obra del diablo, de donde ha salido esta obscenidad. Perdona Laurita. Se acerca a ella y la abraza, le acaricia la cara limpiándole las lágrimas. Pobre niñita mía, contaminada por esas imágenes, ya descubriré yo al culpable. La sigue abrazando. Le da besitos por la cara, le hace cosquillitas por el brazo, su pene esta duro como un palo. Ahora le lame las lágrimas, la comisura de los labios, la boca. La besa, una lengua de sapo irrumpe en su boca sin dejarla respirar, Laurita quería gritar pero no podía. Nota como una especie de brazo resbala sobre su muslo rítmicamente hacia delante y hacia atrás. Cuando él se separa arrebujándose la camisa ella está manchada por gotas de algo parecido al líquido del arroz con leche. Laura le mira fijamente con unos ojos inmensos cargados de interrogación. Venga Laurita, ala, ala, vete ya, le dice él con expresión avergonzada e intimidante, a ver si van a llegar tus padres, con todo lo que tienes que estudiar. Y no se te ocurra contar jamás a nadie que hoy has estado aquí, recuérdalo bien, jamás.

Laura suspendió el examen y con ése muchos más. Pasó la semana sin pegar ojo, con unas pesadillas tremendas de serpientes que la estrangulaban, de dientes que se le caían, de paseos desnudos por el colegio, se le había olvidado el uniforme y sus compañeras la azotaban y la llamaban puta, una semana entera deseando que llegara el domingo y no morirse sin antes haberse confesado. No tuvo que esperar al domin-

go, el viernes hubo misa en la capilla de la escuela. Atravesaba la puerta de la iglesia en pleno pánico de dejar la vida en pecado mortal, se confesó. El cura la llevó al despacho y le dio un cuadernillo con rezos, Reza estas oraciones diez veces. Y ten cuidado con tu manera de vestir, mira con ese escote no me extraña, vas por ahí provocando, seguro que no llevas sujetador. El cura deslizó su mano libidinosa por el pecho púber de Laurita y llegó hasta sus pezones, los acarició por unos instantes, pellizcándolos con los dedos. Ves, tienes que ponerte sujetador para que no se te noten tus bultitos, son demasiado bonitos...

Laura agarró el cuadernillo y echó a correr. En el recreo se sentó sola en un banco y sollozó, sollozó horas y horas, días y días, meses y meses.

Pasó un año en el que Laurita, por mucho que se duchara, no conseguía sentirse limpia. Su casa era un infierno, sus padres todo el día peleando y sus dos hermanos pequeños a puñetazo limpio. El padre empezó a beber, llegaba todos los días borracho, tirando todo por el suelo, más que una casa aquello parecía un campo de batalla, todos luchando contra todos, los hermanos pequeños tirándose de los pelos entre sí, el menor llenando las sábanas de su hermana de miel y de alfileres, Laura pegando al segundo que era inocente, la madre estampando jarrones por las paredes y echando la culpa a Laura de que se carbonizara la carne del horno, el padre vomitando por los pasillos. Se divorciaron. Unos meses más tarde aparecía por la casa con un ramo de rosas rojas un galán de moreno termonuclear y chaqueta cruzada que deslizaba su mirada por los ojos de los niños para irse a posar directos en los de la madre. El salón olía a champán y a chocolates. Se casaron y él se instaló en la casa familiar. Laura no lo soportaba, en realidad no soportaba a ningún hombre, era verdad que hacía feliz a su madre y que traía muchos regalitos pero era un veleidoso y un proteico, siempre cambiando de trabajos, con inextricables y fantasiosos proyectos, o zanganeando por ahí y por allá y con esos aires tediosos de sabelotodo.

Menos mal que su madre tenía dinero estable, la fábrica de confecciones del abuelo funcionaba de maravilla y ella tenía un buen cargo y un buen sueldo.

Y un día... Niña, siempre encerrada en casa y con esas camisas abrochadas hasta el cogote, que ya tienes edad de andar por ahí con chicos. Yo quiero ser monja, contestó Laura que se había convertido en una adolescente preciosa con cuerpo de marfil. Qué monja ni qué ocho cuartos, quítate esos sacos almidonados que llevas por vestido y ponte de vez en cuando alguno de los que te regalo, me haces feos muy grandes, ni siquiera los has estrenado. Laura se encerró en su habitación. Al cabo de dos horas salió con uno de los vestiditos floridos que le había regalado. El padrastro, que se lla-

maba Fernando, estaba viendo un partido de fútbol mientras se amasaba inercialmente los testículos. Laura se paró en la entrada de la sala, Fernando, lo llamó. El giró la cabeza, Que Dios me conserve los ojos, estás preciosa, ya era hora de verte bien vestida, como una mujercita. Ven, siéntate a mi lado, dijo Fernando dando unas palmaditas al sofá. No, voy a la cocina a prepararme la merienda.

Laura estaba delante de la estufa, sujetando el cazo y esperando a que la leche terminara de calentarse. Inesperadamente percibe unas manos que comienzan a deslizarse por sus piernas, sus muslos, unas manos trémulas, involuntarias, ajenas, que pasan rozando sus nalgas para establecerse no menos relajadas en su tripa, la tripa virgen de Laura. Un aliento caliente le humedece el cuello, Sabes que estás preciosa... Dos dedos se escapan despistados por la comisura de las bragas. Mi pequeña, con lo que yo te quiero... Laura está inmóvil sujetando el cazo, No, por favor no, piensa abrumada sintiendo cómo se le escapa la realidad. Los dedos siguen jugueteando, sin afán de culpa, pero el aliento sigue espesándose en la nuca. Un fuego invade no la tripa, sino las sienes de Laura que gira violentamente y le estampa el cazo con la leche hirviendo. Fernando cae al suelo, un hilo de sangre corre por su sien izquierda. No se mueve. Parece un mimo. Laura cae de rodillas y le zarandea ¡ Fernando!, ¡despierta!, ¡ Fernando perdona, despierta por favor! Perdona... yo no quería... Dime algo...

La muerte de Fernando fue fulminante, Laura pasó por largos interrogatorios judiciales, tenía dieciséis años. Finalmente el juez decidió dejarla en libertad pero ella nunca se recuperó. Volvió a encerrarse en su habitación y estuvo más de un año sin hablar con su madre, que la culpaba de la muerte. Luego llegaron los años de la carrera y su transformación de adolescente a mujer. Su primera relación sexual fue con un compañero de cuarto curso que llevaba dos años enamorado de ella, haciendo cualquier cosa por ella, pasándole trabajos, haciendo fotocopias, trayendo cafés. Aquella tarde en el Ford Fiesta desvencijado él se sintió el hombre más feliz del mundo pero Laura ya tenía otro objetivo, un atractivo compañero de clase que los fines de semana tocaba el bajo en un grupo de rock. A este lo dejó tirado en la cuneta y se lió con el cantante del grupo, que a la sazón era el mejor amigo del anterior, todos se pelearon y se estamparon guitarras en las cabezas y cuando el chico abandonó el grupo para mayor sosiego, ella le dejó más plantado que un sauce milenario y se enrolló ostentadamente con un estudiante de Bellas Artes que conoció en una fiesta y que le prometía pintar su cuerpo entero de colores. Y así comenzó su imparable carrera de venganza hacia el sexo masculino, su falso hedonismo que en realidad era

una búsqueda de su propia identidad, de su estima, de su necesidad de vengarse de los hombres, una especie de sexoadicción compulsiva como síntoma de su incapacidad de amarse a sí misma.

Pero su reciente violación la había hecho descender de nuevo a la más grave de las humillaciones, a la total falta de libertad. Encima la rata, sintiéndose muy macho y pensando que el género humano femenino es inferior y que todas las mujeres son unas putas, creyó, en el colmo de su avaricia, que a ella le había gustado. No era un acto sexual voluntario, los había tenido muy locos, pero con quien ella había escogido, y el hecho de no aprobarlo y de mediar obligación y encima violenta había hecho que un acto sexual aparentemente parecido a algún otro se convirtiera de entrega a profanación, una profanación de su lugar más sagrado, su propio cuerpo, su mente, su sensibilidad, como quien en su intimidad escribe un diario y alguien lo lee burlonamente, o como si uno se come un día un solomillo con hambre y al día siguiente le obligan a comérselo en medio de una indigestión, o como cualquier cosa que se haga en la vida queriendo o sin querer. Pero aquí no era cuestión de algo menor, era cuestión de la violación de su cuerpo, de su alma, de su autoestima, de todo lo que había construido en ella a lo largo de los años, una violación de su lugar más sagrado.

Una secretaria bien parecida le abrió la puerta y la dirigió hacia una sala de espera. Unas ocho chicas esperaban su turno, el turno para tener acceso a ser las coristas que acompañarían por su gira mundial al más famoso de los cantantes de pop romántico, el turno para estar en hoteles de lujo, para cenar con gente famosa, para ser famoso también, y, por qué no, para conquistar el corazón del líder.

Mimí no estaba muy contenta con la opción, a ella ese tipo de música no le gustaba, pero era un posible camino para llegar a hacer algo y para ganar dinero, que buena falta le hacía. Una chica entró a la sala haciendo un mohín de asco, recogió su bolso y se despidió. Sonia por favor, anunció la secretaria y una chica bajita con minifalda ajustada y un kilo de maquillaje barato se lanzó hacia la puerta. Mimí observaba a las demás pensando que tenían pinta un poco horterilla y que con las pocas chicas que había, si iban a ser tres la seleccionadas, quizá tendría alguna opción.

Llegó su turno, la secretaria la dirigió por un pasillo hasta una habitación insonorizada llena de aparatos, dentro esperaban altivamente tres señores y una señora. La

observaron de arriba a abajo, iba muy bien arreglada con una falda larga color berenjena, una camisa negra que le hacía muy delgada y unos zapatos negros con un poco de alzas, muy estilizada y tan bien pintada que parecía que se acababa de lavar la cara. La hicieron cantar a capella ahí mismo, lo que ella quisiera, escogió un tema de Mecano, la cantante tenía un registro parecido al suyo y la situación requería de ese tipo de temas. Luego la pasaron del otro lado del cristal, con micrófono, y la grabaron. Se despidió amablemente y se fue bastante contenta de su actuación.

Laura no contó a nadie lo de su violación. Se despertó al amanecer, unas horas antes de que se abriera la peluquería, con el cuerpo helado y dolorido, entumecido y mojado, tras haber pasado una noche oscura de pesadillas, enferma, tirada, revoliéndose en el suelo. A duras penas arregló las cosas, cerró la puerta, la verja, se montó en un taxi y llegó a casa. Se duchó como si su cuerpo estuviese sediento de agua y jabón, puso la pera en la modalidad de chorro único y se la enchufó en la vagina, a toda presión, con agua helada, era un sistema que ella había utilizado más de una vez para no quedarse embarazada, la cosa parecía que funcionaba muy bien, dejaba que se inundase la vagina de agua, retiraba la manguera y la cavidad expulsaba energicamente el contenido y así se repetía varias veces la operación hasta que no quedase ni rastro de flujos, sólo restos de agua. Pero esta vez no padecía esta friega con el objeto de no embarazarse, tomaba la píldora y de cualquier modo había pasado demasiado tiempo para que el invento pudiera funcionar, pues los espermatozoides circulan ajenos a cualquier consideración (por no pensar siquiera en el riesgo de coger el sida, que el muy canalla ni se había molestado en ponerse un preservativo). Lo hacía por pura repugnancia, una repugnancia que viajaba por el mismo conducto desde su cuerpo hasta su alma. Se metió jabón líquido dentro, la excoiación latía de dolor, daba igual, había que limpiar, se vació el bote entero dentro de la vagina, más otro de champú. Su sexo había dejado de existir, estaba medio congelado, medio disecado. Se secó bien, se impregnó el cuerpo y el pelo de colonia, tiró la ropa a la basura y se metió en la cama.

Tres días habían transcurrido cuando Mimí recibió una llamada. Era un tal Armando que se identificó como uno de los que estaban en el estudio donde se había realizado la prueba.

—Buenos días, ¿está Mimí por favor?.

—Sí soy yo, ¿quien eres?

—Soy Armando, que estaba en el estudio el otro día, cuando hacíamos el casting de las coristas, yo era el que iba con camisa de cuadros y coleta.

—Que estás un poco calvo...

—En fin...

—Ah, sí, hola, ¡qué tal!

—Nos gustaste mucho, a ver cuando podemos quedar.

—¿Sí, de verdad? Cuando tú quieras, mañana mismo.

—Te invito a cenar esta noche, ¿te gusta la comida vegetariana?

—Claro, me encanta.

—¿Te parece bien a las diez en el vegetariano de la calle Esquilache?

—Me parece estupendo, allí estaré puntual.

—Muy bien, hasta luego.

Mimí colgó el teléfono cerrando los puños sobre sus mejillas y soltando grititos de emoción, la habían llamado y encima la invitaban a cenar.

Mimí hojeaba una revista de hierbas aromáticas en la planta superior del restaurante, había llegado con diez minutos de antelación, Angélica Arcangélica, una planta perenne ideal para prepararse baños purificantes o para hacer un pot-pourri celestial, a las abejas les encantan sus flores y es muy estimulante, leía Mimí con atención imaginado las hojas con forma de alas. Una presencia que se dirigía hacia ella le hizo girar la cabeza y sonreír, era Armando que ya la había reconocido y que caminaba hacia ella con las manos escondidas en los bolsillos flácidos de su pantalón vaquero, que dejaban sospechar unos muslillos de pollo esmirriado. La coleta estaba escondida detrás de una frente que llegaba hasta la goma que la sujetaba.

—Hola, le dijo mientras le propinaba dos besos en las mejillas, perdona por el retraso.

—No te preocupes, de verdad, estaba aquí de lo más entretenida, mira me he comprado un libro de recetas vegetarianas.

—¿Te gusta cocinar?

—Si, me encanta, y dicen que no lo hago mal, me encanta descubrir nuevos sabores, texturas...

—Yo también cocino muy bien, hago la mejor lasaña de Madrid.

—Mmm... qué rica, me encanta la lasaña.

—Cuando quieras te hago una.

Mimí era toda sonrisas y gratitud. Era la primera vez que tenía una cena de negocios o algo parecido, la habían llamado porque seguramente estaría seleccionada para la gira mundial, aunque qué tristeza dejar a Laura sola por esa temporada, igual se la podría llevar, ya vería como hacerlo.

Armando la adulaba y la abría a grandes promesas, cenaron muy bien y luego la invitó a tomar una copa a un bar con sofás de plástico imitando cuero. La cogió de la mano y le dijo, Voy a hacer de ti una gran estrella. Estiró de su brazo hacia él y le plantó un beso en la boca. Su aliento olía a halitosis pero Mimí estaba emocionada de que se hubiera fijado en ella y de que le brindara la posibilidad de triunfar, como él decía, Te voy a hacer famosa Mimí, tengo muchos contactos, tú vales para esto, nada de corista, tú, solista, vamos a grabar un disco, vas a triunfar, vas a ver, tú confía en mi.

Mimí insistió en pagar las copas y se fue a casa con los ojos deslumbrados en un futuro lleno de estrellas.

Al día siguiente Armando la invitó a cenar lasaña en su casa.

Laura llevaba unos días que no paraba de beber y de fumar.

—Laura, me parece bien que te emborraches cuando vas de marcha pero así en casa, no sé, no creo que sea bueno, estás todo el día tirada medio borracha.

—Tú métete en tus asuntos y deja que los demás vivamos como nos dé la gana.

—Dame el vaso.

—¡Que me dejes en paz, coño!

—Laura, te encuentro muy rara, qué te pasa, yo creo que no estas feliz con tu trabajo, escucha, lo vas a poder dejar dentro de poco, que a mi me está yendo muy bien.

—Y a mi que coño me importa.

—Voy a grabar un disco con una gente muy fuerte y voy a tener mucho dinero y tu te vas a venir a trabajar conmigo, ya veremos qué puedes hacer que te guste y que te forres.

Laura mira con cara de escéptica.

—Va en serio, esta noche he vuelto a quedar con un jefe de la compañía discográfica para organizar todo.

—Que haya suerte, colega. Laura cogió la botella de tequila y se encerró en su cuarto.

Mimí estuvo toda la tarde seleccionando letras de canciones escritas por ella, escuchando una emisora de radio dedicada a baladas hispanas, sublimando repentinamente esas melodías y cocinando una tarta de mousse de frambuesas con chocolate blanco. Aun así llegó a la cita puntual, Armando tenía ya preparada una mesa con velas y una botella de vino. La casa olía a incienso.

Armando echó un vistazo a las letras, Me parecen fabulosas, mañana mismo llamo al compositor para que empiece a trabajar con ellas. Cenaron la lasaña y la tarta, y vino, y un digestivo, y una copa. Se pusieron a bailar juntos una lenta, Armando le daba besos por el cuello, era agradable, Mimí estaba bastante mareada. La llevó a la habitación y comenzó a desvestirla. Mimí sentía pudor, no sabía muy bien lo que estaba pasando. Me gustas mucho, decía él. Armando, lo siento, me voy a ir, es que no me encuentro muy bien. Creo que me estoy enamorando de ti, se apresuró él a contestar, eres preciosa. Fueron las palabras justas, Mimí se entregó a sus besos, a su cuerpo. El se puso un preservativo, a Mimí le pareció ser penetrada pero todo sucedió tan rápido y tan borroso que no llegó a estar completamente segura.

Mimí llegó esa misma noche a su casa transportada por un taxi, Armando le había dicho que si quería se podía quedar a dormir pero que tenía que madrugar bastante ya que la señora de la limpieza llegaría a primera hora de la mañana. Mimí se encontraba extraña, mareada, pero estaba feliz. Esa noche soñó con un ángel que se posaba en su hombro y le cantaba al oído canciones de amor.

Pasaron unos días, estaba eufórica escuchando temas de Mecano, de Presuntos Implicados, de Alejandro Sanz. Laura no podía soportar esa música y le pidió que se comprase unos cascos, no podía comprender cómo de repente había variado tanto su gusto musical. Es que mi novio dice que las letras de Alejandro Sanz son muy buenas, comentaba a Laura. A mí lo que diga el jefe de tu novio me importa un bledo, o apagas eso o me dedico a entrenar kung-fu con el equipo, contestaba ella. Pasaron esos días eufóricos y Armando no la llamaba. Es que tiene muchísimo trabajo, se decía para ella, seguro que está preparando todo para darme una sorpresa. Un día recibió una llamada.

—La llamamos para agradecerle su colaboración y para comunicarle que lamentablemente no ha sido seleccionada en el casting, pero que conservamos su teléfono

para cualquier otra oportunidad.

—¿Cualquier otra oportunidad? Se puede poner Armando por favor.

—¿Qué Armando?

—Armando, el director de la compañía.

—Creo que está usted confundida, señorita, el director de la compañía se llama Don Carlos Mundet.

—No puede ser, igual es que hay varios directores, yo digo uno un poco calvo con coleta, que se llama Armando y que estaba el otro día en el casting.

—¡Ah, sí!, usted se refiere a Armando López, el chico del sonido, no, lo siento, él viene por aquí solo de vez en cuando.

Mimí colgó el teléfono alucinada, más bien el teléfono la colgó a ella, se quedó sin fuerzas, Armando la había engañado, no era más que el técnico de sonido. Pero en unos momentos se repuso, igual tenía otra compañía y ella le estaba mal interpretando, no tenía el teléfono de su casa. Esperó a que llegara Laura, le preparó unos sushis de atún y una ensalada de aguacate con queso fresco y anchoas.

—Te voy a contar lo que me ha pasado hoy, a ver tú que opinas. Me han llamado de la compañía discográfica diciendome que no estoy seleccionada y que Armando no es el director, que es el técnico de sonido.

Laura choca su copa de vino con la de Mimí,

—¡Bienvenida al mundo real!

—No, pero el caso es que no sé si Armando se refería a otra compañía o qué.

—Mimí, tía, te la ha jugado. Porque no le llamas y se lo cuentas, a ver cómo reacciona, bueno o más que contárselo, le dices que es un cabrón y que se vaya a torear a su puta madre.

—Pero ¿y todos los planes que teníamos de montar el grupo? y ni siquiera me ha llamado desde la otra noche.

—Ya irás conociendo a los hombres, en cuanto te ha follado ha pasado olímpicamente de ti y todo lo demás es un cuento para llevarte a la cama y ya de paso para creerse alguien durante un rato.

—Es que me cuesta admitirlo, ¡si dijo que estaba enamorado de mí!

—Si hubiera estado enamorado de ti ya te habría llamado, creo yo, ¿no? Además la gente no se enamora en un día y si es así, al menos no lo dice a la primera de cambio. Venga, no llores, no seas tonta, come un poco.

Mimí no volvió a saber nada ni del tal Armando ni de sus lustrosos proyectos. Engordó unos kilos, se pasaba las horas muertas tirada en la cama viendo la televi-

sión y comiendo galletas. Quería viajar pero no tenía dinero, le dio por imaginarse que recorría el mundo en globo, nadie la molestaría y sería la mejor manera de adelgazar, iría allá donde el viento la llevara tejiendo una infinita manta para anunciarse, una manta que repitiera, soy Mimí, recorro el mundo por los aires en busca de alguien que me quiera. Y así seguía tirada en la cama, ensoñando y engordando, los días pasaban.

Laura llegó a casa con una tanda de periódicos que tiró sobre la mesa de la cocina con ostentoso ruido, A ver si encuentras trabajo. Mimí preparaba una receta del libro vegetariano, un arroz con hongos, le hubiese apetecido hacer también unas vieiras al oporto en manta de algas fritas pero el presupuesto no daba para tanto. Después de comer Mimí se quedó sola en la cocina estudiando las secciones de anuncios de trabajo. Hizo círculos en varios, Se necesita chica con experiencia en cuidar ancianos, Comercial con buena presencia se precisa para empresa de materiales electrónicos, Se precisa vendedor a comisión para editorial puntera, hasta que llegó al siguiente anuncio, Necesitamos una señorita de dieciocho a veinticinco años con voz bonita. Buena retribución. No se necesita graduado escolar. Interesadas preguntar por la señorita Adelaida. Mimí hizo triple círculo alrededor del anuncio llegando incluso a romper el papel y se dispuso a llamar inmediatamente al teléfono. Su corazón latía fuerte cuando una suave voz preguntó,

—Dígame...

—Buenas tardes, llamaba por lo del anuncio, ¿podría hablar con la señorita Adelaida, por favor?

—Sí, bienvenida, soy yo, ya veo que tienes una bonita voz, ¿cuantos años tienes?

—Veintiuno.

—¿Y tienes algún estudio?

—Sí, soy cantante.

—¿Famosa?

—Bueno, la verdad es que delante de mi espejo sí.

—¿Vives sola o con tu familia o con tu marido?

—Vivo con una amiga.

—Muy bien, ¿te podrías pasar por aquí mañana a las cinco de la tarde?

—Cómo no.

—¿Cómo has dicho que te llamas?

—Mimí.

—Buen nombre, bien Mimí, hasta mañana.

—Hasta mañana y muchas gracias.

Cuando llegó Laura Mimí daba saltitos de alegría.

—Mañana tengo una cita de trabajo, ¡qué contenta estoy!, necesitaban a una chica con voz bonita y he pasado la prueba telefónica.

—¡Qué fenomenal!, enhorabuena, ¿y de qué es el curro?

—De telefonista, pero dicen que pagan bien.

—Y la empresa, de qué va.

—Ah, pues no sé, no se me ha ocurrido preguntarlo, mañana lo veré.

—Pues tenías que haberlo preguntado, tienes que tener cuidado de donde te metes, hay mucho estafador por ahí suelto. Si es algo de venta directa de enciclopedias sal corriendo. Bueno, me voy a cambiar, esta noche ceno con Diego.

Mimí caminaba por la calle Félix Boix en busca del portal. Era una casa con portero automático, cuarto piso con ascensor, en la puerta de entrada no había ninguna placa que anunciase la empresa, sólo una mirilla. Una señora bien parecida le abrió la puerta y la saludó llamándola por su nombre. Bienvenida Mimí, pasa por aquí. El aire olía fuerte, a mezcla de perfumes, la sentó en una salita, le ofreció algo de beber y le comenzó a explicar el trabajo.

—Mimí, ante todo quiero que sepas que estás en un lugar seguro, con gente muy amable que va a hacer todo lo posible para que tu estés a gusto. Lo único que tienes que hacer es atender el teléfono. Te voy a presentar a una compañera que está ahora desocupada. ¡Tamara! gritó. En unos segundos aparecía por la puerta una señorita con melena castaña bien ondulada por lo que deberían ser rulos gordos, con un vestido negro de encajes que más bien parecía un camisón o un picardías, y unas piernas

interminables rematadas por unas sandalias con plataforma en planta y tacón de aguja de unos quince centímetros que se clavaban en el suelo con la misma persistencia que en sensibilidades ajenas. Era muy atractiva, permaneció por un instante posando en el quicio de la puerta, con mirada falsamente indolente, labios perfilados y brillantes, absorbiendo para ella sola la escasa luz de la sala, Tamara, te quería presentar a Mimí, nuestra nueva diva del teléfono. Tamara se dirigió hacia Mimí con el caminar de la sustancia femenina, una finísima piedra brillante acomodada en el surco de su cuello lanzaba destellos como espadas galácticas que anonadaban la razón de Mimí para albergarse en el lugar donde permanecen las sensaciones, un nido de espadas galácticas. La venus se acercó a ella, le dio un beso de mejilla, y a cámara lenta le sacudió la cara con un mechón ondulado que olía a esencias orientales y posó de nuevo, lentamente, su otra mejilla.

—Encantada de conocerte, Mimí.

Mimí respondió con una sonrisa que se adelantaba a sus pensamientos.

—Tamara, por favor, puedes hacer a Mimí una demostración de cómo tiene que contestar las llamadas.

—Cómo no, Mimí, ¿serías tan amable de acompañarme?

Mimí se levantó como un autómatas y siguió el halo de Tamara hasta una cocina bastante siniestra con una mesa redonda y un teléfono encima .

—Van a llamar preguntando por varios nombres de chicas, Vanesa, Rosita, Paola, Tamara que soy yo. Tu tienes que contestar como si fueras ellas.

—Perdona, te puedo interrumpir un momento, no te lo tomes a mal, no pasa nada, pero... ¿esto es una casa de putas?

Tamara se rió fuertemente, Claro preciosa, un burdel de señoritas de compañía, o mejor dicho, una guardería de hombres, qué pensabas si no que era esto. Pero tú tranquila que lo único que tienes que hacer es atender el teléfono y si alguna de nosotras está libre también lo atenderemos, no te preocupes que este lugar es muy seguro, aquí no viene cualquiera, seleccionamos mucho a nuestros clientes y además está Angel, que es nuestro ángel de la guarda, ahora en cuanto salga del baño te lo presento. ¡ Ah! mira aquí sale. Angel abría despistado, como si todavía estuviera dentro, una puertecita dibujada en un lateral de la cocina.

—Angel, te presento a Mimí, que nos va a ayudar con las llamadas. Angel cargaba con una cara bien ancha horadada por valles y montañas, como si se hubiera apuntado a la moda de injertarse abalorios dentro del tejido subcutáneo formando tatuajes tridimensionales, le extendió la mano, robusta. En ese instante suena el teléfono.

Escucha bien, que esto va a ser una demostración práctica. Tamara cruzó un muslo sobre el otro, se encendió rápidamente un cigarrillo y puso el teléfono en la modalidad de escucha sin manos.

—Holaaa, suspiró mientras aspiraba una larga calada.

—Hola, ¿podría hablar con Vanesa por favor?

—Si, soy yo encanto, te gustaría conocerme...

—Si eres tan ardiente como dice el anuncio...

—Y más, te puedo hacer pasar un rato inolvidable, tú y yo solos.

—¿Vives sola?

—Con una amiga, pero no hay problema.

—Cuando te puedo ver.

—De cuatro de la tarde a once de la noche, cuando tú quieras mi amor.

—¿Puedo ir hoy a las siete?

—Cómo no, ¿cómo te llamas?

—Raul.

—Raul, cariño, entonces te espero seguro a las siete, me arreglaré para ti como digo en mi anuncio, sin braguitas y con ligueros.

—Perfecto. ¿Cual es la dirección?

—Félix Boix esquina con Padre Damián. No me falles mi amor, que ya estoy ardiendo por conocerte.

—Allí estaré, hasta luego.

—Hasta pronto, cariño.

Mimí estaba perpleja.

—Ves, éste es un caso de cliente nuevo, da igual por quien pregunten, tú contestas por todas como si fuese la casa particular de la chica a la que llaman. Sólo te tienes que saber las características de cada una y lo que se dice en el anuncio y claro, poner voz sensual...

—Lo siento Tamara pero me veo incapaz de hablar así, tú lo haces fenomenal y yo, francamente, no tengo ni idea.

—No te preocupes, es normal, yo no creas que llevo tanto tiempo en esto y mira lo rápido que he aprendido.

—Ya, pero forma parte de tu trabajo y yo tendría que ser actriz para poderlo hacer.

—No te preocupes, que al principio tendrás una chuleta, y nos escucharás muchas veces hasta que lo sepas hacer bien, si es facilísimo, a ver vamos a hacer una prueba,

yo hago de hombre que llama y tú de chica que está en su casa esperando a que suene el teléfono para quedar con él.

—Hola, ¿eres Rosita? Tú ya sabes que Rosita es la que hace de chica de dieciocho años, estudiante de secretariado internacional y que cobra veinte mil la sesión. A ver, responde con voz dulce, bueno con la que tienes, pero un poco más modulada, como si susurraras, venga que no te dé vergüenza que seguro que lo haces fenomenal.

—Sí, soy yo...

—Muy bien, ahora él te pregunta, por ejemplo, ¿Cómo vas vestida?, y tú te vas a tu chuleta de Rosita y le contestas lo que pone aquí, léelo con gracia.

—Llevo una faldita de cuadros, con un tanguita blanco debajo y estoy solita y humedita esperándote a ti. ¿Qué tal lo he hecho? Me siento como la gata de mi abuela cuando se ponía en celo.

—Muy bien, lo has hecho genial, ves cómo no es tan difícil. Luego cuando te pregunte la hora para quedar, te vas al calendario de horas disponibles y le dices la que haya libre para Rosita.

Angel permanecía de pie con los brazos cruzados, la señora que la había atendido al principio entraba erguida a la cocina acompañada por otra chica.

—Esta es Rosita, Rosita, Mimí.

Rosita tenía aspecto de cualquier cosa menos de colegiala, era rubia platino y con la cara vulgarizada de tantos polvos enajenados. Pero bueno, parecía simpática.

—¿Qué tal Mimí, qué te ha parecido la primera lección?

—Lo ha hecho de maravilla, se adelantó a opinar Tamara.

—Muy bien. Toma veinte mil pesetas de adelanto, te esperamos mañana a las cuatro. Cógelas por favor, no me hagas ese feo, ¿te parece bien ganar ciento cincuenta mil al mes?

—Sí, sí, perfecto, pero de verdad...

—Venga, no hablemos más de eso, aquí te vamos a tratar como a una reina. Te esperamos mañana.

Mimí se despidió de todos, la acompañó Tamara hasta la puerta y le dijo amablemente apretando su mano, No nos falles, por favor, hasta mañana.

Mimí bajó el ascensor con el vértigo de lo inesperado, qué hacer, se preguntaba, parece buena gente y no voy a ser tan racista de menospreciar un trabajo porque haya putas, son personas como cualquier otra, bueno, mucho mejores que muchas otras, que toda esa fauna de burócratas y estafadores, al menos estas entregan lo mejor que tienen... Se montó en un autobús y recorrió toda la Castellana hasta su casa. Los edi-

ficios parecían un decorado, las personas parecían actores, actores de una vida cotidiana que sólo en su apariencia era normal, el autobús para, recoge a más actores que presentan su bono, se sientan y comienzan a cuchichear, todos hablan de ella, no alcanza a escuchar lo que dicen pero la miran de reojo, no cesan de cuchichear. Se baja en la siguiente parada, y con el dinero del adelanto, para un taxi y se mete dentro. El taxista iba como un loco por el carril especial, el vértigo de la velocidad se mezcló con el suyo propio y tomó la decisión, haría el trabajo.

Poco antes de llegar a la casa, Mimí dijo al taxista, Por favor dé la vuelta que quiero ir a la calle Fuencarral. El taxista gruñó, no entendió muy bien porqué, si el taxímetro no perdonaba. Llegó a la calle, Mimí pagó al taxista, le dió una buena propina y se metió en el centro comercial tipo londinense. Allí pinchaban en directo el house de Daft Punk, vivas energías electrizaron su cuerpo. Se paseó por todos los puestos, entreteniéndose con cualquier cosa. En uno de ellos compró un regalo para Laura, una camiseta naranja con un limón saturniano de anillos. También le compró una falda negra con estampaciones de amapolas rojas y un encaje en el reborde y ya de paso se hizo con otra para ella, parecida a la anterior pero con flores azules más pequeñas. Ahora estaban pinchando el hip hop de los Fugees y un tema del compacto rapero titulado 3 Feet High & Rising de De La Soul, pioneros en robar pedacitos de melodías de otros compositores. En otro puesto se compró un esmalte de uñas azul y otro morado. Luego paseó hasta Madrid Comic donde cotilleó todo tipo de revistas y tebeos, los había para todos los gustos y tendencias, desde el clásico Mortadelo y Filemón hasta revistas de cultura satánica-apocalíptica-freak, pasando por los héroes guerreros y el sexo en viñetas. Al final depositó un paquete de revistas en el mostrador de la caja, todas perfectamente apiladas, como formando una sola y con la vana intención de que así pareciera, encabezadas por un Jueves, y no por pagar menos sino porque al ir las separando el dependiente, le dio la sensación de que este descubriría algo parecido a un diario privado, él sabría el contenido de Clara de Noche, del recopilatorio de Milo Manara, de la revista de manga hentai con un cedero de regalo, de la de cultura club y dance y del Wallpaper. Pagó estoicamente las casi cinco mil pesetas y el dependiente le dio las gracias pensando sólo en el billete.

Cuando llegó a casa Alicia estaba en la puerta esperando a que alguien la abriera.

—¡Vaya Mimí! menos mal que has llegado, ya me iba a ir.

—Qué tal Alicia, he estado de compras. Mimí abrió la puerta y las dos pasaron a la casa.

—A ver qué has comprado.

Mimí le enseñó las nuevas adquisiciones.

—Cómo mola la camiseta tía, me encanta.

—Te la regalo.

—No tía, que no hace falta.

—Que si, que te la quiero regalar, ya me compraré yo otra, a ver, pruébatela.  
Te queda genial.

—Muchas gracias, un beso, me mola cantidad. Mira yo había traído unas bolitas que tenía por casa para hacernos unos collares.

—Ah, qué guay, ¿y te has traído hilo?

—No, se me ha olvidado.

—Voy a ver si tengo yo por aqui. ¿Quieres que nos hagamos un té, o un cubata?

—Vale, guay, un cubata mejor, pero suavito, si quieres ya lo preparo yo.

—Bueno, yo voy a buscar el hilo.

—Jo tía, me mola cantidad la cortina que te has montado para la cocina, ¿no te dan ganas de comerte las gominolas?

—Alguna vez he atacado a alguna, no te creas, pero ya deben estar resacas. ¿Ves todos esos huequecitos? Eran ositos de fresa, mi predilección.

Mimí se fue al trastero que todavía estaba lleno de telas y de hilos, rebuscó por todas partes y acumuló una serie de ovillos.

—Mira, tengo este hilo de cáñamo que mola mogollón para hacer collares.

Alicia ya había preparado los cubatas, se sentaron en la mesa de la cocina y derramaron ahí las bolitas.

—Hoy he tenido una entrevista de trabajo, de telefonista en un puticlub, ha sido divertidísimo, poniendo voz de puta, así, mira, Holaaa..., qué tal, te gustaría conocerme... Mimí imitaba a la chica que cruzaba las piernas y fumaba largas caladas, las dos se reían.

—Qué guay, tía, ¿y te han contratado?

—Pues claro, ciento cincuenta mil al mes, ¿no está mal no?

—¡Está de puta madre!

—Y todos me tratan como a la niña bonita, con mucho respeto.

—A ver si van a querer que te metas en las habitaciones...

—Qué va, tía, tienen claro que yo no tengo nada que ver con ese rollo, no hay más que verme, aqui más sola que una lagartija de pared, yo me quedo escondida en la cocina atendiendo el teléfono y ya está, y si veo algo raro me piro y se acabó.

Pasaron la tarde haciendo collares y escuchando el compacto Protection de Massive Attack, el Dummy de Portishead, el primer volumen de Café del Mar, el Bossa

Nova de los Pixies y el compacto Come From Heaven, de Alpha, un descubrimiento de lo más amable.

Por la noche llegó Laura, Mimí le regaló la falda, que era lo que le quedaba de las compras, y una gargantilla de bolitas naranjas y redondeles de plásticos iridiscentes-que acababa de hacer.

—Ya tengo curro.

—¿Curro de qué? preguntó Laura.

—Lo del anuncio de telefonista.

—Ah, es verdad se me había olvidado, y qué tal, ¿te han cogido?

—Sí tía, ciento cincuenta mil pelas al mes, siete horas de trabajo al día.

—¡De puta madre!, ¿y qué tienes que hacer?

—Es un puticlub y yo tengo que contestar como si fuera las chicas, es super divertido.

—Pero qué coño super divertido, tú estas loca o qué, meterte en un puticlub, a ti te falta un tornillo, eso puede ser super peligroso.

—Porqué, porque son putas, o qué, ¿acaso tú no follas?

—Mira, me estás poniendo de los nervios, no tiene nada que ver una cosa con la otra.

—Pero si sólo es atender el teléfono en una cocina, los clientes no tienen que saber que yo existo y todos allí son de lo más agradable, lo que pasa es que eres una racista, mira, a Alicia le ha parecido de puta madre y tú estás ahí con remilgos de conservadora, yo no veo nada malo, es un trabajo como cualquier otro.

—Bueno, ya eres mayorcita, tú sabrás lo que haces. Laura desapareció hacia el cuarto de baño.

—Joder, yo lo veo normal, cómo se ha puesto.

Tamara despedía a un cliente en la puerta y Mimí charlaba con Vanesa mientras que esta bordaba un mantelito, pues de cocinas para dentro Vanesa se transformaba en una clásica ama de casa, bordando y charlando de los temas más familiares como la discusión matutina de dos vecinos, o lo bien que le había quedado el gazpacho o lo caro que le había costado el veterinario del gatito que rescató de la calle.

Era viernes por la noche, un viernes de luna llena al filo de un comienzo de verano, cuando todos se echan a sentir la calle, cuando el aire huele a humedad de pisci-

nas y césped cortado, cuando Mimí se asomó a la ventana del patio de luces de la cocina del cuarto piso de la calle Félix Boix y una sábana blanca de luna se quedó suavemente estampada en su cara, un largo instante de olor a flores usadas, a flores del mal, para luego huir en un corto desplante de insolentes restallidos.

Mimí permaneció recostada en el alféizar de la ventana, un murmullo sonámbulo de voces discurriendo tras de ella.

—Mimí, que no me escuchas, que te digo que ya nos podemos ir, son las once menos cuarto y no esperamos a nadie más.

—Ah, sí, perdona, es que hace una noche estupenda.

Mimí recogió su revista y su tabaco y bajó con las chicas. Fue a la parada del autobús y se metió en el primero que llegó, sin mirar la ruta, era uno de estos autobuses desubicados en un viernes por la noche, debería ser ley que en esas noches se transformaran en deportivos descapotables, pero bueno, ahí estaban como útiles fantasmas, ajenos a las emociones de la fiesta, discurriendo con su ritmo monótono, sonámbulo de inercia.

Por suerte el autobús giró hacia la Castellana, llegó hasta Colón donde Mimi se apeó y desde allí se dirigió a TecnoHair, a Laura todavía le quedaría un rato para terminar.

Por el camino entró en una cafetería y compró una bandejita de medias noches rellenas de jamón y queso.

Llegó la peluquería con su bandejita y ofreció medias noches a todo el mundo, clientes incluidos.

—Qué milagro verte chata, ya te va haciendo falta un buen corte de pelo, comentó Julius.

—Es que he estado secuestrada por un príncipe árabe...

—¡Ay! pues ya me podías haber llevado contigo.

—No sé yo si te hubiera gustado estar entre tanta concubina...

—Uy, me lo hubiera pasado bomba con los eunucos y con las telas y las fuentes, y con las chicas también, pintándolas, vistiéndolas, cotilleando las virtudes de nuestro amo y señor...un paraíso, nena, lo malo es que a mí no me secuestran ni los de la E.T.A. Julius terminaba de preparar una pasta amoniacada y se disponía a aplicarla en unos mechones de pelo.

—¿Hay algún plan para esta noche?, preguntó Mimí a Laura que estaba en plena faena con una neopunk.

—Nos han invitado a una fiesta en casa de unos amigos de Jay y Caco.

—¿No nos va a dar tiempo de pasar por casa a cambiarnos?

—Que va tía, mira la hora que es y todavía me queda más de una hora, pero vas bien. Si quieres te pintas un poco mientras yo termino, mira, en ese cajón hay de todo.

Mimí se acicaló lo mejor que pudo y luego se dispuso a hurgar en Internet. Se metió en una pagina web de mangas, y luego en el programa de cambios de imagen diseñado para TecnoHair, esta vez era gratis, se vio a ella misma con el pelo largo pelirrojo, con el pelo corto plateado, con pelo naranja electrocutado, con pelo al uno tatuado, con un peinado maya enroscado en una serpiente, con una cabeza de floripondios y frutas, otro del tipo moño de gueisha, otro con mechones asimétricos enroscados en alambres, otro con una diadema de trenzas oaxaqueñas a lo Frida Kalho, toda una muestra de lo más étnica.

El programa también tenía la opción de diseñar el peinado que uno quisiera, siempre y cuando se fuese un poquito ágil con el ordenador. Mimí estaba de lo más entretenida. A intervalos de trabajo Laura le iba enseñando unos que había diseñado ella misma, en plan Blade Runner, electrocutados y con metales y plásticos fluorescentes. Están genial, decía Mimi con el corazón, podrías exponerlos como fotografías artísticas, así tal cual, igual cambiando un poco los fondos... Laura se quedó mascando la idea, era verdad, un pequeño giro en el concepto de la idea y aquel muestrario de cabezas imposibles se transformaría en la obra de una artista de connotaciones ciberpunk. Le añadiría sensores digitales que cumpliesen funciones de antenas, como las de los animales (servirían, por ejemplo, para detectar intrusos con malas intenciones... o la calidad de un agua, o la profundidad de un espacio), luces, sonidos, incluso podría transformar el código morfológico de la propia cabeza infundiéndole la capacidad de transformarse en función de la necesidad. No era mala la idea... Le recordó subitamente a la inefable Orlan.

—¿Conoces a una artista francesa que hace unas performances super heavys que se llama Orlan? preguntó Laura.

—Yo no, contestó Mimi.

—Claro que la conozco, apostilló Julius, es una loca que se somete públicamente a operaciones quirúrgicas tipo abortos o escarificaciones o cambios de cara siguiendo el canon estético del Renacimiento, frente de la Gioconda, ojos de la Psique de Gérôme, barbilla de la Venus de Botticelli... es fabulosa, loquísima...

—Sabías que su última idea es aplastarse la frente al estilo maya... pero parece que todavía no ha encontrado patrocinador que pague todo el montaje, la operación qui-

rúrgica, los médicos, las cámaras, a ella...

—A mí lo que me fascina es el montaje, con ese doctor tan guapo vestido de Courèges...

—Me parece una tipa genial... continúa Laura, es como una métafora viva del posthumanismo ciborgiano, como un auténtico morphing, ya no virtual, sino real.

—Ay, hija, qué quieres que te diga, para mí como que se pasa un poquito...qué horror, yo sólo he visto fotos y me dio una lipotimia...

—Al menos tiene buen gusto en la elección estética, comenta Mimi, porque esto me recuerda a las viciosas de las siliconas y estiramientos varios que tienen como modelo a la muñeca Barbi...

Jay y Caco ya habían llegado a la fiesta y Diego y también Juanjo y Alicia y otro amigo que era músico y que a veces tocaba en el grupo. La casa era de un negro cubano con el pelo por la cintura a lo rasta, una melena exuberante que abarcaba toda su fisonomía, y unas gafas enormes de pasta blanca tipo años sesenta que parecían dos linternas en la oscuridad de su cara. Era un bajo por la zona de Tetuán, una especie de garaje o antiguo almacén, y el dueño, el de la melena milenaria sin cortar y sin peinar, era fotógrafo, por lo visto muy bueno, estaba exponiendo en el Reina Sofía. La fiesta era de lo más mundana y heterogénea, había desde editores con gafas redondas de concha, hasta directores de museo en chaqueta y corbata, galeristas, ciberpunks, drags, neotecnos, borrachines colgados en los años setenta y arribistas desubicados. En un rincón caían del techo dos cuerdas de enea unidas en su extremo inferior por una tabla, ahí se columpiaba indolentemente una trapecista vestida de pájaro del paraíso, con una máscara veneciana de nariz picuda y plumas verdes, un mallot plumado y unos guantes interminables que parecían alas acariciando el aire al ritmo atemporal del vaivén del columpio. Los sofás eran bañeras antiguas cortadas por la mitad a lo ancho con cojines tapizados de cebra y terciopelos rojos y la cocina estaba empapelada de un plástico brillante con ondas psicodélicas de colores que se confundían con los peces tropicales que nadaban mareados en una pecera gigante con fondo submarino de conchas, corales, tuercas y otros abalorios.

El garaje estaba iluminado por velas gruesas de suelo y otras de candelabros y por unos neones rojos y amarillos de estilo Flavin y el aire olía a hojas de cáñamo y a puros habaneros, una mezcla muy perturbadora. La gente se servía una ensalada que

ocupaba un cuenco de piedra rectangular de unos noventa centímetros de largo, que en otros tiempos habría servido de abrevadero de animales, era incomprendible que no se derrumbara la mesa, apoyada contra la pared y confeccionada por unos simples caballetes de madera y una tabla cubierta por un mantel mejicano de color naranja intenso bordado con formas de animales rojos. La ensalada era de pétalos de rosa, carne de víbora de Cazorla, nueces, almendras, piñones, aceite de oliva virgen, eneldo y cebollino, muy sofisticada, aunque la serpiente más bien sabía a culebra de pantano y su textura era como de bacalao, bacalao rancio. Laura estaba de pie masticando dudosamente el primer bocado cuando un señor de traje de Armani le comentó graciosamente que la ensalada era de carne de serpiente, ella se contuvo unos segundos, enrojeció y escupió virulentamente toda la porción remasticada en sus pantalones. Inmediatamente apareció una señora cargada de plata que le dijo que si estaba loca, y Laura la empujó diciendole, Mire, rinoceronte de hojalata, gástese el dinero en una buena tintorería en vez de pasarse el día en el corte inglés. Ella se quedó boquiabierta echando espumarajos, agarró a su marido del brazo y se largaron de la fiesta.

Mimí permanecía abducida por la trapecista, se imaginaba en su lugar, bamboleándose por los aires, encogiendo y estirando caprichosamente las piernas, con gesto indolente y sensual, y Diego ya había rescatado a Laura llevándosela a un lugar menos concurrido donde estaban Alicia y Juanjo, Laura, es que no sabes quedarte tranquilita, Laura se apoderaba displicentemente del cojín del sofá y se tiraba con él al suelo, refunfuñando que ya se había bañado y que no quería sentarse en aquella bañera de pastín. Ya en el suelo estiró una pierna y, quizá sin querer, puso la zancadilla a un chico que llevaba un piercing puntiagudo en el bozo, este tropezó y cayó de bruces al suelo con tan mala suerte que el adorno se quedó clavado en la tarima y su cara rebotó y luego continuó arrastrándose un metro más allá. El labio lo tenía rajado, parecía el vizconde demediado de Italo Calvino, aquello no paraba de sangrar, como si se estuviese comiendo una de esas ampollas de efectos especiales para películas de terror barato. Hubo que llevarle al hospital y Laura y los demás decidieron que era hora de irse, pero no a casa, se apuntaron a la fiesta de unos conocidos que estaban en ésta y, ya de paso, tomaron prestadas unas botellas de la cocina, para la otra fiesta, que era de traje, es decir de traje una botella. Todos se fueron sin despedirse, con cuerpos y bolsos abultados, menos Jay y Caco que estuvieron saludando a mucha gente y que antes de marcharse se disculparon ante el dueño por la energúmena de amiga que habían traído. La verdad es que Jay y Caco hacían buena pareja, los dos músicos, uno con el pelo pincho platino, de piel bastante blanca y el otro mulato de

ojos verdes y pelo largo tirabuzoneado a lo rastafari. Y los dos delgaditos y de la misma altura, un metro setenta y cinco a lo mucho. Sí, la verdad es que hacían buena pareja.

El edificio era uno de estos funcionales de cuatro plantas por la zona de Lavapiés. De tres coches que habían salido en fila, sólo llegaron dos, uno de ellos se quedó tirado en la cuneta tras un control de alcoholemia, pero los nueve ocupantes del principio llegaron todos insanos y salvos, bromeando y riendo, apiñados en el coche y escupiendo los versos de rebelión de los explosivos e inefables Rage Against The Machine. Vista la escena desde fuera, más que coches parecían discotecas móviles o coches danzantes, como marionetas movidas por hilos invisibles desencajándose por la avenida.

El portal estaba abierto, menos mal, porque no tenían ni idea del piso, las escaleras parecían un nido de abejas, llenas de gente, qué raro. En la primera planta había dos puertas abiertas, en las dos había fiesta, echan un vistazo y siguen subiendo por la vorágine, en la segunda planta las dos puertas estaban abiertas y también con fiesta, qué increíble, en la tercera planta, igual, en la cuarta también con fiesta, suben otras escaleritas y llegan a una azotea llena de plantas y con unas vistas fabulosas, también con fiesta, era alucinante, como una película de Buñuel, nadie sabía cual era la casa de los conocidos así que decidieron escoger la mejor fiesta y al final se metieron en un apartamento que no estaba demasiado concurrido y soltaron las botellas en la mesa, se prepararon unas copas y Jay se puso a trabajar el equipo de sonido, había un chico tirado en un sofá, otros por el suelo fumando, otros de pie charlando, nadie se percató de ninguna diferencia hasta que el tipo de música varió. Jay localizó un compacto de Lenny Kravitz, el titulado Mama Said y todos comenzaron a bailar. Mimí se zarandeaba cerca de la puerta, con Alicia, y con uno de los que venían en el coche, la gente, cuando entraba a la casa la saludaba con cierta expresión de circunstancia, como si ella fuese la anfitriona y Juanjo se fue detrás de una chica menudita muy graciosa. A Caco le entró un chico rubio fortachón, con una camiseta blanca hiper ceñida y con bastante pluma, quien sabe lo que le estaría diciendo pero se reían bastante y Laura y Diego charlaban tirados en el suelo con otro de los que estaban en la fiesta anterior acerca de las anécdotas recién vividas.

La casa se llenó en poco tiempo, parece que los transeúntes de escalera la encontra-

ban divertida. Pero se llenó tanto que decidieron bajar a otra fiesta, no sin antes recuperar las botellas que todavía no se hubieran vaciado.

La nueva fiesta era más truculenta, en una esquina había un monitor de ordenador con un vídeo de snuff movie, de éstos con actores filipinos que van de falsete con las lesiones físicas pero no con el sexo duro. La música era bastante agresiva, del tipo rock apocalíptico, como un electroshock continuo, dieron unas vueltas por el entramado de sombras y reflejos, investigando por los rincones, curioseando como quien ve una instalación o una performance y, cuando ya no les quedaba más remedio que integrarse, decidieron irse de expedición a otro apartamento. Dieron con uno donde sonaba tecno progresivo, house, drum and bass, la gente estaba toda sonriente, alegre, amable, parecía un buen lugar. Escondieron las botellas en un rincón y comenzaron a bailar sin mayor preámbulo. Uno de los que venían con ellos, Eduardo, reconoció al dueño de la casa, por fin la encontraban, aunque tampoco habían demostrado demasiado interés por conseguirlo.

—Qué tal tronco, qué guay que hayáis venido.

—Esto está de puta madre tío, menuda movida de edificio.

—Nos hemos puesto todos de acuerdo, tronco, para que no haya movidas de vecinos.

—De puta madre tío, qué buen rollito hay, ¿no?

—Sí tío, tengo un pedito guay.

—Ya te veo, qué te has comido cabrón.

—Un 2C-B, tío, a pachas con mi novia, mola cantidad, el colega que está ahí, el de la camiseta negra, vende equis y Special K, a mil quini, tío, precio de super colega, yo creo que hasta pierde pasta pero está tan contento que quiere que todo el mundo esté como él.

—¿Y son buenas?

—De puta madre tío, no me ves...

El 2C-B lo sintetizó por primera vez Alexander Shulgin, en 1973 y se vende en farmacias. En dosis altas de más de treinta miligramos se convierte en un viaje de lo más sensitivo, una mezcla de MDMA (éxtasis) con LSD, y es ideal tomarlo en compañía afectuosa ya que potencia el deseo sexual. El Special K es un fármaco que se comercializa como Ketolar, una ketamina que proporciona una excursión psíquica profunda y una sensación de serenidad maravillosa, por lo visto muy aconsejable para los enfermos terminales. Son medicamentos de precio razonable pero como no es recomendable asaltar farmacias ni evidente hacerse un novio farmacéutico (suelen ser

muy feos, por cierto) hay que adquirirlos en el mercado negro con la consiguiente hinchazón de precio, pero bueno, visto desde otro ángulo, qué poco cuestan seis u ocho horas de felicidad, no sólo los enfermos clínicos tienen derecho a ella, pareciera que no se consideran las extrañas e insoportables patologías cotidianas de los demás...

Eduardo organizó al grupo de drogo-ilusionados, todos querían algo, algunos se lanzaron al 2C-B, otros al Special K. Mimí nunca había probado nada, aparte del paranoico viaje de LSD, que lo pasó fatal, no quería ni oír hablar del tema drogas.

—No seas tonta Mimí, le decía Alicia, tómate un equis, que todos sabemos de qué va y estás aquí, con todos nosotros.

—Quita, quita, que la otra vez también estaba acompañada, y mira qué mal me sentó.

—Sí pero el éxtasis no tiene nada que ver con el tripi, de verdad, es un rollo totalmente diferente, es como un super antidepresivo, de repente te sientes super cool, guapa, limpia, sonriente, en la onda, yo la primera vez que me lo tomé se lo recomendé a mi abuela, sí, te lo juro, la tía siempre está con rollos de mal humor y depresiones, pero la muy tonta me echó la bronca, con lo que se pone ella de mierdas de farmacia, yo creo que es más drogadicta que todos nosotros juntos.

—¿Y tienes alucinaciones como con el tripi?

—Qué va, tía, la única alucinación que tienes es que estás feliz, si es bueno claro, pero viendo la cara de la peña parece que por aquí circulan de los buenos ¡Laura! Dile a Mimí de qué va el equis.

—Buen rollo a tope, tía, vas a sentir la música como si te la estuvieras comiendo, imagínate... una super tarta hecha de melodías, toda para ti... Tomad uno para las dos.

—Bueno, me habéis convencido, has visto qué facilona soy...

—Vas a ver qué guay Mimí.

Se tragó cada una media pastillita blanca transportada por un whisky con coca-cola, a decir de algunos hay que tomarla con agua para que haga más efecto pero al cabo de unos quince minutos Mimí sintió como si se le subiese a la cabeza un torrente que pronto fue bajando por su cuerpo como lluvia de plumas que lo limpiaba de todo rastro mezquino. Qué gozada, la música se escuchaba tan clara como su voz, como su cuerpo, como su mente, una sonrisa se dibujó en su cara. Te ha subido ya, le preguntó Alicia con todo el cariño del mundo. Sí, esto es increíble, contestó con una sonrisa alargada al máximo. Tócate la piel vas a ver que suave está. Mimí acariciaba

la piel de su brazo, en la vida la había sentido tan aterciopelada, tan limpia. Bailaba como si ella fuese música, como si las notas saliesen de la clarividencia de su cuerpo, de la liviandad de su cuerpo, no existía gravedad, era algo fantástico, y, casi lo mejor, en su mente ya no quedaba rastro de duda, ni de culpabilidad, ni de pensamientos futuros o pasados, era la auténtica esencia de la felicidad.

Se acercó Laura que se había tomado un 2C-B mezclado con un éxtasis, bailaba sin parar, todos bailaban sin parar, aquello era un torbellino de baile jovial, regocijado, gozoso, jubiloso y cómplice, una especie de juego de parchís intergaláctico, la música ayudaba mucho a que así fuese, soltando guiños alegóricos y repetitivos, con mucho sentido del humor, repetitivos..., cuanto más se repite, más divertido, más se integra la gracia, como si ya formase parte de uno, como si se llegara a una catarsis a través del juego. La música daba para todos los gustos, no era plana, se componía de diversas capas, adagio, andante, allegro ma non troppo, molto allegro, era una sinfonía acorde a los sentimientos modernos, una música rica e inteligente, seguro que si Haydn o Mozart hubieran vivido en esta época estarían experimentando con este tipo de composiciones. Y las drogas servían para vivirla con mayor intensidad, al fin y al cabo todo nuestro cuerpo es una gran fábrica química, incluso en un común filete ingerimos una bonita muestra de hormonas y productos químicos de complicada digestión, (todo para que los ganaderos se enriquezcan engordando a las terneras a costa de nuestra salud cotidiana, y por no hablar del caso de las vacas locas o de la contaminación con dioxina de las grasas animales con las que se alimentan las aves de corral) o una simple dosis de quinientos miligramos de ácido salicílico nos evade de nuestra realidad, que puede ser un vulgar dolor de cabeza, las realidades son mutables como los huevos (que pueden presentarse fritos, revueltos, escalfados, cocidos o crudos).

Pero Laura se agarraba más de la cuenta al cuello de un indio de pelo liso por la cintura y Diego, en vez de exaltarse o simplemente irse, como hubiese hecho en otra ocasión, la tomó por el brazo y comenzó a besarla, ni por un asomo hubiese querido perderse esa oportunidad, la oportunidad de expresar impunemente sus deseos, amparado y exculpado por la alteración de la conciencia inducida por las drogas. El indio hizo un pequeño gesto de sorpresa y luego siguió bailando tan contento. Juanjo pululaba por toda la fiesta, quien lo conociese en estado normal no daría crédito, regalando besos, sonrisas y bailes por doquier, Alicia acertaba las distancias con su hermano Jay, nacido el mismo día y a la misma hora que ella y Caco se contorneaba frente a Mimí, imitaba a Jamiroquai, lo hacía genial, desencajándose como un insec-

to.

A las nueve de la mañana el panorama había cambiado un poco, la mayoría de los que quedaban parecían postes aceitosos tambaleándose, menos Mimí que todavía disfrutaba como fruta fresca el efecto del químico. En la cocina unos cuantos hambrientos arrasaban los restos de la nevera, Laura estaba tirada en la encimera como un pan, derribando todo lo que se le pusiese de por medio y Diego la amasaba elegantemente, mostrando su tatuaje de lagartos entrelazados, ya se iban todos, era mejor continuar en casa. Mimí se fue con Juanjo, con Alicia y con otros recién conocidos a un after hours por la zona de la calle Orense, allí había jovencitos recién levantados y duchaditos expresamente para la ocasión y otros, aunque se sintieran estupendamente, ostentaban un rostro demacrado. Siguieron bailando sin pausa.

Mimí llegó a casa a las dos de la tarde, no tenía nada de hambre, llevaba infinidad de horas sin parar pero milagrosamente se encontraba todavía en plena forma. Se fue a la cocina por un vaso de agua, todavía sonaban los acordes en sus oídos que se mezclaron con las quejambreras de actividad sexual que salían de la habitación de Laura, ellos también debían llevar unas cuantas horas en plena faena. Una caprichosa nube negra pasó rápida por encima de su cabeza, casi rozándole el pelo. Se fue a su cuarto, enchufó la televisión y se quedó viendo unos dibujos animados de los Simpson. Su cuerpo se movía por voluntad propia, subía una pierna y la bajaba, así repetidamente, lo mismo con los brazos, ahora la tijereta, ahora una asana de yoga, la del clavo, no tenía sueño, se encontraba ágil y adelgazada, al cabo de un rato se quedó súbitamente dormida.

Al día siguiente se reunieron todos por la noche en la casa de Jay y Caco para ver una proyección pirata de la nueva cinta de Tarantino, que todavía no estaba estrenada en España. La casa estaba por la zona de la plaza de la Paja, en un edificio antiguo remodelado. Era una única estancia de techos altos y suelo de madera. Por unas escaleras angostas se subía a un tapanco o altillo con barandilla desde donde se podía contemplar la parte inferior, allí tenían su cama de dos metros por dos que ocupaba casi todo el espacio y una televisión Bang & Olufsen de segunda mano. El salón no estaba presidido por nada, en una esquina un futón, enfrente una cocina americana y al lado una puerta que daba acceso al cuarto de baño. Debajo del tapanco se esparcía ante la vista una alineación de ordenador, sampler, equipos de sonido con platos, una guitarra, una batería, unas congas y unos bongos. Las paredes estaban todas pintadas del color de las jacarandas, azul violáceo claro, salvo la del dormitorio que era naranja, y recubiertas por cuadros conceptuales pintados por Jay y por unos cuantos libros,

era una casa pequeña, pero muy acogedora y con unos ventanales antiguos que daban al sur.

Jay había preparado una pasta con salsa de albahaca y piñones y la había puesto en una fuente con una montaña de platos al lado, para que se sirviera quien quisiera. La Bang & Olufsen estaba para la ocasión colocada en medio de la sala y conectada por cable con el ordenador. Todos esperaban a que llegase Diego con la grabación pirata descargada de una dirección clandestina de la Red.

Suena el timbre, Mosca, el perrito callejero que habían rescatado de una sarna y que estaba de lo más agradecido, comenzó a ladrar, era Diego que llegaba con Laura y con el cargamento digital, aparte de la cinta de Tarantino, traía la última de Amenabar, se ve que también algún español se había preocupado en hacer una filmación clandestina en un cine, para lanzarla posteriormente a la red, seguramente a cambio de incrustar alguna publicidad que le diese un dinero por cada vez que alguien descargara el archivo. Mimí estaba en el sofá acariciando la barriga despatarrada de Mosca, todavía con el sabor de la felicidad en el cuerpo. Prepararon unas copas, cervezas, metieron la cinta de Tarantino en el ordenador y apagaron las luces. La imagen y el audio eran perfectas, calidad digital, no siempre la mejor, pero esta vez hubo suerte.

Mimí estaba en la cocina terminando de atender una llamada para Tamara. Doña Adelaida abrió la puerta y la volvió a cerrar con actitud de espera impaciente y reservada.

—Mimí, te acuerdas del señor Fabre, le has atendido ya varias veces, es cliente nuestro desde hace bastante tiempo.

—Si, Juan Carlos, el que tiene una voz de cantante italiano o de tenor.

—El mismo. Resulta que ya ha intimado con todas nuestras chicas, ellas están encantadas con él, ya lo sabes, y me ha pedido que le consiga una virgen, así como tú.

—Pero yo no soy virgen...

—Déjame que termine, eso no importa, te iba diciendo que me ha pedido una chica que no sea profesional, con aspecto de virgen, así como tú, rellenita, dulce, cariñosa y Tamara ha pensado en ti.

—Muchas gracias por considerarme señora, pero yo no me dedico a eso.

—Está dispuesto a pagar cuarenta mil pesetas, que tal y como están los tiempos no está nada mal.

—Ya, si tiene usted razón, pero para mí no es cuestión de dinero.

—Mira, por esta vez no nos vamos a llevar el cincuenta por cien, treinta mil para ti y diez mil para la casa.

—Muchas gracias doña Adelaida pero ya le digo que no es cuestión del dinero, es que no me siento preparada para hacer una cosa así, mi trabajo es el de telefonista.

—Tampoco sabías al principio atender las llamadas. Bueno piénsatelo y luego me respondes. Doña Adelaida dejó la cocina con la misma impaciencia con la que había entrado. Mimí se quedó pensativa, guisando aquella propuesta, nunca se imaginó que pudiesen contar con ella, era como un milagro, todas las chicas estaban tan bien moldeadas, tan experimentadas que le parecía una ironía aquella petición, no enten-

día cómo un hombre podía desear estar con una mujer de su tipo, si en la vida se habían fijado en ella y qué horror, cuando la viera seguro que la rechazaría, no, ni loca se arriesgaría a esa humillación, aunque por teléfono él parecía muy educado y le gastaba bromas seductoras, sabría él que se trataba de ella?

—Mimí, ya me he enterado que el señor Fabre quiere estar contigo, qué suerte tienes, muñeca, Tamara entraba persuasiva a la cocina.

—Conmigo es imposible y además no me conoce, cuando me vea seguro que va a escapar aterrorizado, con lo fea que soy.

—Venga, no seas tan presumida que sabes que eres preciosa, ya me gustaría a mí tener tu carita de ángel, Tamara acarició suavemente la mejilla de Mimí que se ruborizó de extraño gozo, Eso es lo que buscan muchos hombres y Juan Carlos es un auténtico caballero y... muy atractivo... y rico.

—¿Y cuántos años tiene? preguntó Mimí ya obnubilada por la caricia, tampoco las recibía todos los días, es más, en aquel momento no recordaba que nadie la hubiese acariciado jamás, quizá fuese su torrente sanguíneo que le estuviese colapsando el cerebro pero, francamente, no recordaba que nadie la hubiese acariciado jamás.

—Qué más da eso, cuarenta y cinco, o cincuenta, de cualquier manera el no quiere que le veas, quiere que sea una sorpresa, que te vendemos los ojos.

—¿Ah, sí?

—Sí, qué suerte tienes nena, ya me gustaría a mí poder estar en tu situación, inexperta, todo nuevo, todo excitante.

—No sé qué hacer...

—Mimí, quiere estar contigo mañana a las cinco de la tarde y le tenemos que contestar ya, no seas tonta, es una aventura increíble y estás aquí, con nosotras, conmigo, si no te gusta te sales de la habitación y ya está, yo estaré esperandote.

—Pero es que le voy a defraudar y me siento tan gordita, si al menos tuviese diez días para ponerme a dieta...

Tonta, a mí me gustas mucho, tú eres así, gustosita, Tamara deslizó su mano suavemente por debajo de la falda de Mimí y le estrujó mórbidamente su muslo izquierdo trazando un camino de vuelta que insinuaba futuras libídines, Y eso es precisamente lo que busca él, precisamente eso, Juan Carlos es un gran amante de la mujer, el respeta a todas, gordas, flacas, altas, bonitas o no, le fascinan las mujeres, sabe encontrar lo bello hasta en la oscuridad, es un poeta, un mago de la feminidad y... un sabio en la cama, nena, no te vas a arrepentir, venga, di que sí. Venga.

—Pues.... adelante, ¡sí!

Mimí no sabía decir no, y además qué tontería por qué decir que no a una aventura semejante, si se lo plantean igual siendo ella la que tiene que poner el sueldo hubiese dicho también que sí, con la buena pinta que tenía aquello. Tamara le dió un abrazo amoldando sus pechos en los de Mimí y luego le posó un beso afrutado en la comisura de los labios.

—Mañana te espero a las cuatro, vente guapa pero píntate muy poco.

La habitación estaba completamente patas arriba, en el armario ya no quedaba nada, toda la ropa estaba desperdigada por la cama, por el suelo, por las sillas, se había probado todo tipo de combinaciones, también había desvalijado el armario de Laura, en busca del conjunto milagroso, eso era lo difícil, no sabía si era preferible un modelito sexy, o romántico y aireado, o infantil, o moderno, qué indecisión, y con ninguno se terminaba de ver bien, y la ropa interior, qué ponerse, decididamente tendría que ir a comprarse un conjunto nuevo, azul clarito o quizá verde manzana, no pudo dormir en toda la noche. A las siete de la mañana se levantó y se fue de compras, estaba todo cerrado, tuvo que estar dando vueltas durante más de una hora hasta que abrieran los comercios, pero aprovechó para estudiar los escaparates. En la calle Montera encontró uno con prendas eróticas, tangas con plumas, braguitas con agujero, sostenes que no alcanzaban a cubrir los pezones, luego por la zona de Hortaleza se topó con un sex shop rebosante de artilugios sadomasoquistas bastante tradicionales, del tipo látigo y prendas de cuero o de látex, no, definitivamente allí no encontraría el conjunto de encaje verde manzana. Pero al irse vió de refilón unos envases con colorines, eran preservativos, con sabor a fresa, a melocotón, a plátano, se le había olvidado eso, el maldito sida, el riesgo de embarazo, qué susto. Se sentó en el escalón de la puerta de entrada a la tienda y esperó a que la abrieran. Al cabo de un rato de espera se desparramó junto a ella una mujer de edad indefinida, enmarañada, tiznosa, consumida y con una minifalda rota y sacó de su bolso una cuchara, unos polvos y una jeringa. ¡Pero qué haces! exhortó Mimí, la chica, que no la había visto, se quedó pasmada mirandola y le dijo, Miré no sé si es usted un ángel de la guarda pero a este otro lado tengo al demonio y creo que me llevo mejor con él así que lárguese y déjeme en paz con mis asuntos. La chica se encaminó a pincharse y Mimí le propinó una patada en la preparación y se lanzó a correr, Puta, imprecaba la zombi, cuando te vuelvas a aparecer ya te daré tu merecido, canalla, permita Dios

que un muerto se levante de su tumba y dé por culo a tu padre, ángel de mal augüero, lucifer, mequetrefe, y ahora qué voy a hacer, canalla, la zombi estaba llorando pero Mimí ya no la veía.

Abrieron las tiendas, la expedición en busca del conjunto verde manzana estaba siendo más difícil que la de Fernando de Magallanes en busca de la ruta occidental hacia las islas de las especias, hasta que a las doce del mediodía, desesperada y por la calle Serrano, encontró lo que buscaba, unas braguitas de raso verde con remates de encaje y sujetador a juego, qué curioso que por el barrio de Salamanca encontrara el conjunto para su tarde de lujuria, con los modositas que parecen las transeúntes, tan conservadoras, tan idénticas, con ese gris subido de tono, puede ser que tengan muy asumida la doctrina machista que dice que una buena mujer debe ser dama en la calle y puta en la cama. En fin, que Mimí se dejó dieciocho mil pesetas en la broma y que a unos metros del sacadero de billetes se le apareció en un escaparate un vestido rojo, como un camisoncito de seda ligera largo hasta las rodillas, con un escote muy abierto y unos tirantes avolantados, se arruinó. Pero la ocasión merecía la pena.

Tomó un taxi y se dirigió hacia un herbolario que ya conocía, allí compró esencias naturales de hierbas, (por cierto tenían la Angélica Archangélica) bolas de aceite perfumado, jabones, geles y cremas hidratantes para el cuerpo.

Llegó a casa a toda prisa, preparó un baño aromático que más bien parecía un caldo largo y se sumergió al fragor de los vapores con carne fulgurosa y vello trémulo. Al poco tiempo comenzó a acariciarse los senos, bajo por la tripa, ya jadeaba sólo de pensarlo, escondió su mano por la entrepierna, el agua estaba aceitosa, su dedo medio se introdujo con facilidad en los repliegues de su sexo, sus piernas se abrieron al máximo saliendo de la bañera, todos los frascos de aromas se derramaron por el suelo, el olor era insoportable, sintió una exasperación en el clítoris y retiró violentamente la mano, no había llegado al orgasmo, a decir verdad nunca lo había conseguido, siempre que estaba a punto le invadía una incomodidad clitoriana que la obligaba a zanjar el asunto, no entendía cómo las demás chicas podían superar esa barrera y encima tan epicúreamente, ella, por mucho que se lo trabajara no podía soportar la exuberancia muscular y su mano se retiraba con decisión propia sin antes haber finalizado la tarea encomendada, cuanta frustración. En vista del plan decidió orinarse en la bañera, era el placer más grande que había descubierto, no ya en la ducha, que eso lo hacía desde siempre, sino en la bañera, y cuanto más exquisita y espumosa mejor, era como mearse en la cara de lo limpio, de lo establecido, de lo políticamente correcto, un placer, desde luego. Con el baño lleno de orín, de esencias de hierbas, de

bolitas de aceite, de leche en polvo, de gel y de fluidos vaginales, se depiló las piernas, los sobacos y las ingles, con una cuchilla de afeitar, y se limó las plantas de los pies, con lo cual añadió al caldo pelos y pieles, se sonó los mocos, echó un escupitajo, para depurarse bien la garganta, se tiró unos pedos submarinos que subieron a la superficie en forma de burbujas y aprovechando que su piel estaba reblandecida por tan sustanciosos vapores, se hizo un peeling arañandola con las uñas y observando lujuriosamente el relleno negruzco y la intensidad de la albondiguilla, que iba pegando cual trofeo en el reborde de la bañera.

Ya estaba preparada, hubiese salido inmediatamente, en Japón la tradición manda que los abuelos más venerados se bañen los últimos, después de haber pasado toda la familia por las mismas aguas estancadas y llenas de vida, al parecer ese humus nutre mucho la piel, pero Mimí tuvo un resquicio de pudor occidental y volvió a la coherencia de la realidad impartiendo una ducha jabonosa por todo su cuerpo, ya con aguas corrientes y clorosas. Se secó bien, y como el jabón había arrebatado toda la enjundia anterior, embarró la geografía de su piel con una leche hidratante de almendras dulces y aroma de vainilla.

Le estaba entrando hambre, pero no quería comer nada, para que no se le hinchara la tripa, además parece que cuando se pasa un poco de hambre se siente uno adelgazado. Se fue hacia la cocina con un albornoz y una toalla en el pelo (siempre que se la ponía no podía evitar recordarse a alguna actriz), al fin y al cabo algo habría que comer. Laura no estaba, mejor, porque con el puritanismo que le había atacado últimamente seguro que se hubiese puesto furibunda con el plan y la opción de mentir no entraba dentro de sus esquemas y callarse hubiese sido prácticamente imposible, así que, qué bien que no estuviese Laura.

Abrió la nevera en busca de fruta, el panorama era desconsolador, había unos canelones rellenos de verduras fritas con manta de bechamel, era como abrir la séptima tumba de Monte Albán y encontrarse con el tesoro, no pudo resistir la tentación, se tomó uno, luego otro y una copita de rosado y ya cuando guardaba la bandeja en la nevera le metió un tenedorazo a otro. Tampoco tenía tiempo para mucho más, cuando miró la hora eran las tres y cuarto, fue corriendo al cuarto de baño y se secó el pelo moldeándolo con el cepillo, luego se pintó la cara muchísimo pero logró que pareciera recién lavada, se aplicó unos toques de colonia fresca, se vistió normal y metió en la mochila el vestido de Victorio y Lucchino y el conjunto verde manzana de Victoria's Secret (para que le auguraran Victoria...) y unas sandalias de tacón. Llamó a un taxi y antes de salir echó un rezo a su altar, Angel de la guarda, espero

que lo que voy a hacer hoy te parezca lo mismo que a mí, un encuentro con el amor que tanto necesito dar como recibir, protégeme por favor y deséame todo lo mejor. Se santiguó, besó el ánfora romana y salió al portal.

Llegó a la casa media hora tarde pero le quedaba otra media hasta la llegada de su galán.

—Mimí, venga date prisa que llegas tarde y Juan Carlos es muy puntual. Corre, vete al cuarto que tienes una sorpresa.

Mimí se dirigió veloz hacia el cuarto, Tamara la seguía por el pasillo. En la mesa, un ramo de orquídeas amarillas y rosas, y encima de la cama un conjunto de ropa interior verde manzana, una bata corta de raso verde y un pañuelo verde. No se lo podía creer, estaba emocionada,

—¿Y esto es para mí?

—Te lo ha mandado Juan Carlos, ya te dije que es todo un caballero.

—No me lo puedo creer. Mimí se acercó a la cama y cogió temblorosa la culotte, Esto parece un sueño...

—Venga tonta, pónelo, a ver qué tal te queda.

Mimí hizo un gesto a Tamara para que se diera la vuelta, se vistió con los regalos, todo de su talla justa, Juan Carlos era realmente un mago.

—Ya te puedes dar la vuelta.

—¡Uauh!, te queda perfecto, estas guapísima, pareces Irma la Douce.

—¿De verdad se me ve bien?

—Estupenda nena.

—Te voy a enseñar una cosa. Mimí se fue a la mochila y sacó la ropa interior que se había comprado exponiéndola con expresión de puntualizar la coincidencia.

—Qué increíble, bueno, al menos tenéis gustos parecidos. A ver, te voy a colocar el pañuelo en los ojos para hacer una prueba. ¿Así esta bien?

—Un poquito más flojo, por favor.

—¿Así?

—Sí, perfecto, pero puedo ver un poco por debajo.

—¿Mucho?

—No, muy poquito.

—Bueno, no pasa nada. Te lo voy a quitar hasta que llegue.

—Ay, por favor, invítame a una copa, que estoy como un flan.

—Vente conmigo a la cocina.

—No, por favor, que me da vergüenza andar así.

—Qué dices, mujer, además estamos prácticamente solas, anda, ven, no te vas a quedar aquí.

En la cocina estaba Vanesa todavía vestida de calle, tomándose un café.

—¡Vayá!, ¡Uauuh... menuda transformación!

—¿Se me ve bien?

—Sí, sí, estupendamente, estás irreconocible.

—Me voy a tomar una copita de vino, ¿hay alguna botella abierta?

—No y mejor no abrirla que doña Adelaida controla todo.

—Mañana traigo yo otra igual, es que me apetece muchísimo...

—Pues venga, vamos celebrarlo.

—Ay... estoy nerviosísima, ¿qué hora es?

—Las cinco, Juan Carlos debe estar al caer.

—Ay... y qué hago, qué le digo...

—Nada, contestó Tamara, cuando llegue te pasas al cuarto y yo te vendo los ojos, allí le esperas, no hace falta que hables, él te irá diciendo.

—Ay... estoy super asustada, ¿y si no le gusto?

—Que no tonta, vas a ver como todo sale genial.

—¡El telefonillo!

—¿Si? hola, soy Tamara, sube.

—¡Es él! Qué puntual, ¡corre, vamos a la habitación que ya sube!

Mimí entró de nuevo en la habitación, parecía un santuario adormecido iluminado por una tenue lamparilla cubierta con un pañuelo, las ventanas estaban cerradas y las espesas cortinas echadas. Mimí se acercó de nuevo a las flores y las tocó, eran unas orquídeas cultivadas de la especie *laelia grandis*, una de las más de quince mil especies diferentes que existen en el mundo, con cinco irradiaciones amarillas y sinuosas, como de estrella de mar, con un labelo blanco con forma de beso, estriado de venas rosas, las olió, exhalaban una ligera fragancia a extraño sexo, como si estuviesen clamando ser polinizadas, su instinto de supervivencia era asombroso teniendo en cuenta que llevarían un buen tiempo cortadas. Tamara la dirigió hasta una esquina de la habitación y le vendó los ojos, Estás cómoda, le preguntó, Mimí asintió con la cabeza, ya no le salían palabras de la boca, Tamara la agarró por los hombros y le posó un beso en la boca, Que disfrutes, luego nos vemos.

Mimí esperaba en la habitación, con el conjunto interior verde, la bata de raso verde y unas sandalias de tacón rojas (qué pena no estrenar nada de lo que se había

comprado... con lo que le había costado...), de pie en la esquina, apoyada contra la pared y con los ojos bien vendados. La espera se hacía trémula, sudorosa, incandescente. La puerta se abre y se vuelve a cerrar silenciosamente, su corazón golpea. Unos pasos se acercan hacia ella, se paran y se alejan de nuevo. Oye roces de ropas, los pasos vuelven hacia ella y esta vez una mano espesa y suave le acaricia el cuello y se desliza por su clavícula descubriéndole el hombro. El se arrodilla y estira del lazo que se cierne sobre su cintura, la bata se abre dejando patente un vientre inflamado de fulgor, él lo besa, ella siente un suave bigote, él acaricia los muslos, las pantorri-llas, los pies, un vaho caliente le humedece el pubis, un abismo de roce se lo excita pero no lo llega a tocar. El se levanta restregando a lo largo de su pierna derecha una desnudez eréctil, se podía adivinar la sonrisa de la satisfacción, del triunfo, como si dijese, me gustas, ves como me has puesto...

La toma de la mano lentamente, presionando con seguridad y la dirige hacia la cama, la sienta en el reborde, la bata se esparce por la sábana, le masajea la nuca, los pelos de su pecho frotan su cara, el olor de su piel era fabuloso, un aroma maduro, varonil, nada de colonias, pura fragancia a testosterona, un olor a seguridad embriagador al lado del cual una mujer se podría quedar plácidamente dormida rodeada de un infierno de huracanes, ciclones y terremotos devastadores. Un pezón de él se instala brevemente en sus labios, ella no sabe muy bien qué hacer, lo besa inquietamente mientras el torso sigue restregándose por su cara.

El baja los tirantes del sujetador, la copa no se ha movido de su sitio, simplemente los pechos han rebotado ligeramente hacia abajo. Juan Carlos desliza su mano por debajo del encaje y lo retira con el dorso mientras ayuda a dejar libre de telas al fulgurante pecho. Lo espachurra decididamente con todo el ancho de su mano, es de tamaño medio, duro como una piedra, de adolescente, y pellizca el pezón, luego lo mordisquea con los labios, hace lo mismo con el otro pecho. Los pezones de Mimí se erizan con tal ímpetu que la energía le recorre un escondido canal que va desde ahí hasta el sexo, recorriendo por el camino la boca, la cabeza, las ingles, las piernas y los pies, un misterioso canal que transforma el cuerpo de Mimí en pura libido. Ella se agarra de su cuello y sin ver le besa directamente la boca, un río de salivas entremezcladas, se desatan los frotamientos, él le quita las bragas y ocupan el espacio de la cama, los dos están desnudos, a ella sólo le queda el reborde del sujetador verde por debajo de su pechos. Mimí lame la carne que encuentra, no sabe qué parte del cuerpo es, le da exactamente igual, sólo quiere lamer, besar. De repente le invade la boca una extremidad deslizante como un helado, se lo come, en eso ya tiene experiencia,

es exactamente igual que zamparse con lujuria un buen polo de fresa, le encanta, lo hace bien. Le retiran el helado, ya está chorreante, sus ingles están abiertas al máximo, los labios de la vulva expandidos como alas de mariposa, está deseando que la penetre. El besa su sexo, la lengua recorre todos los repliegues para terminar concentrándose en el clítoris, lo agita hacia arriba y hacia abajo, un poquito hacia los lados, Mimí se siente navegando en una nube de fuego, le dice sin articular palabra, Mi amor, soy toda tuya, toda tuya. El contesta, también en silencio, Tienes un coñito chiquitín y sabrosísimo, me lo comería durante horas. El se retira, ella se asusta, no sabe lo que pasa, oye unos ruidos de papel rasgado, al cabo de unos instantes interminables el reposa de nuevo todo el vigor de su cuerpo sobre ella y penetra la punta de su pene, se para y espera una respuesta, ella abre al límite las piernas y arquea su pelvis hacia él, él espera un poco más y cuando la siente completamente entregada empuja sus caderas, sin prisa, sin pausa, hasta el fondo de su cavidad, ella siente una fulgurante necesidad de vaciarse en él, unas embestidas más, un flujo eléctrico le asalta el cuerpo y se concentra en su sexo que empieza a latir como si el corazón se hubiese desplazado de sitio, jadea como nunca y luego se calma, él se contiene, le besa la boca y continúa con el vaivén rítmico, saca su sexo lubricado con un ruidito de embudo y gira el cuerpo de Mimí penetrando su vagina por detrás, azotando con sus testículos la marisma de mucosidades y acariciando con la mano izquierda el clítoris y con la derecha el pecho de Mimí.

Así pasó el tiempo, él la penetró en varias posturas y Mimí tuvo varios orgasmos, cada uno distinto, aunque el más fuerte fue el primero, los demás, más que orgasmos en sí eran una prolongación del estado extasiado y magnético de sus sentidos, una prolongación de la transformación alquímica que bullía por su cuerpo, por su espíritu, por su mente, sólo podía articular en silencio, repetidamente, obsesivamente, te quiero, te quiero, te quiero. El terminó vaciándose en ella, con un rugir sostenido, la besó y la dejó extendida en la cama, casi desmayada, fue al cuarto de baño adyacente a la habitación, se dio una ducha rápida, se vistió y se dirigió de nuevo hacia ella, que seguía ofrecida e indolente en la cama, como el desnudo de Modigliani, Eres maravillosa, le dijo con su voz firme y viril, y le dio un beso casto en la boca. La puerta se cerró, Mimí se quedó sola, con los labios inflamados y la mente acalorada, imposible poner orden a sus emociones.

Al cabo de un rato alguien abrió la puerta, a Mimí se le exaltó el corazón, ¿sería otra vez él?, ¿permitiría que viese su cara?

—Soy yo, ya te puedes quitar la venda. Tamara tuvo unos instantes para contem-

plar el cuerpo ofrecido de Mimí, que pronto se sumergió pudorosamente bajo una esquina de sábana arrugada y sudorosa. Se quitó el vendaje y fluyó a sus retinas un mundo desorientado, una nitidez que no entonaba con la armonía boscosa en la que aun permanecía sumida.

—¿Qué tal te ha ido?

—Creo que me he enamorado.

Tamara rió fuertemente y se sentó en el borde de la cama, Pues Juan Carlos se ha ido encantado, dice que eres un amor.

—¿De verdad?

—Sí, venga dúchate que tienen que hacer la habitación. ¿Sabes cuanto tiempo habéis estado?

—No, cuanto, creo que he perdido la noción de la realidad.

—Tres horas, nena, no sé que le has dado a Juan Carlos.

—Qué dices, tres horas..., se me han pasado como un suspiro... pensé que sólo había pasado un cuarto de hora...

—Sí hija, tres horitas, ya estábamos asustadas y todo.

Mira, esto es para ti. Tamara le mostró un abanico de billetes de cinco mil. Son cincuenta mil pesetas, todas para ti, ésta es tu parte.

Mimí miraba el dinero con sorpresa y con rechazo.

—No, no lo quiero, quítamelo de mi vista, yo creo que le tendría que haber pagado yo, no me lo merezco, devuélveselo Tamara, por favor.

—Pero qué dices, no seas tonta, cógelo.

—De verdad, que no lo quiero.

Tamara dejó los billetes en la mesilla de noche y salió de la habitación.

Mimí se quedó un rato sentada en la cama, mareada todavía y anonada por el choque de la realidad. Se dio una ducha de agua fría y recogió la habitación, miraba la culotte verde por el suelo, las orquídeas reminiscentes, aspiraba profundamente los restos del fragor, una mezcla de entusiasmo y melancolía le asaltaba el pecho, se vistió y echó un vistazo al dinero, Bueno, por qué no cogerlo, al fin y al cabo suya ha sido la decisión de dármelo, lo guardó en su bolsillo con tristeza y salió de la habitación.

En la cocina todas (las que estaban libres) la recibieron con aplausos, ¡Mimí, campeona!, gritaban alborotadas, Vamos a brindar por tu estreno, que estás hecha una fondista sexual, mira quien lo iba a decir, nos tenías a todas engañadas. Se terminaron la botella de vino y Mimí se despidió.

Por el camino a casa Mimí veía a los transeúntes como si pertenecieran a otro mundo, se sentía nostálgica, como si una mano hechicera hubiera trazado una línea divisoria en su vida, no podía dejar de pensar en Juan Carlos, en su difuminada cara vislumbrada por la imaginación, en su cuerpo musculoso y terso, su pelo ondulado, su olor, en el manjar de sus caricias.

Llegó a casa, no tenía hambre, estaba sola, sola con sus recuerdos, y con su respiración.

Al día siguiente llamó por teléfono para avisar que se encontraba indispuesta y que no podía ir a trabajar. Al cabo de un rato recibió la llamada de Tamara.

—Mimí, qué te pasa, por qué no vienes.

—Me encuentro decaída.

—Anda ven, aunque no trabajes, pero al menos ven y charlamos un rato.

—No sé, no tengo mucho ánimo.

—Venga vente para acá, que te espero.

—Bueno, siempre me convences.

—Estupendo, pues hasta ahora, un besito.

Mimí entraba en la cocina con el vino de repuesto, exactamente igual al que habían consumido el día anterior, nunca se le olvidaban ese tipo de detalles, cumplía. Tamara estaba con un cliente y en la cocina Rosita atendía las llamadas de teléfono. Doña Adelaida entró, sugirió a Rosita que abandonara la sala y felicitó a Mimí por el trabajo del día anterior.

—Ya me he informado de tu trabajo de ayer, enhorabuena, ya sé que estuviste espléndida, pero recuerda que una buena amante nunca debe enamorarse. Doña Adelaida trazó unos giros por la cocina y continuó diciendo, He pensado que nos hace falta un perfil como el tuyo y quiero invitarte a que atiendas directamente a los clientes y que en los ratos libres os vayáis turnando las llamadas telefónicas. El sueldo, como bien sabrás, es un fijo de treinta mil pesetas mensuales más el cincuenta por cien de los trabajos, en un buen mes te puedes ganar un millón de pesetas, y más. Piénsatelo y me contestas mañana. Doña Adelaida salió de la cocina dejando a a Mimí embebida en la propuesta. Se dirigió a la ventana y aspiró un poco de aire perfumado a jabones. Tamara entró y se situó a su lado, ambas apoyaban los codos en el alféizar de la ventana.

—Doña Adelaida me ha propuesto que trabaje de continuo en las habitaciones.

—¿Y tú que opinas?

—No lo sé, estoy bastante desconcertada.

—Puedes ganar un montón de dinero, además muchos clientes nos invitan a cenas en restaurantes de lujo, incluso a viajes. A mí me tocó un crucero por el Mediterráneo con un empresario que necesitaba esposa de cara a los demás y un viaje a Dinamarca de acompañante de un médico que iba a un congreso, ése no estuvo nada mal, allí me regaló un abrigo de zorros.

—Para ti es perfecto, Tamara, con el don de gentes que tienes seguro que te lo pasas genial, pero yo en un ambiente así me moriría, ese estilo no tiene nada que ver conmigo, y si a alguien se le ocurre regalarme un abrigo de pieles lo único que podría hacer con él sería limpiar el polvo de la casa aparte que me daría mucha cosa saber que se han matado a tantos animales...

—Hija, no seas tan radical que un buen abrigo no hace daño a nadie, de cualquier manera no tienes por qué aceptar ese tipo de trabajos, te puedes quedar siempre aquí, si tú quieres, yo te puedo enseñar un montón de cosas. Tamara tomó la mano de Mimí entre las suyas, durante un rato miraron al infinito del muro de la casa de enfrente, Mimí se incorporó y se despidió, Hasta mañana Tamara, esta noche me lo pienso.

Laura intentaba apagar el fuego que se desprendía de la sartén como un demonio, la cocina entera olía a humo y a chamusquina.

—Menos mal que llegas tía, ayúdame, corre. Entre las dos pusieron orden al desbarajuste, en el horno una carne carbonizada expulsaba columnas de humo y los hongos de la sarten parecían freirse en queroseno puro, apagaron los fuegos y abrieron las ventanas, Laura sudaba de desesperación.

—Qué milagro que te pongas a cocinar, no te desanimas que con un poco de paciencia seguro que llegas a ser chef de algún restaurante de moda.

—Encima con cachondeos, qué hago tía, que va a venir un director de cine a cenar.

—A ver, ¡uh! si son unos boletus, donde los has conseguido, son deliciosos.

—No sé, los ha escogido Julius que me ha ayudado a hacer la compra.

—Pues te habrán costado carísimos porque yo creo que no es época.

—Pues sí, ya me decía yo lo caras que estaban las setas...

—No te preocupes que están perfectos, pero la carne... no sé, podemos hacer una salsa de mostaza para que no esté tan reseca.

—¿Y Julius no ha venido?

—Sí, por ahí anda el desconsiderado, desde que ha descubierto la habitación de las telas ha pasado de mí.

—Estos espaguetis para qué son, ¿para los hongos?

—Sí, tenía pensado unos espaguetis con las setas esas y la carne.

—Bueno, a ver, a esto le falta ajo, aceite, bueno un poco de todo, ¿y quien dices que viene a cenar?

—Antonio Ohx, el que hizo la peli Sexo y a tomar por culo y la de Bragas y Balas.

—¡Ah sí!, es buenísimo, qué guay, ¿y cómo le has conocido?

—El otro día en un restaurante le tiré la mesa encima a un pringao hijo de puta

que me había invitado a comer y que me estaba poniendo de los nervios con sus comentarios de pijo machista y éste, que estaba en la mesa de al lado con más gente, me aplaudió y me invitó a tomar una copa.

—¿Y sabías quien era?

—No tía ni puta idea, pero me dio mucho gusto ver a gente tan enrollada.

—Pues qué guay, Laura, y cuantos van a venir, para ir poniendo la mesa.

—No tengo ni idea.

—Pero más o menos.

—No sé, yo esas cosas no las pregunto, que venga quien quiera.

—Bueno, vamos a poner siete u ocho platos apilados y que cada uno se sirva como pueda. Sabes una cosa...

—Qué.

—Que me he acostado con un cliente del puti donde trabajo y me ha gustado un montón.

—¡Joder con la santita! ¿Y te ha pagado y todo?

—Cincuenta mil pelas..., y encima me ha regalado ropa interior super bonita.

—Coño tía, cómo te lo montas, ¿y estaba comestible?

—Pues no sé porque no lo vi.

—¿Cómo que no lo viste?

—Me pusieron una venda.

—¿En los ojos?

—Sí.

—Joder tía, aquí una trabajádoselo duramente, que si la conquista, que si la duda, que si invitarle a una copa, hacer espaguetis, que si pagar el taxi y tú, ala, así, de repente, ¡y encima llenándote los bolsillos!

—Jo Laura, no sabes cómo me gusta, me alucinaría poderle ver, no sabes lo bien que se lo monta en la cama, es un dionisos, puro éxtasis.

—Igual le ves y te llevas la desilusión del siglo. Mimí olvidate de eso, tómallo como una experiencia más y ya está. ¿Pongo ya los espaguetis?

—No, espera a que lleguen y los ponemos, se hacen en cinco minutos. Pues lo que te decía, para mí es más que una experiencia, es una especie de expresión de fe en el amor.

—Bueno, ya se te pasará. Oye, que llamó Alicia, dice que si le puedes prestar la cinta de Alpha y no sé cual más, que se ha conseguido unos cedés vírgenes baratísimos.

- Oye, y qué ponemos de postre, puedo hacer unas natillas, no se tarda nada.
- Va, pasa tía, que se coman un plátano y espero que traigan vino porque la botella que hemos traído mira cómo está, entre Julius y yo nos la hemos fulminado.
- Por ahí debe haber alguna otra. Hombre Julius, qué tal.
- Hola, qué tal guapa, yo fascinado con las joyas que tenéis en la habitación, ya me he diseñado dos modelitos de fantasía, Laurita mira estas telas, me encantan.
- Llévatelas.
- Muchas gracias nena, que Dios te lo pague con un buen polvo.
- Un beso, Mimí, que con tanta cosa se me olvida la educación.
- Bueno, yo me voy a poner guapa a ver si me contratan para un papel de vendedora de la ONCE.
- Desde que te han vendado los ojos..., no tardes.
- A ver divina mía, en qué te puedo ayudar.
- Lleva esto a la mesa por favor y pon otra música.
- A sus ordenes mi comandante.

Julius se fue al salón y rebuscó entre los compactos, en su mente aparecía Donna Summer o los Abba, algo de música disco-retro, o un poco de petardeo dance pinchado por Boy George, pero encontró el de Buenavista Social Club, al fin y al cabo los cubanos siempre le habían gustado, encendió unas velas, volvió a la cocina, agarró a Laura por la cintura y bailaron un son.

Llegaron los del cine, eran sólo tres, dos chicos y una chica, aunque alguien llamó al móvil de Antonio y aparecieron dos más. Mimí estuvo toda la noche hablando con un tal Roberto de música y cine y Julius hizo de perfecto anfitrión hasta que vio posibilidades con un fornido unicéjico y desaparecieron ambos, seguro que lo llevaría al almacén de telas, a saber lo que harían allí. Laura quería ligar con Antonio y le metía los pies descalzos por donde podía pero él no parecía inmutarse. La noche no terminó muy bien porque un pecoso y filiforme actor incipiente dejó caer el ascua de un porro en el sofá hinchable que se quedó escurrido de todo su esplendor en cosa de minutos y Laura le dijo, Joder, es que no sabes fumar o qué, el chico se puso un poco nervioso y se fue a poner música, para entretenerse, y Laura bramó, con voz de cazallera, Oye tío, ni se te ocurra tocar el equipo que seguro que te lo cargas. El pecoso no sabía bien si era una broma y continuó inquietamente con su cometido, ¡Eres gilipollas o qué, es que no me has oído! Se quedó atónito, y, seguramente muy dolido, comentó que se quería marchar, se fueron todos con él, además ya era bastante tarde y tampoco quedaba alcohol y antes de irse Laura propuso a Antonio que se

quedara con ella, No, me voy, ya te llamaré, y Laura le mandó a la mierda. Mimí se disculpó como pudo con los invitados y ya a solas dijo, Podrías ser un poco más educada, que has espantado a todos, y deberías beber un poco menos. Que se vayan a la mierda, este gilipollas sabe menos de coños que un pigmeo de alturas, a tomar por culo. Laura se quedó refunfuñando, muy molesta de no haber conseguido lo que quería, Julius era el único que seguía disfrutando su fiesta, ajeno a todo, exiliado con su compañero eventual en el planeta de las telas.

Mimí estuvo dos días sin aparecer por el burdel, confusa, enrarecida, encerrada en su habitación consumiendo vídeos, no sabía si volver a los campos elíseos de amor erótico o buscarse otro trabajo más terrestre. Y no paraba de pensar en Juan Carlos, su pigmalión, su dionisos, su amante, qué amante... pero no, había decidido no volver, no caer en la trampa, al fin y al cabo no era más que un burdel y Juan Carlos no tenía por qué regresar y si lo hacía igual pedía los servicios de otra chica... y mientras tanto ella lo tendría que esperar en brazos de otro, o peor aún, escuchar los susurros de placer ajeno encerrada en la cocina, atendiendo el teléfono... no, definitivamente no volvería. Al tercer día se plantó en el cuarto piso de la esquina de Félix Boix, el amor es una expresión de fe, ya se lo dijo a Laura, y no quería perder la confianza en aquella sinrazón.

Mimí era de talante renacentista, inspirada de naturaleza, de desnudez, de curiosidad, de indulgencia, de inocencia, era como una venus de Botticelli o de Giorgione, transidas de amor, de pureza iluminada. En cambio Laura era barroca, efectista, excedida, contradictoria, vanidosa, para ella el mundo era un gran teatro, como para Calderón de la Barca, ella era la actriz grandilocuente y el mundo su escenario.

Mimí no pudo evitar la atracción por aquel jardín paradisiaco que la invitaba a desconchar su amor divino por el ser humano, sin prejuicios, sin inhibiciones, en su percepción platónica se veía en el burdel desplazándose ingrávida, libre de pudor, de moral adquirida, de temor, expandida como criatura celestial que se deja amar, que se deja utilizar, que disfruta sabiendo que hace el bien a otro ser, no se podía equivocar, ya lo dijo Camus, la única manera de equivocarse es hacer sufrir al prójimo, y

ella iba a entregar todo su amor, toda su bondad, aunque fuera por el breve espacio de la ilusión, no, era imposible equivocarse, era imposible cometer maldad.

Tamara la recibió con los brazos abiertos, Ya pensábamos que no volvías a aparecer, qué bien que te hayas decidido, bienvenida. Mimí no hubiese resistido no contemplar de nuevo el pelo castaño y ondulante de Tamara, sólo por olerlo hubiese entregado su reino. Ese día trabajó de telefonista e incrustó un anuncio en el periódico que decía, Eva, si quieres conocer el paraíso, llámame.

El primer cliente desconocido que pidió sus servicios se llamaba Sebastián. Era un mecánico que llegó con las uñas renegridas y que se quejaba y se disculpaba de que a su mujer siempre le dolía la cabeza cuando quería tener relaciones sexuales. Su barriga denotaba unos buenos cocidos con chorizo y su cuerpo estaba recubierto por una pelambreira igualmente grasienta. Mimí le recibió con su delicado conjunto verde manzana y con los ojos brillantes de curiosidad. La coyunda fue breve, él se desplomó encima de ella con un torrente de idas y venidas de masas de carne jocunda y aceitosa y de gruñidos indescifrables. Cuando terminó se quedó un rato espachurrado encima de ella, un hilillo de baba le colgaba de la comisura de la boca, los ojos mirando al infinito, recordando sin querer. Eva acariciaba los pelos de su espalda, ensortijándolos en sus dedos, rascando la piel, suave, afectuosa, y le susurró al oído, Eres un hombre encantador, me has dado mucho placer, tesoro mío. El mecánico salió de su añoranza, giró la cabeza y la miró fijamente a los ojos, una mirada abierta, incrédula y agradecida, sus ojos comenzaron a chispear, una lágrima inmensa salió de ellos, se volvió a volcar en ella y la abrazó con sus brazos fornidos, impidiendo con su sobaco salado que el aire entrara bien por las fosas nasales de ella que aspiraba felizmente el olor a humanidad, giró la cabeza para alcanzar oxígeno, lo acariciaba y lo consolaba con palabras tiernas que le salían del corazón, Sebastián, mi niño, ven aquí, abrázame fuerte, cariño, eres el mejor hombre del mundo...el que mejor hace el amor... él le llenaba el brazo de besos y de agradecimiento.

Otro día recibió a un vejete encorvado por los años y con mirada inocente, no quería penetrar en ella, seguramente no podría, sólo quería observarla, acariciarla, olerla. No dejaba de excusarse por su incapacidad, Perdona Eva, es que los años no pasan en balde, cuando yo era mozo me traía a las señoras de calle, mi esposa, que en paz descanse, decía que tenía la sonrisa más bonita del mundo, cuando nos casamos me la llevé de luna de miel a Alicante, eran tiempos de posguerra, no había dinero. Nos fuimos en tren, ninguno de los dos había visto antes el mar. Me acuerdo cómo nos abrazamos ante semejante belleza. Allí mismo, al atardecer, y esto es un secreto,

hicimos el amor. Mi mujer era preciosa, tocaba el piano, y muy bien, yo me derretía al escucharla. Una vez la llevé a París, ¿no te estaré aburriendo? No, no, en absoluto, siga, que para mí es un placer escucharle. Gracias, pues como te iba diciendo, la llevé a París. Yo había ganado un dinerito con un invento que vendí a una empresa, se trataba de un sistema de expansión de válvulas que evitaba la condensación de hielo en las salidas y mangueras de los depósitos de anhídrido carbónico, hoy en día me hubiera forrado, pero en aquel entonces me conformé con el viaje a París y alguna minucia más. Me acuerdo cómo paseábamos el uno en el otro por las calles de París y el vértigo que le dio subir a la Torre Eiffel. Nos amábamos intensamente. En aquella época ya teníamos un varón que se quedó esa semana con mi suegra. Mi esposa deseaba tener una niña pero nunca vino. Nuestro hijo era muy inteligente, estudió ingeniería y como su padre, perdón por la falta de humildad, era un dotado para los inventos. El fue el que inventó el papel de aluminio, para proteger de la corrosión a los aviones, aunque tampoco le supo sacar mucho beneficio económico, quien se iba a imaginar que terminaría siendo utilizado para envolver bocadillos... Un día bajaba para su madre un piano por las escaleras de casa, un amigo le ayudaba, había diseñado un sistema de poleas especiales para escaleras, ya sabes que los pianos pesan mucho, era otro de los inventos de mi hijo. El iba el primero, resbaló y rodó por las escaleras, el sistema de poleas falló y el piano se le vino encima. Fue una tragedia, nos quedamos sin nuestro único hijo. Mi esposa no volvió a tocar el piano nunca jamás. Sabes, ella también se ha muerto, hace cinco años, y yo me encuentro un poco solo, Cómo lo siento, de verdad, pero usted todavía está de buen ver, sabe que hay unas pastillas nuevas, un invento de los de ahora, que hace que los señores de su edad recuperen el vigor de la juventud, Eso ya es imposible, preciosa mía, Se llama Viagra, pregunte a su doctor pero creo que no tiene demasiadas contraindicaciones y que es infalible.

El señor regresó a la semana siguiente erguido y con aspecto renovado. Eva, he probado yo solo en casa las pastillas que me recomendaste y ¡me ha funcionado! ¡Qué maravilla de invento! Me he traído una para estrenarla contigo, si tu quieres. Las pastillitas azules mezcladas con el amor de Eva inyectaron en el señor nuevas ganas de vivir. Al cabo de unos cuantos días Mimí recibió un ramo de flores multicolores con una nota que decía así, Eva, madre de la tierra, gracias a tu enorme bondad he vuelto a nacer. Te escribo desde Alicante donde estoy pasando una luna de miel con mi nueva novia, Carmencita, una preciosidad de cincuenta y dos años con la que voy a contraer matrimonio. Siempre estarás en mi corazón, Juan José Rodríguez Menéndez.

El verano estaba en su pleno apogeo, Jay y Caco se habían ido a Ibiza, invitados a la casa de unos amigos y en Madrid, los ánimos para trabajar se sentían dispersos. Mimí y Laura tomaban un licuado de zanahoria en la piscina de la casa de Juanjo, sus padres estaban de vacaciones. El sol azotaba los cuerpos vitaminados de las chicas. Mimí se encontraba adelgazada, en las últimas semanas había perdido peso sin darse cuenta, simplemente no tenía necesidad de hidratos de carbono, ni de grasas, disfrutaba de una nueva energía vital, higiénica, ordenada, activa, sentía su cuerpo como nunca, vaciado de excrecencias y seguro de sí mismo, conocedor de sí mismo, la entrega sexual barría el peso de la adolescencia y producía una descarga hormonal que Juanjo no dejó de percibir. La contemplaba desde el otro lado del cristal, Mimí se paseaba consciente de su nueva feminidad y chapoteaba en el agua con risitas cautivadoras.

—¿Qué vamos a comer?

—Aquí hay pizzas congeladas y verduras.

—Podríamos hacer un pescado a la sal, sugirió Mimi.

Juanjo y Mimí partieron en busca de la dorada. Juanjo conducía un flamante BMW azul marino recién heredado del padre. Manejaba rápido y con la música alta, para no tener que hablar, pensaba que si soltaba una palabra delataría su reciente compulsión. Llegaron al hipermercado, abría todo el día. Juanjo observaba cómo Mimí seleccionaba el pescado y hablaba graciosamente con el pescadero, hubiera deseado abrazarla por la espalda, pero era demasiado atrevimiento para un carácter tan taciturno. Al llegar a la casa Diego y Laura jugaban al backgammon en el jardín. Mimí preparó la dorada a la sal y una ensalada, era delicioso comer al aire libre, con el pelo mojado, con el olor a hierba segada, la dorada estaba jugosa, en su punto, la ensalada parecía de flores. Después de comer se tiraron los cuatro en la cama de los padres y vieron una película de David Lynch, Juanjo se la sabía de memoria, le daba

igual, todos sus sentidos estaban vertidos en los nimios movimientos de Mimí, consiguió tener su pierna junto a la de ella y de esa posición no se volvió a mover, su cuerpo ardía de expectación por aquella carne desnuda hasta mitad de muslo, Mimí notó la tensión. Laura ocupaba con su despatarramiento la mitad de la cama, hacía comentarios escatológicos y divertidos acerca de la película, con un vitalismo irracional bastante brillante que recordaba someramente a Nietzsche, Diego se quedó dormido.

El nuevo cliente era un individuo con gafas de unos cuarenta y pico o cincuenta años, los jóvenes siempre escogían a Tamara. Ella le recibió como siempre con sonrisa cándida y desvestida en verde manzana. El individuo tenía una pinta bastante anodina, enfundado en chaqueta y corbata de tergal añejo y a través de las gruesas lentes se adivinaba una mirada retorcida.

Desvístete, le ordenó. Mimí se sintió subitamente incómoda, una barrera se interponía en su entrega, podría haber dicho que tenía que buscar algo fuera y avisar a Angel, el guardaespaldas, para que le echara o le presentara a otra chica o pulsar el timbre de la habitación que enviaba la señal de alerta, pero prefirió no alarmarse, quizá el hombre fuese una buena persona en busca de comprensión amorosa, cómo iba a rechazarlo por un simple malestar, su objetivo era aliviar las almas de los descañados, darles aire fresco para sobrellevar con un retazo de alegría la rutina de sus vidas, brindarles un trocito atemporal de jardín paradisiaco, pero él le dijo, Desvístete, y ella no se sintió como la diosa del amor emergiendo de su concha en la isla de Cythera o como una ninfa de paisajes arcádicos o siquiera como un angelito, que siempre van desnudos, sintió su persona como un objeto de lascivia y dominación. Fue un trazo fosforescente sobre su frente, no le dio mayor importancia, se desvistió y se sentó en la cama. El individuo dio unos giros por la habitación chasqueando las suelas metalizadas de sus zapatos y mirando fijamente a Mimí. Date la vuelta por favor. Mimí se arrodilló encima de la cama, enfrentándose a la pared, estaba asustada, completamente desnuda. El individuo se quitó los pantalones y se dejó la camisa puesta, la corbata y los calcetines. Se montó a la cama y empujó bruscamente la espalda de Mimí hasta que quedó a cuatro patas, Ni te muevas, zorra. C cogió las bragas verdes agurruñándolas en el puño y se las introdujo violentamente en la boca mientras ella intentaba defenderse con gritos sordos, pero él la agarró de los pelos

forzando su cabeza hacia atrás, como si fueran las riendas de un caballo, y la sometió envarándola vilmente, descargando con rapidez en ella todo el odio contenido de una vida resentida, lo más difícil de este mundo es manejar los resentimientos ajenos, creyó pensar Mimí. Unas lágrimas brotaron de sus ojos, no sabía qué hacer, estaba medio ahogada, el individuo se incorporó, No te des la vuelta, se vistió y acudiendo de nuevo a su espalda le apretó el cogote y dijo, Yo a ti te conozco muy bien, puta, vives detrás de la estación. Se fue sin cerrar la puerta, Mimí escupió las bragas convulsionada por un ataque de arcadas, arrastró su cuerpo extraño hasta la ducha, sus lágrimas eran tan espesas que no se confundieron con el agua.

Le contó a Tamara lo que había sucedido, No te preocupes Mimí, te ha hecho daño, no, pues ya está, el tío ha pagado religiosamente, no puedes esperar que todo el mundo sea maravilloso.

Mimí se quedó atendiendo el teléfono el resto de la tarde, reconcomida por el asco, eso no era lo que ella había imaginado, un campo elíseo de amor universal, de tolerancia, de deleite de los sentidos, de clarividencia mística experimentada a través de éxtasis, muchos sabios buscan el éxtasis de diferentes formas con el objeto de alcanzar la armonía universal. Pero unos instantes habían conseguido dar la vuelta a la moneda, qué curioso que los contrarios estén siempre a ambos lados del mismo vértice, casi rozándose, dándose vida los unos a los otros. De repente aquel cielo renacentista se convertía en un infierno de remordimientos y rencor, la cocina olía a tuberías rotas, el aire oprimía sus sienes, estaba asustada.

Llegó a casa a las once y veinte de la noche, giró la cerradura y abrió la puerta, el salón estaba destrozado, todo tirado por el suelo, los sofás a trizas, las lámparas rotas, las mesas tiradas, unas gotas de sangre señalaban un turbio sendero hacia la cocina. Mimí gritó de pánico y corrió a salvar a Laura, si acaso contuviera aún un pequeño halito de vida. Dio un manotazo a los restos de cortina de gominolas, arrancando de cuajo las pocas hileras que quedaban desengarzadas, en el suelo unos cristales rotos y más sangre, Laura no estaba. Corrió desesperada hacia el baño, con los ojos desorbitados, jadeando, nada aparte del desbarajuste, hacia la habitación de Laura, abrió la puerta con estruendo, inundada de terror por la visión, allí estaba Laura tirada en la cama con una botella de alcohol empuñada por la mano. ¡Laura! exclamó comprimiendo al máximo sus pulmones. Laura giró torpemente la cabeza y contestó con

voz resquebrajada, Qué pasa. ¡Laura, estás bien!, Cómo quieres que esté, respondió con desmayo. Qué te ha pasado, Laura, ¿seguro que estas bien?, Ya ves, nos han robado, cuando llegué me encontré con la casa patas arriba. Qué felicidad que estés bien Laurita mía, y te has tragado una botella entera... Qué iba a hacer si no. Laura, me has dado un susto de muerte. Mimí la abrazó y estalló a llorar. Quien ha podido hacernos esto. Mimí contó a Laura lo del hombre del burdel, que probablemente la hubiese estado espionando. A qué hora llegaste, preguntó. Hace una hora. El individuo había salido de la calle Félix Boix a las seis y media, le hubiese dado tiempo, pero qué extraño, qué podía buscar. Mimí recordó que la puerta no estaba forzada, tenía que ser alguien que tuviera las llaves, o quizá habrían entrado por la ventana de la cocina, claro, por eso los cristales, al entrar el ladrón se habría cortado. Mimí fue corriendo a la cocina, la ventana estaba perfecta, los cristales eran de una jarra. No se lo explicaba, nadie tenía las llaves. Entró de nuevo en el cuarto de Laura, Ya sé, te acuerdas de cuando fuimos a Nexus, la fiesta de las Drags, te acuerdas que no encontrabas las llaves, han sido los que nos trajeron, mira que dije que teníamos que cambiar la cerradura, qué hijos de puta. Mimí recogió lo que pudo, aquella noche se quedó dormida en la cama de Laura, abrazando la almohada y refugiándose en la memoria del calor de Juanjo. A media noche le entraron ganas de orinar, estaba aterrorizada, comprobó que el cerrojo de la habitación estuviese bien cerrado y no se atrevió a salir. Pasó una noche espantosa, expurgando escenas oníricas entremezcladas con realidades, a la mañana siguiente se levantó pensando que todo había sido un mal sueño, abrió la puerta y contempló la devastadora realidad, se dirigió a su cuarto, el reproductor de vídeos no estaba, el altar se esparcía por el suelo, el ánfora romana seguía misteriosamente intacta, no tocó nada, volvió a la cama, Laura hablaba entre sueños.

No llamaron a la policía, Diego fue el primero en llegar, tiraron todo lo roto y cambiaron la cerradura. Juanjo apareció con un reproductor de vídeo de regalo, era el suyo, pero no había problema, en su casa tenía tres más. El equipo de música también había desaparecido y muchos cedés. Mimí repuso todo, ahora dinero no le faltaba.

Mimi no volvió a aparecer por el burdel. Aquello había sido una experiencia muy fructífera, como un trampolín para pasar a una nueva etapa, le había servido para sentirse mujer, para saberse deseada, para entregar amor, incluso para mandar a un lugar lejano su necesidad compulsiva por la comida, especialmente por las galletas.

Alicia la acompañó en todas las compras para rehacer la casa y la ayudó en todo. Volvieron a construir las hileras de gominolas que separaban la cocina, consiguieron un sofá de segunda mano y cosieron una funda roja, compraron música, hicieron comidas, Mimí llevó a Alicia a una tienda de Hortaleza y le regaló varios conjuntos, con zapatos y todo, bailaron en la casa, pintaron paredes, bebían y reían, reían como sólo los jóvenes saben reír, los jóvenes de espíritu.

En cambio Laura estaba cada vez más cáustica y más drogada, muchas noches ni aparecía y otras no dejaba de criticar las nuevas decoraciones o lo que fuese, no se encontraba bien, se la veía desesperanzada, agresiva.

Decidieron hacer una gran fiesta en la casa, para mejorar los ánimos y saludar al verano. Jay, que venía muy moreno de Ibiza, con el pelo pintado de color naranja y con los dedos llenos de sortijas de plata, trajo su equipo de música al completo, con los platos y bongos. Prepararon unas fuentes con frutas cortadas, Mimí horneó varias cocas mallorquinas y Caco hizo un curri de verduras y Alicia dos tartas de chocolate y una de manzana. La fiesta comenzó desde ese momento, el momento de la preparación, Juanjo ayudando a Jay a montar el equipo y tocando los bongos, Laura y Alicia yendo por bebida, todos tomando vino, cervezas, tequila. Diego apareció a última hora, le tocó ir a comprar más bebida. Comenzaron a llegar, la casa estaba llena de velas, y de gasas colgantes con diapositivas proyectadas, para ser pleno agosto, Madrid vacío, no se entendía bien de donde salía tanta gente, todos reflejaban una especie de sentimiento de complicidad, como si fuesen los supervivientes de un gran éxodo. Antonio Ohx, el director de cine, vino acompañado de un grupo de once personas, el pecosillo filiforme no se encontraba entre ellos. Julius apareció con toda la plantilla de TechnoHair y con una nueva adquisición, Jay y Caco invitaron a amigos de Ibiza, la casa estaba a reventar, unas ciento y pico personas. Juanjo manejaba el equipo de sonido, en esos momentos pinchaba música de ambiente electrónica, tipo chill out, muy suave, muy elegante, muy a la moda. Pareciera que con los acordes conseguía dirigir los movimientos de Mimí, cómo levantaba la mano para beber un sorbo, cómo colocaba un mechón detrás de la oreja o giraba la mirada para comprobar que no faltasen vasos, hielos o servilletas al menos eso le parecía a él, que ponía la máxima concentración para que así fuese, sintiéndose ella, proyectado en su cuer-

po. Laura ejercía de perfecta relaciones públicas presentando a todo el mundo entre sí con la apostilla de un comentario que resaltase ostentosamente alguna cualidad del presentado, Fulanito, el gran literato, Menganito, el mejor guitarrista de España.

Juanjo se retiró y pasó los cascos a Jay, que comenzó a pinchar música de baile cantada, para ir abriendo alegrías. Juanjo aprovechó para ponerse una copa y picar algo. Estaba deseando arrebatarse a Mimí del costado de aquel cara de perro salchicha (en concreto basset alemán) y darle una patada en la espinilla como quien no quiere la cosa, pero se fue a la cocina y se adhirió a un grupo de chicos. Al cabo de un rato Mimí entraba, Qué bien has pinchado, Juanjo, ¿te gustó la coca mallorquina, quieres que te traiga un poco más? Juanjo planeó acompañarla por más coca a la mesa de fuera y ahí acaparar su atención contándole historias divertidas y quizá decirle que cerrara los ojos y plantarle un beso en la boca, y contestó, No gracias, estaba muy buena. Giró hacia sus amigos sin enterarse un ápice de la conversación, con la cara ardiendo de timidez. Mimí terminó de recoger unos platos y regresó a la fiesta, dejando un rastro de oculto deseo por Juanjo.

A Diego le encanta la coca, esta vez la de esnifar, y a Julius y a Laura y a un montón de gente más, les proporciona integración social y un estado alterado para concentrarse en cualquier cosa y para sentirse chispeantes, elocuentes, se metían en la habitación de Laura por grupitos de tres o cuatro y salían todos airoso, bromeando y bailando.

Sobre las dos de la mañana comenzaron a circular los éxtasis, los tripis y los special k. Las personas pululaban por la casa como serpentinatas, con la sonrisa perenne y aires de secretitos, de intrigas fácilmente sonsacables, algunas sólo se limitaban a declarar, Qué pedo tengo, y en otras ocasiones alguien a quien se estimaba petulante y megalómano resultaba confesar la más dócil de las desesperanzas. Era un trasiego social ungido de música donde todo se excusaba a favor de la ebriedad.

Alicia, Laura y Mimí estaban en el cuarto de baño orinando y acicalándose,

—Jo, Mimí se mordía el labio inferior, Os tengo que confesar que me está empezando a gustar Juanjo. Un montón.

—A mí me da que tú a él también, contestó Laura levantando las cejas. A mí me gusta Antonio pero mucha miradita y luego nada.

—¿Qué Antonio?, preguntó Alicia.

—El director de cine.

—Ah sí, no está mal, pero parece de los que van de duros. Pues sabéis quien me gusta a mí... Alicia lanzó la adivinanza mientras orinaba interminablemente. Sin

esperar a que contestaran afirmó, El novio de mi hermano.

—¿¡Caco !? Repitieron al unísono.

—Sí, el mismo, ya sé que es un amor imposible, primero es el novio de mi hermano y jamás le haría daño y segundo es gay.

—Pero se le ve muy coqueto con las chicas también, yo creo que es bisexual, comentó Laura, además es lo que está de moda.

—No sé, pero desde luego yo no lo voy a comprobar, ay... es tan sensual...

En ese mismo instante, en la otra punta de la casa,

—Diego, te tengo que confesar que me he enamorado de Mimí.

—No jodas, tío.

—Sí, de repente veo todos sus defectos como virtudes, me encanta su boquita de piñón, su barriguita, sus dedos torcidos hacia arriba, sus muslos redondeados, su pelo...

—Bueno tío, enhorabuena, Diego le daba palmaditas en la espalda, Pues a mí quien me gusta es quien ya sabes, pero la doy por imposible, creo que Laura me fascinará toda la vida pero no puedo con ella, es como un animal salvaje.

—Yo creo que te hace sufrir demasiado tío, no para de enrollarse con otros, no sé cómo lo aguantas.

—Porque la quiero mogollón, yo también me enrolló con otras tías, lo que pasa es que se me nota menos.

—Tío, yo creo que deberías buscarte una como la mía, Juanjo se refería a Mimí como si ya estuviese con ella, Buena cocinera, fiel, cariñosa.

—No sé tío, estoy un poco desesperado. Creo que me voy a ir.

Y al mismo tiempo, en la cocina, Julius lloriqueaba sobre el hombro de una recién conocida diciendo que se había enamorado de Diego.

—No me extraña, a mí también me gusta.

—Ay, es guapéeeerrimo, le desgastaría con la lengua todo su tatuaje, qué desgracia la mía, siempre me van a gustar los inalcanzables...

En ese momento Jay abre la puerta de la habitación de Laura y se encuentra a Caco con una chica, sin hacer nada pero con actitud de haber estado haciendo.

—Hola Jay, nos estábamos metiendo una raya. Caco habló con voz quebrada y con cara de sorpresa temerosa, la mirada de Jay no tenía dudas, se levantó rápidamente, con cabeza sometida, y todos salieron de la habitación.

Al final quedaron los de siempre, la casa estaba hecha un desastre, el retrete atas-

cado y el suelo con un centímetro de mugre. Caco tocó los bongos y Juanjo también, acompañando los sonidos expulsados por los altavoces, Mimí le contemplaba con admiración.

Había amanecido, en la cocina unos pocos devoraban con ansiedad los restos de la nevera. Mimí dijo que estaba agotada, se apagó la música y se fueron yendo. Juanjo se despidió de Mimí en la puerta, le apretó la mano con un suspiro y le dio un beso en la mejilla seguido de una mirada que encerraba todos los misterios del amor, a ella le pinchó el corazón.

Alicia se quedó a dormir en la cama de Mimí y Antonio en la de Laura.

A las doce y cuarto del día sonó el teléfono, nadie se levantó. A las dos y media Mimí preparaba café para tres, el acompañante de Laura ya se había ido, sonó el teléfono, Mimí lo cogió y se desmayó. Qué pasa, qué pasa gritaron, Laura recuperó el teléfono, era Diego, Juanjo había tenido un accidente de coche, se había matado.

El entierro fue espantoso, la madre de Juanjo lloraba enloquecida, el hermano pequeño la imitaba. Mimí caminaba anegada en la pesadilla, engarzada indisolublemente al brazo de Laura, no se lo podía creer, hacía dos días con tanta vida y ahora encerrado en una caja, inerte, muerto, inexistente.

A su dolor por la pérdida de un amigo se añadía el dolor por la pérdida de una ilusión y el sentimiento de culpabilidad por no haberle dicho que se quedara a dormir en casa, teniendo en cuenta su cansancio.

Después del entierro los amigos se fueron a un bar a emborracharse en honor a Juanjo, Hugo también estaba, Mimí lo saludó de refilón, viéndolo con extremada distancia de sentimiento. Ella prefirió irse a casa y meterse en la cama. Se sentía sola, muy sola y no deseaba compartir con nadie su soledad, sólo con Juanjo, era un sentimiento confuso, una soledad compartida, fecundada en Juanjo, y mezclada con una rabia sorda de abandono, Por qué te has ido, idiota, por qué me has abandonado. Se desvistió, esta vez en su cadera se dibujaba un nuevo lunar, grande, tenía la forma nítida de un corazón. Mimí comprendió que era el mensaje de vuelta de Juanjo, no la había abandonado, al menos en alguna manera, por etérea que fuera.

El mes de agosto transcurrió como una peregrinación inmóvil y atemporal. Mimí no salió de la casa más que para temas domésticos e inaplazables. La mayor parte del día se consumía encerrada en la habitación escuchando música. No olvidaba a Juanjo, su recuerdo impregnaba sus pensamientos, sus acciones, hablaba con él, Te gusta este tema o prefieres este otro, y acariciaba su nuevo estigma en forma de corazón. En el altar incorporó su foto, con una vela y con un cuenco donde ofrecía un poco de comida, muchas veces pizza, a Juanjo le encantaba, y gazpacho y coca mallorquina.

Alicia vino varias veces a verla. Muchas la encontraba profundamente dormida. Mimí disfrutaba con la alteración de los horarios racionales, de noche era cuando cocinaba, limpiaba, escuchaba música, escribía, dibujaba, pensaba, incluso se empapaba de cafés para aguantar despierta, y de día dormía. La noche arrullaba su soledad, escuchaba mejor el eco de sus salmos, la letanía de sus pasos, la liturgia de su quietud. Podían pasar horas ingravidas como segundos mirando al techo y canturreando palabras inciertas o dando vueltas monótonas a una bechamel hecha de pensamientos.

Un día recibió una carta, era un poema de amor, no estaba firmado, tampoco tenía remite, la leyó hasta borrar la tinta, no se lo podía creer, de quien sería. Estaba escrita a mano, con una caligrafía nítida, pulcra. Salió a la calle repentinamente inspirada, el sol cegaba sus pupilas, el aire hervía, paseó hasta una librería pequeña, la de los grandes almacenes se encontraba más cerca pero buscaba el calor de la atención personal, del pequeño templo con olor a papel, a estantería, a cariño. El librero le recomendó una antología de la generación del veintisiete, para comenzar a sensibilizarse con la poesía, Cuando te sientas segura con estos poemas vuelves y te recomiendo otros. Toma, esto de regalo. Era un cuadernillo de versos escogidos de Pessoa.

Mimí consumía palabras como inspiraciones de aire fragante. Laura entró en la habitación, Toma, otra carta de tu admirador secreto. Me voy a ir una semana a la

playa, te podrías venir conmigo. Mimí prefirió quedarse en la casa, no quería cortar el hilo que engarzaba su motivación, ajena al mundo, a la dispersión del ajeteo. Escribió letras de canciones, versos deliciosos, sabios, cándidos, a veces irreverentes, nada cursis.

Recordaba los acontecimientos de su último trabajo con un flujo de tolerancia, sin resentimientos ni remordimientos, con generosidad de alma, pero sentía que su vida se situaba en otra etapa, en un escalón más firme, más sensato, más maduro.

Regresó a la librería, recitando poemas al librero, Ya veo que te has empapado bien, vamos a ver... El librero sacó de la estantería un tomo de José Angel Valente, LLévate este, empiezo por el final, pero bueno, si no te gusta me lo devuelves. A Mimí le fascinó y le inspiró nuevas letras, el ritmo de Valente concordaba perfectamente con su música mental.

Así transcurrió el mes de agosto, encerrada en casa, luchando contra el calor o más bien dejándose llevar por él, integrándose en él, completamente sola, disfrutando de su soledad compartida con las letras, y con la música y con la buena comida.

Llegó el mes de septiembre, las calles se llenaron, las energías vibraban frescas, recién nacidas. Retomó las clases de canto. La profesora era nueva, una francesa antigua cantante de ópera, experta en hacer milagros con la respiración y con las cuerdas vocales. Mimí se integró muy bien en el grupo, era disciplinada, buena compañera, y la mejor. La profesora se concentró mucho en ella, Mimí, puedes llegar a ser muy buena, venga, respira diez veces con la tripa, muy bien, estupendo, ahora saca lentamente el aire, hasta contar dieciséis, perfecto. Habla con un acento francés muy pronunciado.

También se metió a clases de guitarra y compró un ordenador. Lo llevó a casa de Diego para que le enseñara a utilizarlo. Mimí estaba emocionada con su nueva compra, desde hacía mucho quería tener uno, se sentía extraña sin él, en un mundo dominado por la electrónica, y le fascinaba la idea de estar actualizada con las nuevas herramientas de trabajo, con el lenguaje digital. Diego resultó ser un magnífico profesor, sabía de todo, parecía otro ordenador y le agradaba la presencia de Mimí porque era la excusa perfecta para no estar todo el día enfrascado en lo mismo y poder perderse un poco en programas y filtros que normalmente no usaba. Le dio un repaso general a todas las opciones multimedia, y en especial le enseñó a usar las aplicaciones de composición y grabación de música. Mientras tanto preparaba un proyecto en tres dimensiones para presentar en el museo tecnológico de Valencia.

—Mira, te he traído unas letras que he escrito yo.

Diego leyó algunas,

—Están muy bien, a nosotros no nos sirven, ya sabes que ponemos poca letra, pero me recuerdan mucho a los Lilith, te los tengo que presentar.

—¿Los conoces?

—Sí, soy bastante amigo del cantante, a veces viene por aquí.

Mimí hacía las veces de secretaria de Diego, atendía el teléfono, le recordaba citas, le daba su opinión. A última hora de la tarde, o cuando le apetecía se metía en la red. Hablaba mal inglés así que localizó un canal de charla en español, conversar con gente desconocida era una ocupación sin tiempo, y contar los secretos una terapia fabulosa, como cuando uno se confiesa con el acompañante de avión o de tren, de espacios suspendidos en el tiempo, o como cuando los católicos declaran sus pecados ante un cura invisible, escondido. Confesarse en internet o desdoblarse las personalidades, haciendo lo que en la realidad es imposible, se convertía en un ritual sagrado y los seres humanos necesitamos de lo sagrado para recuperar nuestra memoria, para no enloquecer.

A Mimí no le costó mucho entrar en los clanes de internautas, tampoco era fácil, el lenguaje es hermético y tienden muchas trampas, es como un juego, a no ser que uno se introduzca en una conversación de amantes de los perros, o de gastronomía.

En una ocasión probó hacerse pasar por varón, en un canal de relaciones sexuales, igual con el que hablaba era mujer, mantuvo una conversación de coquetería homosexual masculina que llegó a un privado sin cámara. Su nombre cibernético era Dionisos, en recuerdo de su amante secreto.

—bueno dionisos todavía no me has dicho cómo eres físicamente, sólo sé que tienes cuarenta y dos años

—te diré otras cualidades para que te lo imagines

—soy todo oídos

—no me gustan las prohibiciones, ni los tabúes, soy todo exuberancia

—y en la cama...

—libero mi alma de los límites terrenos, éxtasis continuado. y tu?

—yo me siento un poco más racional, pero soy muy guapo, mido un metro ochenta y dos, estoy fuerte, no tengo pelos por el cuerpo, ojos verdes...

—no hay mayor belleza que el desenfreno de la embriaguez, la sensualidad...

—cómo vas vestido?

—estoy desnudo...

—yo me estoy bajando la bragueta... tengo la polla descomunal

—ya la siento...

—te gusta meterla o que te la metan

—prefiero penetrar pero estoy abierto a cualquier tipo de experiencia

—me la estas comiendo, estoy super cachondo

—qué maravilla de falo, está riquísimo... estás ahí?

—sigue, sigue, no pares de hablar

—mmm me estás poniendo cachondo perdido, me imagino abrazado a un falo gigante, deslizandome por su superficie untuosa, lamiéndolo, es increíble, cada vez tengo más saliva, no se termina nunca...

—me acabo de correr.

—te ha gustado?

—mucho pero ahora tengo que cortar. nos vemos por estas latitudes. by.

El cibernauta desapareció en un segundo. Mimí se quedó exhausta del esfuerzo que había tenido que desempeñar para mantener esa conversación, se sentía cohibida, Diego estaba cerca, pero no se había enterado de nada, permaneció con los ojos fijos en la pantalla y con la mente borrosa, qué rápido había sido todo y qué anodino. Lo más probable era no volver a saber nada de ese sujeto, era una de las características de la red, la informalidad, el anonimato, la imprevisibilidad, la libertad. Aunque con las camaritas que se colocan en el monitor es posible ver y oír al que está del otro lado. Pero la regla sigue siendo la interactividad ágil y sin compromiso, muy individual, confirma la ley universal de unión de los opuestos, en este caso, a mayor globalidad mayor individualismo, mayor egocentrismo y mayor aislamiento.

—Lo que me gusta de la red es que no hay clases sociales, comenta Mimí a Diego.

—Ni poder, ni jerarquías, en vez de ser una estructura piramidal es eso, una red, anárquica, o un magma, hay gente que se ha quedado enganchada, como una mosca en una tela de araña, un vecino de por aquí ha dejado hasta su trabajo, está todo el día en chats, y seguramente husmeando páginas escabrosas, hasta su mujer lo ha abandonado. Yo creo que con el carácter tan introvertido que tiene si no se hubiese pasado a la cibernética igual ahora sería un asesino múltiple, disparando a bocajarro en el Mac Donalds de la esquina.

—Es que es increíble, en los chats puedes desempeñar el rol que quieras, puedes engañarte, engañar a los demás, es el paradigma de la simulación.

—O de la confesión. Y puedes hacer las páginas web que quieras y lanzarlas para que las vea un perdido en Tasmania y te devuelva un mail con su opinión, o enviar cualquier archivo multimedia. Yo por ejemplo mando casi todo mi trabajo por

internet, documentos, fotos, proyectos, pruebas de audio y vídeo. Si no fuera por la red gastaríamos muchísimo más dinero y tiempo, necesitaríamos una oficina mucho mayor, es más, no podría trabajar en mi casa.

—¿Porqué?

—Porque entre otras cosas no existiría el concepto del trabajo sin etiquetas formales, todavía tendríamos que recibir a los clientes en chaqueta y corbata, en una oficina bruñida, con el pelo perfectamente cortado y con empleados que tienen la prohibición de tutear. Es lo que comentábamos antes, que se tiende a disolver la jerarquía piramidal, a utilizar formas más relajadas, más talentosas y narcisistas, cada uno tiene su idiosincrasia, y se respeta.

—Es verdad, casi parece que los que van de traje y corbata son unos esclavos que tratan de venderte algo para sacar una comisión.

—Sí, ya era hora de que se valorara la personalidad y el talento. ¿Quieres una cervecita?

—No, gracias, pero yo te acerco una.

—Gracias. También hago la compra por la red, cuando mi madre tiene la nevera vacía, y compro música en Londres y libros en Estados Unidos, leo el Times, o el Wired, o me bajo discos enteros gratis con el Napster.

—O las películas del otro día.

—Por ejemplo. Si vienes mañana por la mañana verás una videoconferencia con un colaborador que me he buscado para el proyecto que estoy haciendo. Vive en Singapur, lo contacté a través de una web suya que me moló.

—Qué guay, me fascina la ubicuidad que permite la red. Oye, y ¿podríamos ahora entrar con la cámara?

Se metieron en un canal de contactos personales, del otro lado apareció un indonés con el nombre de Nyoman, se veía perfectamente su cara y se le oía. Como Mimí no habla inglés, Diego hace de intérprete.

—de dónde eres Nyoman?

—de Jakarta y tú?

—de Madrid

—que tal por ahí?

—bastante bien

—aquí con mucha inestabilidad política, los estudiantes están en huelga y la inflación es terrible.

—aquí la economía está estable pero tenemos un alcalde megahortera que no

tiene ningún gusto y que está infestando la ciudad de esculturas de nuevo rico. Le tendrían que demandar por contaminación visual.

—tenéis amigos en la prensa?

—porqué?

—para enviaros una relación de los últimos abusos y escándalos de la familia que gobierna este país.

—envíalo y veremos qué se puede hacer.

—al menos mandad el comunicado a todos los amigos que tengáis en la red, para que sepan lo que está ocurriendo aquí.

—eso está hecho.

Terminaron la conversación y se pusieron en contacto con un coreano. Antes de conectar la cámara éste preguntó si su internauta era hombre o mujer. Mimí contestó que mujer. El coreano enchufó su cámara y se vio un torso desnudo, sin cara y con los genitales entrecubiertos por una toallita. Mimí y Diego rieron y cortaron la comunicación.

—Ya ves, a cualquier hora te puedes encontrar con lo que sea.

—Es una pasada, aquí uno no se aburre.

En ese momento entró Hugo en la buhardilla.

—Qué tal Hugo, hace mucho que no te veía. Mimí tuvo la tensión del recuerdo de su pasado deseo, la verdad es que seguía con su atractivo, pero las emociones ya estaban controladas.

—Hola, tengo que imprimir esto.

—¿Qué tal te va en la escuela?

—Bien.

—¿Y el verano?

—Guay.

Hugo seguía igual de autista, pero tenía mucho encanto, el encanto de lo inescrutable. Estaba moreno y sus ojos azules resplandecían como mares. Se había cortado la melena y parecía que no se hubiese peinado en varios días. Llevaba los pantalones caídos, dejando entrever los calzoncillos y la camiseta estaba puesta del revés. Le rodeaban el cuello varias filas de cordones de cuero con piedras engarzadas, como si fuese esclavo de algo.

Mimí no pudo evitar sentir una presión en la respiración, punzante como una amenaza y dijo,

—Bueno, yo me tengo que ir que se me ha hecho tardísimo. ¿Me puedes prestar

una peli, Diego?

—Por cierto Mimí, que tengo unos amigos que tienen una tienda de discos y necesitan urgentemente a una persona que atienda. Si se te ocurre de alguien me lo dices.

—mmmm...¡pues yo!

—¿Tu? ah claro, no se me había ocurrido.

Dixhouse más que una tienda de discos parecía algo así como un bazar de sonidos. No era muy grande pero además de discos vendían posters, fotos, camisetas y demás artilugios relacionados con la industria musical. En un altillo un equipo de sonido estaba disponible para los buenos disc-jockeys y en un rincón un gurú dibujaba tatuajes y perforaba piercings.

Los clientes tenían la posibilidad de fabricarse su compacto a medida, escogían los temas preferidos y el aparato digital hacía el resto. O bien podían seleccionar video-clips de sus grupos favoritos y confeccionarse una cinta ideal. La operación podía durar una mañana entera así que los clientes de Dixhouse disponían de una cafetera, de refrescos, cervezas, galletas y sandwiches. Absolutamente toda la música del local podía ser escuchada, para unos era como una escuela, o como un museo de la música, pero siempre terminaban comprando. Mimí se lo pasaba fenomenal, atendiendo a los más estrambóticos de Madrid, aprendiendo muchísimo de música, todo el mundo abandonaba la tienda-bazar-museo de lo más agradecido, como si debiese algo, y además estaban los incondicionales, los que argüían cualquier excusa con tal de pasar un rato charlando y escuchando música. Carmelo era uno de esos, un cuarentón desgarrado con aires de antigua nobleza, y tartamudo, Tetttt te he traído uuuun didid-dibujo de Madonna, lo heee heecho yo. Le regaló a Mimí un dibujo de Madonna con el corsé de pechos libres disparando balas por los pezones, con una gorra militar y bigote. Me encanta, muchas gracias Carmelo. Y tttttammbién he descucucubierto unna página de Inttternet con lllas últttimas letras de Dj Sssshadow.

Fueron al ordenador y apuntaron la página para los que quisiesen bajarse letras de la red. Los ordenadores también estaban disponibles para la gente, a cuatrocientas pesetas la hora. Mimí llevaba dos semanas trabajando en Dixhouse, estaba feliz con su nueva ocupación y recibía invitaciones de fiestas y conciertos. Se enrollaba a hablar con todo el mundo y hasta le traían maquetas de grupos emergentes que no

dudaba en poner a pleno volumen para que lo escuchara todo el mundo y promocionarlos, aunque fuera un poquito. Una vez unos quisieron comprar un disco inexistente de uno de estos grupos y ella hizo una copia con el grabador digital y se la vendió a dos mil pesetas dando el dinero a los jóvenes músicos que se mostraron muy agradecidos. Y los dueños eran entupendos, sabían delegar y daban carta verde a la creatividad.

Un día apareció un rostro levemente reconocible.

—¿Te acuerdas de mí?

—Me sueñas un montón...

—Nos conocimos en un concierto que diste en el Spiral Club, soy Carlos, amigo de Diego, que a veces colaboro con él.

—Ah, sí, ya me acuerdo, el que hace jingles...Qué tal...

—Muy bien, qué casualidad encontrarte por aquí.

—Llevo dos semanas currando.

—Y cómo te va.

—Feliz, me lo paso fenomenal.

—¿Vas a cantar en algún sitio?

—No, por ahora no, estoy intentando armar un grupo.

—¿Y tienes ya avanzado algo?

—Ahí vamos, estoy en contacto con unos músicos muy buenos y ya tengo hechas las letras, pero necesito a alguien que me componga los temas.

—Yo soy compositor, me encantaría verlas.

—¿Sí?

Mimí estaba enfrascada en una conversación cibernética. Tras haberse recorrido una galería de arte virtual no demasiado buena, seguramente a causa de los escasos medios económicos o de la falta de imaginación de los promotores, había caído en la tentación de meterse en un chat. De nuevo actuaba con el nombre de Dionisos, por curiosidad y para refugiarse de las posibles meteduras de pata, aunque si dijese su auténtico nombre permanecería exactamente igual de anónima e invisible.

Eran las diez y media de la noche y estaba en su casa, hacía más de una semana que había trasladado el ordenador ya que no disponía de tiempo para ir a la buhardilla de Diego. Abrió la red, era una sensación atemporal y ubicua, en cualquier

momento encontrabas a alguien del otro lado, de cualquier lado. Un internauta se destacó.

—hola Dionisos, el dos veces nacido, todo el mundo cree que eres el dios del vino, pero en realidad eres un rompecadenas, el dios del éxtasis espiritual alcanzado a través de los desfogues sensuales, no sólo del vino, también de la danza, del sexo, de la música, eres un sublimador de misterios. Te quiero retar.

Mimí se quedó perpleja, le entró el vuelco de la huida rápida, cortar por lo sano, había leído un libro de mitología griega, sabía que Dionisos era el dios de las orgías místicas pero este tipo parecía demasiado osado. Puso el dedo encima de la tecla de salir, pero lo movió.

—y tú quien eres

—yo soy el reflejo de tu deseo

—eres hombre o mujer

—no tengo sexo, igual que tú

—yo soy hombre

—no me mientas que soy omnisciente

Mimí se quedó bloqueada, no pudo responder y el internauta continuó.

—sé que estás ahí, estate muy atent@, te voy a contar una leyenda que pocos saben y que transformará tu vida. Ahí va.

Abys era hijo de Biterio, dios de la electrónica, y de la siamesa humanoide llamada Esperiedo, una cabeza era Esperanza y la otra Miedo. Abys nació en un cruce de caminos. Al poco tiempo su madre consultó el oráculo de Latigid que le vaticinó que su hijo sería secuestrado y que nunca más volverían a verlo. Esperiedo, aterrorizada, comunicó la noticia a su marido y éste fabricó un chip especial para que su hijo no pudiese ser raptado. Se lo introdujeron en el ombligo. Un día Abys cumplió dieciséis años, fue a pasear al campo y se tumbó plácidamente. El cielo comenzó a cubrirse con un magma que se extendió hasta el infinito, la fuerza magnética era insoponible, penetró en su ombligo y le absorbió por completo. El magma tenía conciencia y estaba compuesto por una infinidad de tubos vivos y ondulantes, pero Abys confió en la ley del caos para pergeñar su escapada y, tras cambiar astutamente la dirección de unos tubos el enredo se fue extendiendo hasta que todos terminaron por liarse en un inmenso nudo. Abys se dejó caer por una espiral y apareció en el espacio de Nada, allí se casó con él mismo y se engendró a sí mismo de nuevo convirtiéndose en el dios de la constelación de Abysos. Sus poderes eran inigualables, tenía el don de la ubicuidad y de la invisibilidad y a través de impulsos eléctricos y códigos binarios

podía comunicarse con quien quisiera, y transformarse en quien quisiera, pero nadie le podía ver ni él podía ver a nadie, sólo se veían los deseos, que adquirían formas varias, reales para el observador. En su forma solitaria no tenía ojos, no los necesitaba, ni sexo, ni boca, ni orejas, ni nariz. Sus pies estaban formados por ruedas de carne y sus manos tenían siete dedos cada una, un dedo por cada dos letras del abecedario. Se alimentaba de electrones, o de cualquier tipo de partícula energética y a veces, cuando tenía mucho hambre, se comía a sí mismo, autoengendrándose de nuevo.

Mimí leía al tiempo que aparecían la letras en el monitor, la velocidad era sorprendente, su concentración sudaba.

¿Cómo crees que soy yo? continuó.

—el reflejo de mi confusión, contestó intuitivamente Mimí.

—no me he equivocado.

En un segundo apareció en la pantalla de Mimí una foto de un ser con cabezas mutables de mujer, hombre, viejo, niña, perro y otro mensaje del internauta que decía en letras rojas,

—ESCOGE

—el hombre

Aparece una foto de un hombre de belleza griega y cuerpo desnudo escultórico.

—es la imagen de tu deseo?

—puede ser, sí

—soy yo

La imagen se movió con elegancia y lanzó su mano abierta hacia ella.

—te invito a dar una vuelta por el abismo. Quieres venir?

Mimí contestó automáticamente —Sí.

En el monitor comenzaron a aparecer imágenes de todo tipo, Mimí contemplaba alucinada, no sabía lo que estaba pasando, un mensaje en clave sospechosamente militar, un informe del gobierno acerca de un asesinato, intrigas amorosas de personajes famosos, un concierto de música, su ordenador se movía solo, con vida propia, Mimí estaba alucinada.

—qué está pasando??

—Estamos dando un pequeña vuelta por el ciberespacio, un nimio muestrario para alentar tu imaginación. Por cierto, ya veo que te gusta la música.

—cómo lo sabes??

—porque estoy en tu ordenador

—me estás asustando

—No te preocupes que solo llegaré hasta donde tu deseo quiera. Escoge un viaje.

Mimí se quedó pensando y contestó:

—a tu vida secreta

—ya estás en ella, otra cosa

—a la vida secreta de Dan Magnus

Dan Magnus era el vocalista de un grupo de música danés transgresor y enigmático. En un instante comenzaron a aparecer mensajes de amor entre Dan y la que Mimí reconoció como la cantante de otro grupo. Los mensajes hablaban de amores imposibles y de infidelidades. Apareció su correo electrónico privado, una página oficial del grupo y las fotos escatológicas que Dan enviaba en secreto a sus amigos. También los discos que se había comprado y su agenda privada de trabajo. En realidad Mimí tenía delante todo el archivo del ordenador de Dan, con una flechita que se movía sola y que abría y cerraba documentos.

—si quieres puedes manejar tú el ratón

—o.k.

Mimí abrió de nuevo el correo electrónico de Dan y husmeó en su correspondencia.

—estoy flipando!! No entiendo cómo has hecho esto!!

Se borró el archivo de Dan y volvió a aparecer la pantalla normal del ordenador de Mimí.

—porque tú lo has deseado

—no entiendo nada, me siento agotada

—ya nos volveremos a ver

—no sé cómo te llamas

—ya te lo he dicho, adiós.

—espera, no te vayas.

El internauta no respondió. Mimí se encontraba exhausta, sin saber lo que pensaba, escribió lentamente,

—adiós, Abys.

En la pantalla apareció un dibujo de línea de un monigote con una sonrisa y un ojo guiñado. Mimí se desconectó y apagó el ordenador.

No daba crédito a lo que le acababa de suceder. Se dirigió hacia la cocina pensando tragarse una copa rebosante de tequila, Laura estaba cenando.

—¡Laura! qué susto me has dado, ¿cuando has llegado?

—Pero si te saludé, estás poseída por tu nuevo ordenador, ya ni te enteras de

cuando te hablo. Oye y hay que hacer la compra que está la cocina desierta.

—Laura no te puedes ni imaginar lo que me acaba de pasar.

—Que has hecho una cita a ciegas con un internauta. Ya me ha contado Diego vuestras aventuritas cibernéticas.

—No tía, mucho más fuerte. Mimí tenía la cara arbolada y con una pátina de sudor. Mucho más fuerte.

—¿Pues que ha pasado?

—No sé, algo rarísimo, como si el ordenador tuviese vida, o como si la red tuviese vida.

—No entiendo nada tía.

—He conocido a alguien que debe ser un genio de la electrónica y ha manipulado mi ordenador como si fuese yo, bueno, mucho mejor que si fuese yo, que no tengo ni idea, y luego, te va a parecer que es mentira, pero es verdad, hemos entrado en los ordenadores de otras personas sin que lo sepan, ¡en el de Dan Magnus! ¡y he leído su correspondencia privada!

—¡Qué dices! Bueno, en los periódicos salen todos los días historias de piratas que manipulan archivos ajenos...

—Sí, pero me imagino que les costará bastante. Es que esto ha sido muy raro, de verdad. Me preguntó que eligiese meterme donde yo quisiera y en un momento ahí estábamos, ¡me apareció todo en mi ordenador!

—No sé, tía, ahora se pueden hacer unas cosas tan imposibles. Pues ten cuidado con ese tipo, ¿no? Quieres un sandwich, es lo único que hay. Oye, por cierto, te llamó una tal Tamara esta mañana, te ha dejado un teléfono.

—¿Ah, sí? ¿Qué dijo?

—Nada, que la llamas.

—Y a ti que te pasa que tienes esa cara.

—Nada, que me he enfadado con Julius. Dejo el trabajo.

—¡Qué dices! ¿¡Qué ha pasado!?

—Pues nada, que estoy hasta el culo de él y de todos los maricones que trabajan ahí. Laura estalló en un llanto.

—Laura, cariño, cálmate, que todo se va a arreglar. Mimí la abrazaba y le daba besos, nunca la había visto llorar.

—Es que hice un estropicio a una cliente, y se fue berreando diciendo que nos iba a demandar. La verdad es que no es la primera vez.

Bueno, venga, que no pasa nada. Además tú vales mucho más que para peluquera,

eres licenciada en historia, tienes una carrera, ya me gustaría a mí.

—Pero no me sirve de nada, mejor puta que meterme a las ordenes de un baboso.

—Pero no tienes por qué estar a las ordenes de ningún baboso, puedes ser profesora o trabajar de cualquier cosa, con lo inteligente que eres no te puede costar demasiado.

—No, Laura lloraba a ríos, No es tan fácil, y no puedo soportar la idea de meterme en el circuito de encorbatados.

—Pero Laura, tranquilízate, ya verás como la vida te va a deparar algo bueno.

—No, no valgo para nada, sólo para que me follen y pasen de mí...

—Mas bien es al revés, pero bueno. Deberías aprender a manejar los ordenadores, podrías trabajar con Diego, le va fenomenal, tiene cantidad de trabajo. Y ya de paso casarte con él y tener hijitos.

—Qué dices Mimí... yo no sirvo para nada...

—Bueno, venga, mañana será otro día, vamos a tomarnos unos tequilitas, anda.

Si no hubiese abierto la puerta del café de la calle Génova sin darse cuenta de que una señora estaba a punto de salir, si no la hubiese derribado pidiéndole torpes disculpas, Mimí hubiese pensado que era poseedor de un aire más enigmático. Si en vez de llevar unos pantalones vaqueros poco favorecedores y una camisa común de algodón amarillo pálido, hubiese vestido con mayor imaginación y personalidad Mimí hubiese pensado que era una persona de gusto pulido y transgresor. Si en vez de sentarse en la mesa depositando un maletín de cuero en la silla de al lado y luego levantarse para darle dos besos olvidados, hubiese actuado con mayor soltura y con menos cargas, Mimí le hubiese creído más atractivo y más digno de descubrir. Pero Carlos entró en el café de semejante guisa y Mimí sintió que, aunque su pensamiento le dictara lo contrario, aquel hombre descordinado y de facciones trémulas escondidas en movimientos rotundos le hacía gracia y proyectó involuntariamente su mente a un futuro presente en el cual ella veía entrar a su marido adorado en aquel café de la calle Génova.

—Perdona Mimí, que he llegado un poquito tarde.

—No pasa nada, yo acabo de llegar. ¿Qué tal estás? En ese momento se acerca el camarero y le pregunta lo que quiere tomar.

—Una cerveza por favor.

—Pues estoy muy bien, vengo de una cita de trabajo. Carlos se retira el flequillo de la cara, una cara de rasgos amables y sencillos quizá con los ojos demasiado pequeños pero llenos de vida y quizá con la nariz demasiado grande pero cómoda, cruza los pies en la oquedad de la silla, mueve uno nervioso y oculto e inclina su cuerpo hacia la mesa, o hacia Mimí, apoyando primero un codo y luego cruzando los dos antebrazos, éstos más visibles y más indecisos.

—Y cómo te ha ido?

—Estupendo, acabo de cerrar un contrato para hacer la banda sonora del último anuncio del año.

—Y cual es exactamente tu trabajo en la empresa.

—Un poco de todo, desde telefonista hasta compositor.

—Es que hoy en día nos tienen exprimidos, dijo Mimí con sonrisa que obligaba a sus ojos a pedir más.

—Bueno, la empresa es mía y de dos socios, todos hacemos de todo pero no vivimos tan mal.

—Ah, qué bien, así que no tienes jefe, ni horarios.

—Los jefes son los clientes, como siempre. Bueno, y tú qué tal, qué casualidad haberte encontrado en la tienda de discos, ¿no has vuelto a cantar con lo maravillosamente bien que lo haces?

—Ya falta poco para que no me puedas aguantar...

—¿Y con Spellsound que pasó?

—Nada.

—Como que nada.

—Pues eso, nada, que no necesitaban voz femenina, pero me sigo viendo con todos ellos. ¿Y tú, no has vuelto a saber nada de Diego?

—Sí, le veo de vez en cuando, antes del verano hicimos un trabajo juntos, es un tío estupendo.

—A mí me ha enseñado a utilizar el ordenador, sabe muchísimo.

—Tiene muchísimo prestigio, es muy bueno en lo que hace, además como es tan interdisciplinar tiene una visión global muy interesante.

—Te he traído las letras, ¿las quieres ver?

—Por supuesto.

Carlos sacó unas gafas de su cartera y se las colocó sobre su nariz con aire reposado. Echó un vistazo al abanico de papeles, para ver la cantidad, y se concentró en el primer fólío. Tras leerlo la miró por encima de las gafas, en silencio.

—Qué pasa, ¿no te ha gustado?

—Al revés, no tengo palabras, es buenísima, te felicito, de verdad, no sabía que escribieras tan bien, tienes mucho talento.

Mimí se sintió feliz, exaltada, si se lo hubiese dicho un mendigo de la calle también le hubiese alegrado el día, pero era un compositor con la carrera completa de música el que estaba manifestando la opinión y eso la hacía doblemente feliz, por la calidad del juicio y por la proximidad de las expectativas.

Cambiaron de lugar y comieron un cocido en un taberna cercana al trabajo de Mimí, allí escudriñaron sus vidas, Carlos era vasco de un pueblo cercano a San Sebas-

tián, sus padres regentaban un restaurante, Los míos también, comentó Mimí, Qué casualidad, bueno más que un restaurante es un café-confitería, con productos típicos mallorquines, mi madre hace galletas especiales, con filtros mágicos para curar enfermedades del alma y del cuerpo, no te creas, que tienen un montón de éxito. Carlos tenía treinta años y llevaba doce en Madrid, vivía solo, en un apartamento por el paseo de la Habana y tenía una hermana que ayudaba a sus padres en el restaurante. Te tengo que llevar a mi pueblo, para que veas lo bien que se come. Encantada, a mí me fascina comer... y cocinar, creo que lo hago bastante bien, por lo que dice la gente y por el amor que le echo.

Quedaron en verse el fin de semana, Carlos acompañó a Mimí a Dixhouse y se despidió amablemente asegurando que terminaría de leer todas las letras aquella misma noche, sin dilación alguna.

En la tienda Carmelo el tartamudo la esperaba disimulando con unos discos, Hoo-ola Mmmimi, quiquiquiquiero grabar uuuna cccinta cocon vídddeo clips. Muy bien Carmelo, ahora mismo estoy contigo. Vete haciéndome una lista de los que te interesan ver antes de grabar, para que puedas escoger los que más te gustan.

Mimí aprovechó el hueco de tiempo para devolver la llamada a Tamara.

—¿Hola?

—Hola Tamara soy Mimí.

—Hombre Mimí, qué milagro que llames para ver como están las amigas...

—¿Qué tal te va todo?

—Estupendo, dejé la casa, ahora estoy trabajando de azafata de congresos, en una empresa muy buena, bueno ¿y tú?

—Te estoy llamando desde el trabajo, por eso no puedo hablar demasiado, es una tienda de discos.

—¿Nos vemos esta noche?

—Hoy no sé, termino un poco tarde y mi compañera de piso está deprimida...

—Nos vemos un ratito, si quieres tomamos algo en mi casa, así la conoces. O si no cuando vuelva de viaje, tengo un congreso en Estocolmo, pero me encantaría verte antes de irme.

—Pues venga, ¿donde nos vemos?

Tamara le dio la dirección de su casa, vivía muy cerca de Carlos, por la zona del paseo de la Habana.

Si alguien hubiera entrado en aquel templo sin saber la identidad del propietario con toda certeza hubiera adivinado que se trataba de una mujer. Mariposas de tela colgaban del techo, el aire aromatizado con extraños perfumes, velas encendidas y otras apagadas, consumidas, rememorando anteriores encuentros, plantas, muchas plantas y flores y telas y cojines, muy acogedora, muy femenina. En las mesitas se esparcían a modo de fetiches un sinfín de objetos varios, sin sentido aparente o con un simbolismo sólo conocido por el recuerdo de su propietaria, piedras, conchas, muñequitos, flores secas, fotos, esculturas de barro, huevos pintados, casitas, Mira, los huevos los pinto yo y las casitas, Son preciosos exclamó Mimí rodando la palabra. Estaban pintados con paisajes en miniatura, con delicadeza primitivista y colores vivos. Y este cuadro también lo he hecho yo. Era una tela pintada en acrílico que coronaba toda la extensión del sofá, un arca de Noé con todos los animalitos que le gustaban y con un tigre tumbado a modo de protagonista y rodeado de pájaros de colores, se parecía un poco a los cuadros de Rousseau, pintado con menos maestría pero con la magia de la inocencia, de lo naif. Tamara iba vestida con una ligera camisa de satén azul añil, muy escotada, luciendo la minúscula bolita brillante en el surco de su cuello de cisne, unos pantalones de finísima tela negra perfilaban con fidelidad una anatomía sinuosa y levemente asimétrica y unas sandalias de tacón estilizaban sus piernas que parecían infinitas, aunque probablemente no lo fueran tanto, Mimí jamás la había podido ver sin tacones, ni con la cara lavada. Tamara era dueña del sutil arte de sacarse el mejor provecho, tampoco era tan guapa, pero sus labios perfilados aumentaban de volumen resaltando un continuo beso y su pelo brillante y esponjoso se movía como tentáculos de medusa. Era curioso, Mimí nunca se hubiera imaginado su casa así, Tamara tenía el don de saber mezclar la sensualidad provocativa con la inocencia candorosa y casi infantil. Qué música quieres escuchar, le preguntó a Mimí. La que quieras, me gusta casi todo. Tamara dio vida a un disco de jazz melódico de los años setenta y descorchó la botella de vino que había traído Mimí. Ven, te voy a enseñar mi habitación. La cama estaba repleta de cojines de todos los tamaños y encima un nuevo cuadro pintado por Tamara, esta vez un Adán y Eva desnudos en el paraíso terrenal. De las paredes colgaban tres fotos tamaño póster, perfectamente enmarcadas, eran desnudos de Tamara en blanco y negro, Me las hizo un fotógrafo muy bueno, están bonitas, verdad. Son preciosas y estás guapísima.

Tamara sacó un album con fotos y se lo llevaron al salón. Este es mi hijo. No sabía que tuvieses un hijo, contestó Mimí sorprendida. No te lo había dicho, vive en Francia, con su padre, yo le veo de vez en cuando. Le deberás echar mucho de menos...

Muchísimo, es el amor de mi vida, a ver cuando es posible que me acompañe un poco más. Bueno, ¿tienes hambre? Colocaron una mesa rápida pero bonita, con velas y flores y comieron una ensalada de varios tipos de lechugas y una pasta que hicieron en el momento, una cena improvisada pero regada con buen vino y cargada de complicidades y risas.

—Y adivina quien ha preguntado por ti.

—¿Quien?

—Juan Carlos Fabre, tu pigmalión.

—No me lo puedo creer ¿y qué dijo?

—Le dije que ya no trabajabas en la casa y contestó que era una pena, que eras una niña maravillosa.

—Me hubiese fascinado poder conocerlo, poder ver su cara...

—Tengo su móvil, ¿quieres que le invitemos a venir?

—No, no, ahora no, me gustaría estar mejor arreglada.

—Pero si estás fenomenal. Bueno lo dejamos para otra, que estamos muy a gusto solitas.

—Además, no sé, quizá ya no desee tanto verlo, igual casi prefiero mantenerlo en el recuerdo, fue tan bonito...

Pasaron de nuevo al sofá, descorcharon otro tinto. En una risa Tamara se desvaneció en el cuello de Mimí, luego irguiéndose pero sin separarse mucho comenzó a acariciarle el pelo y con la ayuda de éste, el cuello. Se miraron sin respirar, los ojos, la boca, Tamara no se atrevía a dar el paso, Mimí imaginándose desde hacía un rato la evidencia, se aproximó a su boca, casi rozándola, chocando ambas respiraciones que exhalaban un aire alterado y húmedo, se besaron, suavemente, tanteando, era extraño besar una boca de mujer, el aliento olía diferente, y acariciar una piel aterciopelada, con volúmenes lánguidos, y manos pequeñas, dedos finos, nunca se había dado cuenta de lo delgadas que son las manos de mujer. Se tiraron a lo largo del sofá, esta vez apasionadamente, la carne vibrante, los cuerpos entregados y recibidos. Fue un festín de frotamientos tropicales, de flores ambrosíacas y viscosas, de mariposas de alas desplegadas y de rayos cargados de electricidad.

Mimí reposaba su ensanchada cara en los pechos desnudos de Tamara, turgentes y acoplables, les dió dos besos que rompieron el tiempo, se encendió un cigarrillo, bebió un trago de vino, le ofreció otro a Tamara y le dijo, ¿Quieres que te cuente un cuento?

Recuerdo cómo con seis años me fui de casa por primera vez. Estaba en el recreo y

unas niñas jugaban a la comba, yo quise incorporarme al juego pero no me dejaron. Luego me llevaron a casa, no recuerdo quien pero desde luego no fue mi madre, nunca lo hizo. Al llegar entré en la cocina donde ella se pasaba las horas cocinando y maquinando. Le dije hola y la llame por su título varias veces, Mamá, Mamá, Mamá. Ella ni me oyó así que yo decidí que me iría a vivir a otro sitio. Seleccioné un vestido rosa salpicado por flores amarillas que me fascinaba, mi muñeca Amapola, unos caramelos y unas galletas, lo metí todo en un capacho y me encaminé en busca de mi nuevo futuro. Todavía no me explico cómo no me vio nadie salir del pueblo. Escogí los senderos que bajaban a la cala y que luego se dividían infinitos a lo largo del acantilado. Anduve lo que a mí me pareció una eternidad, lo suficiente para llegar a otro mundo, un mundo donde fuese comprendida, donde tuviese voz, y donde Amapola fuese feliz y nunca nunca se sintiese sola y renegada. Estaba agotada, vagando sin tregua, arrastrando a la deriva el capacho que rebotaba por todas las rocas, tranquilizando a Amapola pero eso sí, muy segura de mi decisión.

Mimí inhaló una profunda calada y le pasó el pitillo a Tamara.

Por fin encontré una gruta pequeña que se amoldaba perfectamente a mis necesidades y pensé que esa iba a ser nuestra nueva casa. Seleccioné unas piedras con las que hice la cocina, otras donde senté a Amapola y yo me quedé dormida en el suelo. A la mañana siguiente me desperté muerta de frío y de hambre, me comí las galletas y di otras de mentira a Amapola, Cométe las pequeña mía, le decía, y luego me puse a jugar con las lagartijas. Pero no pasó mucho tiempo cuando llegó un pelotón de exploradores con mi padre al frente ¡ahí está, la hemos encontrado! gritaban. No recuerdo que mi padre me regañara, nunca me regañó. Una señora de pelo largo me alzó en sus brazos mientras yo estiraba mi cuerpo y conseguía agarrar a Amapola por los pelos. Pronto fui dejando atrás mi sueño de hogar feliz mientras acomodaba mi cara entre unas inmensas y mulliditas almohadillas, unos bustos que me ahogaron de calor materno, un calor que ansiaba. Nunca supe quien fue esa mujer. Mimí giró los ojos hacia los de Tamara, que le acariciaba la cabeza y le dijo, Creo que acabo de descubrirla. Espachurró su cara contra un pecho, lo respiró profundamente.

—Me tengo que ir..

—Quédate a dormir conmigo Mimí, mañana te despierto a la hora que quieras.

—Gracias cariño pero me tengo que ir, no he avisado a mi compañera de piso y puede que esté preocupada.

—Bueno, qué se le va a hacer, me ha encantado nuestra velada, eres tan maravillosa como decía Juan Carlos, más aún. Tamara le dió otro beso en la boca y la abrazó

fuertemente. Se despidieron, el taxi ya esperaba en el portal, eran las tres de la mañana.

Mimí viajaba por las calles desiertas como volando en una cápsula interespacial, sin gravedad pero confusa por las imágenes inconexas que abarcaban su mente como pálpitos de fotogramas. Entremezclaba las escenas de sexo, el placer simétrico, tan inimaginado, con la desesperación de Laura, tenía remordimientos por no haberla atendido, la llamó avisando que no iría a cenar pero le dijo que llegaría pronto. Sonreía en el coche recordando su secreto y el privilegio de haber disfrutado de una aventura tan intensa, tan prohibida, y con Tamara, que era el paradigma de la sensualidad. Estaba emocionada, pero su emoción se veía turbada por una extraña sospecha. Pagó el taxi y se bajó. Resbaló pero no llegó a caer, la acera estaba mojada, el agua salía por debajo de la puerta de su casa. El corazón respondió con un pinchazo, como de puñal. Abrió, la casa estaba inundada, parecía una repetición de la jugada, la otra vez destrozada pero ahora plácidamente inundada, como si una mano mágica la hubiera transformado en un suave lago nocturno, iluminado por los rayos blancos de luna. Respiró hondo, se mareó de reflejos, rechazó la realidad, se tiró de espaldas al lago, con los brazos abiertos, contemplaba las estrellas que vibraban a su alrededor, qué deliciosa estaba la noche, qué rico el mar, flotaba como pluma, dejándose bambolear por la marea, el mar siempre fue un proyecto de libertad, de huida, de eternidad, el mar mediterráneo, la costa de Deià, siempre se imaginó la tierra del otro lado, debía caer por Tarragona. Un vómito anuló la ensoñación, seguido de unas lágrimas, se incorporó lentamente y con pasos blandos, reminiscentes de algún lejano juego, caminó hacia el cuarto de baño, entró y se metió en la bañera abrazando el cuerpo de Laura. La fuente de agua viva continuaba imperturbable alimentando el manantial que caía en cascada por la bañera, como si la muerte de Laura abasteciera el ciclo de la vida, el agua fluía, fluía en su silenciosa liturgia.

Una patrulla de policía avistó el río que corría por la calle. Mimí y Laura continuaban en la bañera cuando unos señores ataviados a modo de hormigas guerreras derrumbaron la puerta y asaltaron la casa. Los bomberos sacaron los dos cuerpos, a Mimí la hicieron cambiarse de ropa y abrigarse con una manta y al cuerpo de Laura lo tumbaron en la cama. Las preguntas fueron interminables, Mimí contestaba como un autómata, la mirada perdida en el infinito. Hubo llamadas, llegaron los padres,

gritos, lloros, la casa destrozada, todos destrozados. A primera hora de la mañana Mimí llamó a Diego, se fue corriendo la voz. A mediodía la casa estaba en orden, mil rosas blancas refulgían y purificaban la casa y una roja, solitaria, inmensa. Diego las había encargado, y trescientas velas blancas, de diversos tamaños. Laura yacía en la cama como un recuerdo. Todos se abrazaban y deambulaban de un lado a otro en un trasiego rumoroso de incomprensión. El réquiem de Berlioz sublimaba sus espíritus. Allí mismo Carlos abrazó a Mimí, y no se volvió a separar de ella. Por la tarde se llevaron el cuerpo de Laura para realizar una autopsia. Los indicios presuponían paro cardíaco pero no se tenía plena certeza de que no fuera un suicidio, o un asesinato. El examen forense confirmó la hipótesis del infarto producido por una bajada de tensión debida a la ingesta de drogas aunada con un baño de agua demasiado caliente. No fue un suicidio, aunque en la mente de muchos rondó muy íntima la idea.

Incineraron el cuerpo y las cenizas se vertieron en el río, junto con las mil y una rosas lanzadas por cada uno de los presentes en el ritual. Nadie se desmayó, nadie habló, hubo silencio, un inmenso silencio.

Mimí durmió veinte horas seguidas, adensada en profundos sueños reminiscentes enmarañados de turbias pesadillas; Laura, Juanjo, sangre, olvido, fiestas, enfermedad, muerte...Laura...

Cuando despertó la mesa estaba ya preparada y la comida casi lista.

—Me voy a mi pueblo, anunció Mimí.

—Quédate aquí, Mimí, contestó Alicia.

—Sí, quédate si quieres, ya ves, estamos las dos solas y la casa es enorme, Jay ya no vive aquí y mi hijo mayor tampoco, tienes una habitación para ti sola y yo estoy todo el día trabajando, comentó la madre de Alicia con un acento que no disimulaba sus orígenes suecos.

—Sí, venga quédate aquí... insistió Alicia mirándola fijamente a los ojos y alcanzándole la mano.

—Os lo agradezco muchísimo, de verdad, pero siento que ya es hora de regresar a mi casa, necesito cambiar de aire.

Carlos esperaba en el portal y Mimí no quiso hacerle esperar.

Los ojos de Mimí se empañaron de belleza cuando, tras unas curvas, apareció la costa rocosa iluminada por un naranja casi fosforescente, el sol coronaba el horizonte marino, el paisaje hablaba. Era su padre, Miguel, el que había ido a recogerla al aeropuerto y que en esos momentos conducía por la sinuosa carretera mientras contaba las nuevas de la temporada, que su hermana Bea tenía novio, nada menos que el hijo de doña Cuca, la viuda del dueño de la fábrica de cementos, A tu madre le parece maravilloso, yo creo que es un imbécil, y que Pilar se había entregado por completo a la administración del negocio familiar. De Catalina dijo, Ya sabes, tu madre como siempre, de comidilla con las amigas. ¿Y tú, papá, qué tal estás? Solo hija, muy solo, a mí nadie me hace caso.

Si Mimí no hubiera estado tantos meses fuera, su padre nunca le habría contado de sus hermanas. Si al mirarla no reconociese un cambio en su expresión, ahora más profunda e introvertida, no le hubiera confesado que se encontraba solo. Solo de mucho tiempo, no encontraba la clave de integración con la familia, quizá no le interesase, tampoco trabajaba demasiado, ayudaba como lacayo en la terraza, sin mucha dedicación, sin mucho esfuerzo, tampoco se lo pedían. Pero se había entregado en cuerpo y alma a una afición, una afición que le consolaba y que daba sentido a su vida, coleccionar piedras.

Llegaron a la casa, era un jueves de octubre y la tarde se extendía deliciosa. La terraza estaba llena. Su madre y su hermana Pilar la saludaron con premura, Qué delgadita te has quedado, comentó Pilar mientras ponía en la bandeja unos tés y unas raciones de ensaimada. Su madre le dio un beso y le puso una galleta en la mano. Gracias mamá, no tengo hambre. Recordó con suspicacia el truco de las galletas de la madre, suplantadoras de cariño y fuente de tantas neurosis.

—Ven Mimí, te voy a enseñar mi colección. Miguel la llevó al antiguo granero. Abrió la puerta, en el suelo arenoso se esparcían las piedras, algunas dispuestas en

plataformas o pedestales, a modo de esculturas, iluminadas con focos puntuales, como en un museo.

Todas eran encontradas y estaban sin tallar, en estado bruto. Las había de agua, moldeadas por el roce, de tierra, zoomorfas o con volúmenes de objetos o caras, de lluvia, que eran meteoritos caídos del cielo, de rayo, tipo punta de lanza de silex prehistórico. También había menhires inhiestos como falos, y montañitas de varias piedras.

—Qué te parece, y esto es sólo el comienzo. Miguel le explicó el simbolismo de algunas piedras. Está es cónica, representa el elemento masculino y esta cúbica, el femenino, lo más increíble es que me las encontré juntas, una encima de la otra.

—¿cual estaba encima?

—La cónica.

—Qué clásicas...

—Sólo por cuestiones geométricas... si la cúbica hubiese estado horadada podría haber sido al revés. Me fascinaría encontrar una cúbica horadada...

Mira, fijate en ésta, ya he comprobado que se trata de un aerolito, un meteorito compuesto de silicatos, sin minerales, ¿no te parece fabuloso? De donde vendrá...

—¿Y este trilobites? ¿Donde lo has encontrado?

—Aaaaah..... si te portas bien ya te llevaré. ¿Te gusta? Tiene millones de años, es un vivo emblema de la paleontología. Miguel se movía con una vitalidad inusitada en él, como si hubiese recuperado la infancia, la ilusión. Choca estas dos, sugirió. Mimí así lo hizo, de las piedras salió un sonido prístino, de cristal.

—Cada piedra tiene su sonido, y su olor, hay algunas que conservan olor a animales, a plantas, incluso a seres humanos, como bien dijo Prometeo, comentó Miguel. Mimí se entretuvo experimentando los diversos sonidos que emanaban de las combinaciones de piedras, luego las olía.

Mientras tanto Miguel abrió un cajón y sacó una caja de piedras traslúcidas que llevó a su hija.

—Este es un cuarzo hialino, también se llama cristal de roca, tu abuela tenía un collar de cuentas octogonales, ¿te acuerdas?, y esta otra es una amatista, el mismo cuarzo pero con óxido de hierro, ¿sabías que el cuarzo interviene en la formación de todo tipo de rocas? Mira qué fabulosa, ésta es una turmalina transparente, está hecha de cristales prismáticos que polarizan la luz.

Mimí observó el granero a través de la roca, era otra realidad.

—¿Pero éstas también te las has encontrado tú?

—Sí, contestó Miguel con cara de mentir.

—No me lo creo... me estas engañando...

—Bueno, me las encontré, sí, pero en una tienda maravillosa, ya te llevaré hija, un descubrimiento de tienda, es como un templo cargado de energía, mágico, una especie de gabinete del XIX, fantástica. Pero todo lo demás no está comprado, lo he encontrado yo o me lo han regalado, esa montañita está hecha de piedras que van poniendo mis amiguetes. Si quieres mañana te vienes conmigo de exploración, podemos ir a un predio mostrenco que me conozco yo plagado de fósiles, ¿te apuntas?

La mesa era de madera rústica, sobre ella, hogazas, sobrasada, tomates, quesos, aceite virgen y vino. Para comenzar, una sopita de verduras. Era agradable volver a casa, ver a la familia, cenar a la española, Cuéntanos cómo te ha ido, hija, no tienes muy buena cara. Mimí contó lo de la muerte de Laura y Juanjo, también contó lo bien que se lo había pasado y lo mucho que había aprendido, Madrid era una ciudad imprevisible, todo podía pasar. Cuando le preguntaron por sus planes dijo que estaba confusa, que todavía no sabía, quería descansar, estar en su casa.

Durmió en la gloria, en su cama, con los ruidos de siempre, los pájaros, los guijarros, el olor de su cuarto no había cambiado, era lo que más emotivamente recordaba, los olores, y su almohada era la mejor, la única.

Aquella noche soñó con la cueva donde, aquella vez, de niña, se refugió con su muñeca Amapola, ésta vez, su cuerpo era el actual y la bóveda de la cueva estaba repleta de estrellas, planetas a vista de telescopio orbital, satélites, ciudades espaciales, supernovas, explosiones de rayos gamma, agujeros negros, fue un viaje intergaláctico en tres dimensiones quizá cuatro o cinco, flotando por ahí, levitando en el cosmos, sola, integrada, iluminada, como polvo de estrellas, quizá los cuerpos no sean más que polvo de estrellas encostrados de tanta lógica.

A la mañana siguiente se despertó bastante tarde, nadie había querido molestarla. Se despertó bien, tranquila, como si su sueño hubiese tenido cierto poder redentor, o cierta capacidad de catarsis, de limpieza. A veces los sueños se convierten en terapias autoinmunes que por muy tormentosas que puedan llegar a ser terminan por librarlos de la pena. Pero no hay que ir contra ellos; hay que dejarse estar, fluyendo, sin miedo, en la borda, para ahuyentar el mareo.

El desayuno estaba preparado para ella, una ensaimada, la mejor de la isla, la

mejor del mundo, y café. En la cocina Catalina y Pilar, ayudadas por dos camareros, recogían los trastos de los desayunos servidos. ¿Qué tal has dormido hija?, si quieres desayunar en la terraza le digo a Agustín que te prepare una mesita. Mimí desayunó en la terraza, como una reina, con periódico y todo, con una vista esplendorosa de la montaña, de los bancales, de los olivos, desayunar así era la felicidad.

Su padre llegó al rato cargado de leña, Ya no nos da tiempo de ir en busca de piedras, mejor vamos después de comer.

Por la tarde fueron al monte de los fósiles, armados con palas, punzones y martillos. El sol no pegaba demasiado, el campo estaba excelso, los animales echaban la siesta. Mimí rompía piedras y piedras y nada, de cualquier manera era entretenido, sólo por estar en aquel paraje merecía la pena. Mira, dijo Miguel, he encontrado un brazo de estrella de mar. La pieza no estaba en muy buen estado, aun así la guardó.

Al cabo de unas horas de búsqueda y de acumulación de piedras normales más que fósiles, Mimí se encontró con el tesoro, era una concha bivalva, de la familia de los lamelibranquios, ¡y en perfecto estado! ¡Qué barbaridad, qué suerte tienes! exclamó Miguel con una baba que comenzaba a inundarle la boca.

—Toma, te lo regalo, para tu colección.

—No hija, no, si no hace falta, te lo has encontrado tú...

—Quiero que sea para el museo.

—Bueno... si tú quieres... Muchas gracias hija. Y se fueron tan contentos.

Mimí entabló una fresca amistad con su padre, lo comenzaba a descubrir, después de tantos años. Todos los días iban al monte en busca de tesoros, y al mar y a los ríos. Hija, en el fondo lo que estoy buscando es la piedra filosofal que dejó por el camino Ramón Llull, dicen que transforma todos los metales en oro y que es elixir de vida y regeneración. Mimí le contestó que seguro que la encontraría.

A los pocos días de su llegada recibió una carta, era un poema de amor, con la misma caligrafía nítida y pulcra de los que había estado recibiendo durante su encierro estival, después de lo de Juanjo, ya casi no se acordaba de ellos, pero esta vez estaba firmado y acompañado de una cinta con tres canciones compuestas por Carlos, con las letras que Mimi le había dejado en aquel café de la calle Génova. Le dio un pinchazo en el corazón, así que era Carlos el que le mandaba los poemas... mucho antes de encontrarle en la tienda de discos... Esos poemas de amor que le motivaron

salir a la calle en busca de lectura y que le dieron ánimo nuevo e inspiraron para escribir aquellas letras que luego volvieron a Carlos y que, como una espiral, retornaban de nuevo a ella en forma de canción.

Mimí le contestó con otra carta manuscrita, los temas le parecían buenísimos, los había escuchado repetidamente durante horas, así que era él... y ¿cómo supo su dirección? sólo se habían visto un instante en el Spiral Club, aquella vez que cantó con el grupo de Diego.

Así mantuvieron un contacto a través de carta, luego diariamente por Internet.

Carlos le confesó que se había enamorado de ella desde el primer día que la vio, subida al escenario con sus sandalias de alzas y su faldita china, cantando como los ángeles, le confesó que estuvo yendo al bar con frecuencia con la ilusión de encontrarla, que, un poco desesperado, pidió la dirección y el teléfono de su casa a Diego, pero solo se atrevió a mandar poemas, sin firmar, porque le daba mucha vergüenza y que cuando apareció en la tienda de discos era porque ya no soportaba no verla más.

—Toma papá, es una piedrita en forma de rana, la encontré con la abuela hace unos ocho o nueve años. Mimí había rebuscado por todos los cajones de su habitación hasta dar con ella. La pusieron en el lugar del granero donde se encontraban todas las piedras zoomorfas.

Te voy a contar un secreto de la abuela, ¿sabías que tuvo un amante de quien estuvo enamorada toda la vida? Mimi no se atrevió a pronunciar esta frase cuando su padre comentó,

—Te voy a contar un secreto de la abuela, ¿sabías que tuvo un amante de quien estuvo enamorada toda la vida?

Mimi se quedó atónita, se habían transmitido el pensamiento, el secreto, y la voluntad de decirlo, justo como sucede entre las personas que se quieren y entre las que existe una sinergia de sentimiento.

—Curro, contestó Mimi, el señor que fue a su velatorio. Sí, una vez me lo confesó.

—Sí, todos lo sabíamos, cada vez que le veía se le cambiaba la cara. Me acuerdo que cuando se ahogó su hijo José se abrazaron como si no hubieran pasado los años, fue curioso...

Mimí se dió cuenta que su padre no sabía que José era el hijo apócrifo de Margarita y José, su marido, que en realidad era hijo de Curro... prefirió callarse.

En el último correo electrónico Carlos le volvió a decir que regresara a Madrid, que se fuera a vivir con él, la casa era suficientemente grande para los dos y él sabía cómo hacerla feliz.

Bien pensado la propuesta sonaba muy bien, Carlos era sincero, la amaba, y no tenía veinte años que ya era treintañero y con trabajo definido. El trabajo, ese era otro punto a favor, Carlos suponía un apoyo muy grande para su carrera de cantante, era bueno, los temas que le había mandado eran excepcionales, tenía talento, aunque el estilo variaba un poco de lo que Mimi había proyectado, pero podían hacer buen equipo.

Había transcurrido prácticamente un año desde que Mimi abandonó Deià para ir a la conquista de Madrid, qué barbaridad, cómo pasaba el tiempo, pero esta vez el año pesaba como un siglo, se sentía tan diferente, tan serena, tan integrada, todas aquellas ilusiones, el éxito, el triunfo, la fama, ser la mejor cantante del mundo, se veían desde la montaña donde ahora mismo estaba sentada, como una falacia, un tremendo engaño de la sociedad por engarzarte a las cadenas del consumo, de la productividad, de la estridencia, el mal de la productividad, no hace falta tener un maravilloso trabajo para que las personas nos reconciliemos con nosotras mismas y con los demás, no hace falta que participe el desconocido a través de la fama si uno sabe escoger un entorno amable, seleccionar buena gente, que te aprecie y te respete, disfrutar de los pequeños detalles, de lo que la vida ofrece, sin quererle robar lo que no nos pertenece, entregándote, sonriendo, creando, con cortesía, siempre con cortesía.

El mal de la productividad, que transforma a las personas, las hace ser distintas a cómo podrían ser, las hace competitivas, egoistas, interesadas, injustas. Las hace ser peores personas en vez de aprovechar la oportunidad de estar vivas para depurarse, para cultivar el conocimiento y la bondad

Mimi pensaba esto desde la montaña donde ahora mismo estaba sentada, pensaba en la ilusión de adolescente por plantearse la vida, por encaminarla, por forjarse un

destino triunfal y se daba cuenta que el camino era indisfrutable, que la fama, el triunfo, era una añagaza que sometía a tremendas esclavitudes para que otros ganen dinero a costa de uno y para que los más viertan en el exitoso las incontinencias de sus deseos frustrados (hasta convertirlo a uno en un auténtico estercolero), por no hablar de acosos, engaños, amenazas, a veces hasta criminales... Además desde el encumbramiento se divisa bien el valle y el pensamiento de caída amenaza constante, como un soniquete perturbador. Realmente, aquello no parecía el *súmmum* de la felicidad... Mejor integrarme en la vida, escuchándola, estando atenta, ágil, solícita, y sin forzarla, sin robarle nada, no sea que me castigue, que ella invente mi historia... pensó Mimí echándole una sonrisa al monte. Pensó en aquella ánfora que se encontró de pequeña a los pies del olivo con forma similar y recordó la profecía de su abuela Margarita, Escucha hijita mía, guárdala bien que un día se te llenará de tu mayor deseo.

Las tripas comenzaron a desperezarse, se le había hecho tarde, era la hora de comer, aunque en la casa, con tanto ajetreo de confitería y terraza, que el negocio iba viento en popa, cada uno comía cuando podía, todos menos Miguel, que esperaba con ilusión a su hija para compartir ese rato con ella.

Mimí le preparó una mesita en un bancal cubierto de parras y flores perfumadas, ajeno al trajín.

Mientras llenaba de agua la jarra de cristal le vino a la memoria la muerte de Laura, aquella bañera rebosando agua, como una fuente que abasteciera el ciclo de la vida, muerte, nacimiento, muerte, nacimiento... Laura... Juanjo... como si la muerte fuese el rico humus que permitiera la germinación de una nueva vida. El agua seguía fluyendo por la jarra, agua viva imperturbable que caía en cascada.

—¡Mimí, qué haces! espetó su hermana Pilar, ¡Qué llevas dos horas desparramando el agua! Ten más cuidado y no la desperdicies que ya sabes que hay bien poca. Toma, da esta pastilla a papá.

A Mimí nunca más se le volvió a olvidar la pastilla de su padre. Nunca más.

La inocencia es polvo de estrellas. Es materia pura, germinal, ingrávida, lumínica.

La inocencia nos es regalada con el nacimiento, luego la vamos perdiendo con tanta humillación, con la sospecha, con las morales, las arbitrarias morales; después viene la malicia, la necesidad de utilidad, de beneficio propio y más tarde el asqueo,

la desazón, y la añoranza por recobrarla. Ese es el camino de la inocencia, es como una elipse que converge en el nacimiento, en la muerte, los muertos también son inocentes.

Pero Mimí no habría necesitado de grandes experiencias para armonizarse con la vida, para entender la inutilidad como una sutileza del alma, la inutilidad entendida como una epifanía de las cosas pequeñas de la vida, como remover a mano un arroz con leche durante dos horas en vez de dejarlo hervir tal cual, para disfrutar de ese pequeño matiz en el paladar, o como regar una planta enferma todos los días con la esperanza de verla renacer, o como dedicar las horas muertas a la búsqueda de esa melodía que mejor se adecuaba al sonido interno. Esa inutilidad de no hacer nada por mejorar curriculums, por ser productivo, por ser alguien, por tener un título, por ser socialmente envidiado o admirado. Esa inutilidad que te hace ser permeable, inocente, verdadero, bondadoso.

Mimí siguió cantando.

La renuncia implica dolor pero también una elección. Mimí observaba la alegría de su padre al verla cada mañana compartir su mundo y no pudo más que sentir una inmensa compasión.

Pero no por renunciar a un posible destino se acobardó ante una vocación, Mimí siguió cantando, pero sin ansia de futuro, tranquilamente, para su gente, para la gente que fuese llegando, daba igual, lo importante era crear, y comunicar lo creado, aunque fuese a una gaviota o a una estrella, y además, ¿quién diría que con el tiempo no la descubriera algún promotor?, ¿no había sido Compay Segundo lanzado al estrellato mundial a una edad octogenaria? ¿No se había casado su abuela paterna a la edad de cuarenta y un años?

Qué época aquella de Madrid, se le había quedado algo ajeno, aquella convulsión por la comida, por las galletas, no la había vuelto a tener, y los ordenadores, internet, en un año todo los jóvenes de Deià tenían internet y encima gratis. Y los amigos, los echaba de menos, y las fiestas, bueno, en Deià también había fiestas, en la playa, y con música tecno... Y Carlos...

La tarde prometía un crepúsculo antológico, de estos endémicos de Deià, inyectado el aire que se respira de rosa, respirando rosa, o naranja, pero muy intenso, casi fluorescente, comiendo rosa, sudando rosa, sintiendo la fuerza prodigiosa de la naturaleza, una inspiración telúrica, vital, a veces peligrosa. Deià es un pueblo precioso encaramado a una colina que da la espalda al mar y tallado en piedra, pero es cierto, a veces se sentía peligroso, con esa montaña magistral, recortada abruptamente en el cielo como un muro omnipresente.

Mimí caminaba por las terrazas, la orografía del monte no podía dejar indiferente, tallada de bancales inmemoriales reforzados a la piedra seca que parecían montones de estanterías de libros antiguos, como bibliotecas pintadas por Kiefer, matéricas, poderosas, Mimí caminaba entre los bancales divisando el horizonte marino.

Una casita de piedra desdibujaba la línea horizontal y a la izquierda, en un monte adyacente pero cercano, unas cabras salvajes habían penetrado en la casa del herrero y devoraban plácidamente todo su huerto. Nada había cambiado, el olivo con forma de ánfora seguía impertérrito allí, pero con un año más. Se sentó en el mismo lugar donde un día descubrió el ánfora y donde otro día su abuela muerta desapareció dejando un rastro de olor a gardenias. Allí estaba, sentada casi sin atreverse, mirando el horizonte.

Un velero cruza lento el mar, leve, etéreo, fluyendo con el viento. No usa el motor, no tiene preocupación por llegar eficazmente a un destino, flota, solo, valiente, silenciosamente integrado, suspendido en el tiempo, parece todo y nada, parece un sueño alquimista de ingravidez universal, evoluciona libre.

Mimi vio al velero cruzar la línea del horizonte (el horizonte es un ideal como decía María Zambrano) y pensó en aquella ánfora que un día se llenaría de su mayor deseo y pensó que ese deseo ya se había cumplido, y sintió una inmensa alegría y una invasión de amor. Sintió su cuerpo como polvo de estrellas, energía en estado puro, la misma energía que había formado el cosmos, las estrellas, los planetas, los agujeros negros, la misma energía que los mantenía vivos, en un movimiento taumatúrgico, leve, inocente.

No esperó a que cayese el sol, sonrió a la vida y bajó por los bancales hasta el pueblo.